
LORENZO SILVA

Benjamin en Capri
vidas.zip X (2018-2019)



Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Nota preliminar
Cita
Muévete rápido, rompe cosas
El arte de la inacción
El concepto de responsabilidad
Disuelta en el pueblo
El cuadrilátero
La fuga de Samira
Derecho a no declarar
El hombre que no veía «Borgen»
El funámbulo
Todos los Aquarius del mundo
Quien rompe una infancia
Los tuits del presidenciable
«Absence is presence»
Ábrase paso la verdad
Duelo en PP Corral
Nada bien asesorada
La venganza del cacique
Muerte de dos ciclistas
Gala Placidia, vecina de Barcelona
Un bello momento
Fotos con negritos para Instagram
Víctimas, verdugos y supervivientes
Vivir con eso
El depredador cazado
Te cortaría la cabeza
A ti también
El Okupa
Niños tontos, políticos listos
El ilusionista contrito
Restos mortales

El WhatsApp del francotirador
De rey a cocinero
Serrín y estiércol
Deseo de ser mártir
Un hombre solo
Chérif, Jakelin, Mohamed
Demasiadas caperucitas
La caída de Don Teflón
Deseo de ser Rey Mago
Cuando un editor se va
Benjamin en Capri
Un niño, un pozo, unos hombres
Tres errores y un exceso
Siete jueces
Delincuencia menor
El hazmerreír
El tiempo de los himnos
Microfeminismos
Nadie, la película
Elogio del (y la) cabo
Toallitas húmedas
La parte del lector
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

BENJAMIN EN CAPRI

Vidas.zip X (2018-2019)

Lorenzo Silva

Ediciones Destino

Para Noemí, testigo de todos los cuentos

Nota preliminar

Los relatos contenidos en este volumen continúan la serie *vidas.zip*, iniciada en 2009 en la web de *elmundo.es*. Abarcan las 52 semanas que van desde la primavera de 2018 hasta la de 2019.

Fue un año marcado a escala planetaria por los destrozos, nada imprevisibles, causados por los aprendices de brujo que no supieron controlar el inmenso poder que les da nuestro bobo exhibicionismo digital, por el desmedido celo como guardián fronterizo del presidente estadounidense, por la emergencia de ideologías neototalitarias y por los coletazos de ese Estado Islámico ya sin territorio que conservó, sin embargo, la capacidad de mover a más de un tronado a ejecutar a inocentes. Encontró esto último la más deplorable respuesta: un zumbado de signo opuesto matando musulmanes en Nueva Zelanda mientras lo retransmitía —el exhibicionismo, siempre— por una red social. En España cayó un gobierno, llegó a la presidencia un antaño desahuciado y al final hubo que convocar unas elecciones, mientras los insurrectos catalanes no huidos esperaban en prisión un juicio que al fin comenzó con gran expectativa, y el problema de fondo seguía sin atenderse y pudriéndose. Resucitó políticamente el antiguo inquilino del Pardo, a la sazón en el Valle de los Caídos, al calor de la querrela sobre el destino que debía darse a sus restos y las nostalgias de quienes no dudaron en reivindicar su legado. También cayó un niño a un pozo, y no se le pudo salvar, y el 8-M las mujeres se movilizaron masivamente para hacer ver lo que algunos no quisieron.

Como es norma en este proyecto literario, del que representan la décima cosecha, todas las historias están inspiradas en hechos y noticias reales. Algunas son fácilmente rastreables en las hemerotecas de ese periodo, otras quizá no tanto. En cualquier caso, prefiero prescindir de las notas a pie de página que pudieran contextualizar los relatos, y dejar que queden en lo que el tiempo, la memoria y el olvido hagan de ellos. Porque así es como vamos pasando y se nos va pasando la vida, de la que vienen a ser atisbos comprimidos.

ILLESCAS, 31 DE MAYO DE 2019

Sólo por mor de los desesperanzados nos ha sido dada la esperanza.

WALTER BENJAMIN, «*Las afinidades electivas*» de Goethe

Muévete rápido, rompe cosas

La frase se debe al fundador y cabeza visible de la red social más populosa del planeta, o a alguno de sus asesores, que en esas alturas nunca se sabe: «Muévete rápido y rompe cosas; si no las rompes no estás moviéndote lo suficientemente rápido». Esta perla de la filosofía posmoderna parece haber anidado en muchas de las cabezas pensantes y no pensantes y operar, de hecho, como criterio rector de sus decisiones y arrebatos.

Tres ejemplos en una semana. Ejemplo primero: dos chicas ucranianas van borrachas en un coche a toda velocidad por una oscura carretera nocturna. Van grabando la escena con el teléfono móvil y la retransmiten en directo por una red social. Sus risotadas y sus gestos nos permiten ver que ya van bastante cocidas, pero para redondear la faena no dejan de largarle tragos a morro a una botella de alcohol de alta graduación. La galopada, cada vez más rápida, y difundida con la velocidad de la inmediatez a través de la herramienta que les proporciona la tecnología para hacer de su vida un espectáculo potencialmente planetario, acaba, como es más que previsible, rompiendo algunas cosas. En particular, el coche en el que viajan, el árbol contra el que se estrellan, sus dos cuerpos y de paso sus dos jóvenes vidas.

Lo que en efecto consiguen, al precio de sus muertes, es que ese vídeo que en directo apenas veían sus pocos seguidores sea visto en diferido desde Kiev hasta Sídney. Lo único de lo que cabe alegrarse es que no hayan roto la vida de nadie más.

Segundo ejemplo: tres altos mandatarios, apremiados a reaccionar de alguna forma ante las terribles imágenes de niños gaseados en Siria, toman la rápida decisión, no bendecida por ninguna organización internacional, ni avalada por ninguna investigación independiente —aunque ya hay una sobre el terreno y este es un escenario confuso con múltiples actores sin escrúpulos—, de establecer como culpable de la agresión a una de las partes en liza y arrojar sobre sus bases una lluvia de misiles que, como es costumbre inveterada de tales artefactos, rompen cosas a tutiplén. Milagrosamente o no —algunas fuentes insinúan que se avisó antes a los interesados—, el ataque no provoca ninguna muerte. Incluso se apunta que bastantes de los misiles se rompieron ellos mismos, neutralizados por las defensas antimisiles de las potencias atacadas. La celeridad de esta respuesta alivia algunas conciencias, indigna a otras, pero a la postre no cambia nada decisivo en el inmenso matadero repleto de matarifes de todos los credos y banderas que es desde hace siete años el país más desdichado que existe sobre la Tierra.

Tercer ejemplo: lo viene a protagonizar el mismísimo autor de la frase, que comparece contrito y cariacontecido ante el Congreso estadounidense para responder de una sensacional pifia consecuencia de su peculiar filosofía personal y empresarial. Y es que, moviéndose rápido, su

empresa ha roto algunas cosas. Hay quien dice, incluso, que ha roto la mismísima democracia estadounidense, pero como esa es cuestión mayor y opinable, limitémonos a otras roturas más concretas e indubitadas: como la que ha ocasionado en la intimidad de decenas, o cientos, o miles de millones de personas, cuyos datos personales confiados a la red han sido objeto de tráfico con fines espurios; o la que ha producido en la capitalización bursátil de la compañía la pérdida de confianza que semejante desastre ha provocado, y que se ha traducido en pérdidas de miles de millones de dólares.

Comparece el arrepentido prisillas rompedor ante los congresistas para pedirles, entre otras cosas, más regulación en internet: eso que hasta hoy siempre rechazó, para maximizar sus beneficios. Descubre así, al fin, por qué desde hace cuatro mil años los seres humanos se dan reglas que intentan cumplir. Si no se hubiera dejado cegar por el adanismo tecnológico, y no hubiera descuidado tanto su formación humanística, quizá habría tenido conocimiento de una vieja máxima, acuñada por los romanos, algo más sólida y profunda que la suya, y que le habría ahorrado los presentes sinsabores: *alterum non laedere*, o lo que es lo mismo, no dañar a otro. Un límite saludable, amén de sensato, para el afán de quienes gustan de ir por ahí rompiendo cosas.

El arte de la inacción

El artista de la inacción ha solventado gracias a ella no pocas papeletas desairadas. Su proverbial pasividad ha provocado, es cierto, alguna algarabía pasajera, incluso reproches persistentes, pero hasta aquí ha podido superar lo uno y lo otro y salirse siempre con la suya. Quizá sea esa experiencia la que le empuja a enfrentar con idéntica estrategia el nuevo marrón que de modo inesperado se ha depositado sobre su mesa: el futuro de una presidenta autonómica contra la que, después de destaparse su obtención de un título universitario por vías que la mayoría de la población reprueba, se ha presentado una moción de censura que cuenta con visos de salir adelante. El asunto, a un año de las elecciones autonómicas, es de los que incomodan y mucho. Sin embargo, puede que su inacción sea la mejor receta.

Si no hace nada, la pelota queda en el tejado de la fuerza política que tiene en sus manos y en sus votos hacer que salga adelante la moción de censura contra la presidenta cuestionada. Ninguna de las dos opciones que en ese caso se les presenta es buena: no lo es apoyar la moción, lo que será interpretado como alinearse, entre otras, con la izquierda antisistema que espanta a una parte de su electorado; ni lo es sostener en el gobierno a la mandataria censurada, lo que será aprovechado por sus rivales para desacreditar el discurso de regeneración de la vida pública con el que dicha fuerza política se precia de presentarse.

En todo caso, algo decidirán. Si es dejar que la presidenta siga, la inacción permite ganar tiempo; si es derribarla, al que no hace nada se le ofrece la salida fácil de cargar el fracaso al debe de la sacrificada, y buscar sin amontonarse un recambio, en el tiempo que falta hasta los comicios y que desgastará a quienes accedan al gobierno y sobre todo a quienes los respalden.

El resultado final se verá dentro de un año. Podría ser una derrota electoral, qué duda cabe; pero quien nada hizo tiene de nuevo la salida airosa de imputar el descalabro a quien se dejó dar un título de una manera que no iba a poder defender. Podría ser una victoria o una derrota honrosa, y entonces se ganaría, una vez más, el marbete de fino estratega que hizo lo que había que hacer — nada— mientras todos perdían la compostura.

El problema de la inacción es que no en todos los frentes da tan providencial rendimiento. Y sucede que en los mismos días en que el artista que la domina como nadie la aplica al problema de la presidenta acorralada, se ven los efectos de su aplicación a otros desafíos donde ha dado mucho peor resultado. Verbigracia, en la facilidad con la que un grupo organizado para ningunear la voluntad de más de la mitad de sus conciudadanos, que ha recurrido a toda suerte de maniobras, encubiertas y flagrantes, sibilinas y coactivas, para lograr ese objetivo ilícito y contrario a los

derechos humanos, se presenta como la víctima de un atropello totalitario ante una opinión pública europea que no tolera algo así en sus respectivos países pero le compra el discurso.

No debe sorprender: quienes sostienen semejante patraña, que cualquiera a pie de obra puede desenmascarar sin dificultad —lo hace, por ejemplo, más de un corresponsal extranjero que no ha perdido el decoro—, han sido hiperactivos; mientras la diplomacia española, inspirada por el artista de la inacción, ha optado por esa forma de suicidio comunicativo denominada «perfil bajo», o lo que es lo mismo, por no hacer ni decir prácticamente nada. Podría parecer que la comunicación al exterior no es tan importante, respecto de un problema interno; que tampoco hay que obsesionarse con lo que piensan los guiris. Hasta que mete en el potaje la cuchara un tribunal local de Schleswig-Holstein.

Y hay cosas peores: como que la prensa británica titule que ETA ha dicho respecto de su acción criminal de cinco décadas nada menos que «*we are truly sorry*», pésima traducción aquí de un apático «lo sentimos», adornado por un vacío y ortopédico «de veras», combinación que en español usual significa «mala pata, así son las cosas cuando se nos provoca». Y que cuele.

La tentación de decirle al artista de la inacción que en estos dos casos se ha equivocado y les ha servido en bandeja el triunfo a quienes quieren acabar con su país es poderosa. Sin embargo, forzoso es reconocer que la partida aún no ha concluido, y quien quiera sentenciarlo debe recordar esa frase milenaria de Lao Tsé que nuestro hombre parece haber nacido para encarnar: «Es por el no hacer como se gana el Universo: quien quiere hacer, no puede ganar el Universo». Y acordarse de David Cameron.

El concepto de responsabilidad

La diferencia entre su señoría y el resto de quienes se dan al ejercicio recreativo de ponderar lo que hacen los demás, que tan catártico resulta cuando nada más implica, es que lo que la mano de su señoría firme tiene el efecto de determinar la privación de libertad de una persona (o no) y la reparación legal de la ofensa sufrida por otra (o no). La diferencia entre el juicio de su señoría y el rumor de la masa enfervorecida, el alarde estupendo del tuitero o, ya puestos, la ingeniosa valoración del columnista, está, ni más ni menos, en el concepto de responsabilidad.

No es que la masa, el tuitero o el columnista carezcan de responsabilidad, ya que todos ellos, en tanto que humanos, y al margen de que se les exija o no (de que se la exijan a sí mismos o no), la tienen. Se trata de que en los tres casos nos hallamos ante una responsabilidad convenientemente diluida: la de quien escribe columnas, por su frecuente banalidad, que viene dada por la falta de efecto práctico y la inflación de opinadores; la del tuitero, por la galopante degradación intelectual y moral que se ha convertido en seña de identidad de un foro que más que a la conversación o a la interacción se destina al encontronazo; y la de la masa, por la forma en que permite a quienes la integran abdicar de cualquier rigor individual y abandonarse a cualquier atropello amparado por el número. No en vano nos advierte ya el Éxodo contra la fea pero poderosa tentación de seguir en el mal a la multitud.

La responsabilidad de su señoría, en cambio, viene a ser un concentrado en el que precipita todo el sistema de valores de una sociedad, representado por sus leyes; la necesidad de dictar justicia en nombre del pueblo, en un sistema democrático; la obligación, no menos perentoria, de preservar los derechos y las libertades de todos los individuos, en un Estado de derecho; y la formación personal y la trayectoria profesional de su señoría en cuestión, que son las que la habilitan para poder suscribir una sentencia que va a producir efectos dramáticos en la existencia de otra persona. Todo eso está ahí, condensado en la punta de su pluma o su bolígrafo, cuando firma el último folio del mazo en el que ha desarrollado su parecer jurídico, salvo que se trate de un insensato o de un desalmado que obra de mala fe, algo que con buen criterio el Código civil declara que jamás se presume.

Nada de lo antedicho sustrae a su señoría a la crítica o la discrepancia, razonada o visceral: quien se postula para ese puesto ha de saber que el poder que entraña acarrea sus servidumbres, y la del escrutinio público es una de ellas. Otra es que sus decisiones se encuentren sometidas a revisión por una instancia superior, que puede al final desautorizarlas. Todo ello no es sino el refuerzo y la ratificación de su responsabilidad, que en el caso de una chica apenas mayor de

edad, sola y borracha, a la que cinco adultos corpulentos sometieron y poseyeron en manada, no puede sino verse, y lo sabe, elevada a la máxima potencia.

Ahora que su señoría, con el voto concurrente de otra señoría y el discrepante de una tercera, ha condenado a esos adultos a nueve años de prisión —un buen trozo de vida, en un mal sitio, para quien nunca haya dormido en una celda sin perspectiva inmediata de salir—, el debate público, con más impropiedades que raciocinio, converge sobre su decisión, en una exigencia feroz y descarnada de responsabilidad. Y es legítimo que así sea, entre otras cosas por tratarse de apreciar la concurrencia o no de un concepto general, el de intimidación, con el que hay argumentos para diferir de las consideraciones de su señoría. Sin embargo, se echa en falta el análisis de otras responsabilidades.

Por ejemplo, la responsabilidad de la comunidad respecto de los instrumentos legales que pone en manos de los jueces, y que sólo un voluntarismo a la postre nocivo admite que estos puedan retorcer a conveniencia de la opinión pública en cada momento. Y el análisis principal: el que aquilate, a la vez sin paternalismo ni encarnizamiento indebidos, la responsabilidad de quienes se creen autorizados a someter a una cría a semejante episodio de degradación sin recibir para él más pasaporte que su silencio.

Quizá la responsabilidad de todos, esa que gustamos de eludir arremetiendo contra quienes estaban ahí para interpretar la ley de todos y aplicarla, esté en amueblar las muchas cabezas —ojalá fueran sólo las de esos cinco— que no han entendido que no se puede avasallar así a otro ser humano; en dejar bien escrito en algún sitio muy visible, antes de que las cosas pasen, que no consiente que la usen así quien no lo ha dicho alto y claro, y alto y claro lo sigue diciendo todo el tiempo que sea preciso. Para que el próximo que lo haga no pueda gimotear cuando lo crujan.

Disuelta en el pueblo

Lo que queda de la partida de iluminados sanguinarios que se creyeron que su alucinación a propósito de una patria valía más que la sangre derramada de un niño —de hasta cinco niños en el atentado contra la casa cuartel de Vic del 29 de mayo de 1991, cinco niños a los que los terroristas vieron perfectamente antes de hacer deslizarse hacia ellos el coche bomba que había de desmembrarlos— escribe una carta de despedida repleta de eufemismos y sandeces que no merecen mayor atención. No hay que malgastar el tiempo con las palabras de quien ha perdido la capacidad de llamar a las cosas —y en especial a sus cosas— por su nombre ni tampoco con las de quien se pronuncia desde la ignorancia y la necedad. Sin embargo, al final del texto hay un detalle que escapa al ínfimo nivel retórico y dialéctico del grueso del mensaje: nada más, y nada menos, que una metáfora.

La carta final de los terroristas —tan esperada por algunos, innecesaria, redundante o incluso grotesca para muchos— se suponía que era una carta para anunciar, en fin, la disolución de la organización a la que pertenecieron y desde la que negaron los más elementales derechos a sus conciudadanos, amén de sostener el empeño deliberado y declarado de hacer descarrilar la democracia que tanto había costado recuperar. Y he aquí que eso es lo que hacen, pero añadiendo una precisión escalofriante: la de que se disuelven en el pueblo del que, dicen, salieron.

Cierto es que Hitler salió del pueblo de Austria, el carnicero de Milwaukee de la población de esa ciudad del estado de Wisconsin y Pol Pot de entre los habitantes de Camboya. Que deba cargarse a Austria, Milwaukee o Camboya la factura por haber tenido la inmensa desgracia de engendrar semejantes calamidades humanas ya resulta mucho más discutible. Que todos los que forman el pueblo vasco, en cualquiera de sus acepciones, ya sea la restringida del nacionalismo etnicista y supremacista, o la sociológica más amplia, deban suscribir o padecer el estigma de que entre ellos naciera una partida de gente dispuesta a inculcar al prójimo sus ideales amedrentándolo y llegado el caso matándolo a traición es igualmente intolerable, por más que los interesados quieran buscar esa cobertura para no soportar al raso el oprobio imperecedero de su tosca e inútil inhumanidad.

Lo escalofriante es pensar que la metáfora final de la carta pueda contener el germen de un proyecto: el de no desaparecer realmente, sino cambiar de forma, infiltrarse en el tejido contra el que atentaron y seguir emponzoñándolo pero de una forma más ventajosa y cobarde, una en la que la aventura no termine inexorablemente en un calabozo francés tras tener que sentir durante meses en el cogote el aliento de la Guardia Civil. Leída así, vendría a ser como la despedida de un envenenador que se comprometiera a no poner más estricnina en el plato de nadie, porque su

estrategia es, en adelante, echarla en la red pública de suministro de agua. La lectura resulta plenamente coherente, por lo demás, con un adiós que no es voluntario, sino forzado por la imposibilidad de continuar con la táctica antes vigente, y que deja ver en sus disculpas mezquinas, demediadas y hasta escamoteadas que no parte de un arrepentimiento sincero.

A los vascos compete ahora, más que a nadie, estar atentos a lo que circula por las cañerías de su vida pública. Si después de haber vivido sojuzgados por una pandilla de matones de los que los han liberado, a un altísimo precio, los servidores del Estado de derecho español, van a volver a caer en sus redes tejidas ahora desde la disolución del tóxico en su agua y su aire. A ellos toca ser capaces de distinguir, como decía Machado, las voces de los ecos, a los patriotas que sienten el dolor de sus semejantes de quienes dicen serlo pero no les importa y aun les sirve de desahogo atizar al resto. Ahí, y en la memoria debida, se juegan su futuro.

El cuadrilátero

En una esquina del cuadrilátero, en Berlín, hay un hombre que no tiene más horizonte que eludir como sea una euroorden para responder de los delitos que se le imputan con arreglo a la ley del que, mal que le pese, sigue siendo a todos los efectos su país. En la esquina opuesta del cuadrilátero, en Madrid, hay un hombre que no tiene más horizonte que eludir como sea la hora de disolver un parlamento en el que ya no puede apoyarse para gobernar ni legislar, dando paso a unas elecciones de las que es muy posible que salga una cámara que le permita hacer menos todavía, si es que no despacha a su partido a la oposición.

Esos son los términos del combate, a los que podríamos añadir lo que uno y otro tienen detrás: el de Berlín, a quienes lo pusieron ahí, bajo la presión de unos sumarios y de la ruina acelerada de lo que fuera durante décadas la fuerza hegemónica en Cataluña; el otro, un partido en descomposición libre y casi impredecible, con tendencia a la irrelevancia en las plazas donde desde siempre se jugó la gobernación de España, como la propia Cataluña o Madrid. El futuro y el pasado de ambos los colocan, en suma, en términos perfectamente desesperados, lo que viene a explicar lo que acontece ahora mismo sobre la lona.

Y lo que acontece es que en el centro del cuadrilátero baila un individuo estafalario, con ínfulas de superioridad intelectual, nacional y racial, que juguetea abiertamente con la perspectiva de sumir a la Cataluña para cuya presidencia vicaria se postula, con el beneplácito del púgil berlinés, en un enfrentamiento civil. Un choque que, esta vez sí, resulte irreversible y dramático, con aparatosa trascendencia exterior y pérdida definitiva de lo que el frustrado movimiento nacional de octubre de 2017 consiguió que se deteriorase y tambalease, sin terminar de malograrlo.

Frente a la exhibición del hombre-bala disparado por el de Berlín, el de Madrid produce refunfuños inaudibles, no vaya a ser que se le esfumen los cinco votos nacionalistas que en el Parlamento nacional sostienen su supervivencia agónica y lo ponen a resguardo del abismo presupuestario. Y mientras el combate de esta semana evoluciona inexorablemente hacia una victoria a los puntos del lanzador de órdagos berlinés, los que al final habrán de pagar todos los platos rotos, en Cataluña y en España, y no tienen la suerte de poder observar el combate desde la confortable afiliación a algún dogma salvífico, se preguntan dónde están, si es que existen, los líderes capaces de ahorrarnos este disparate tenebroso y deplorable que no parece tener fin.

Dónde están, por ejemplo, quienes pudieran galvanizar a los catalanes no en pos de la distopía de los medidores de cráneos o los tasadores de lenguas, sino en la empresa mucho más factible y fecunda de contribuir a crear, con lealtad y sin agendas ocultas ni dedos cruzados a la espalda, un

espacio hispánico solidario, consciente de su diversidad y más pujante en el mundo a partir de ella. Dónde están, por otra parte, quienes pudieran ilusionar al conjunto de los españoles en la construcción de ese espacio común y, si no definitivo, ya que nada humano lo es, más estable y sólido que los parches intentados hasta aquí, tras los que se agazapan, satisfechos, los partidarios de no cambiar nada decisivamente y aun los de preservar esencias que expelen de forma irremediable a quienes no son de su cuerda.

Mientras no salten a la lona personas capaces de plantear esa alternativa, viviremos condenados a la pugna entre los dos polos desesperados que hoy nos dictan el programa. Un programa que un día nos ofrece un referéndum de pega respondido con unas desafortunadas cargas policiales, al otro un duelo de jueces de Madrid y de Schleswig-Holstein y ahora las baladronadas de un agitador xenófobo en la tribuna de un parlamento que debería ser respetable. Y lo que todavía nos queda por ver y soportar.

La fuga de Samira

Cuentan de Samira que vino de Marruecos y que se instaló en Rubí, en la periferia barcelonesa, donde le tocó vivir, *mutatis mutandis*, esa segregación sutil (o no) que ya sufrieron antes de ella andaluces o extremeños, arrojados a las cuevas de Montjuïc primero y al atropellado urbanismo de extrarradio después, en tanto que la burguesía barcelonesa enriquecía con sus sudores —de los andaluces y extremeños— su bonita y atildada ciudad. Y no, esto no es una justificación, ni tampoco un reproche que se dirija a otros: es un hecho y un presupuesto de la historia, que cada uno valorará como mejor crea, quiera y entienda.

Cuentan de Samira que tuvo un hijo, que su matrimonio con un compatriota no terminó de salir bien, cosas que pasan a menudo entre gente que vive algo desubicada —y de nuevo no se alega como excusa de nada, sino como antecedente de lo que al fin iba a suceder—. En esa nueva situación, sola, sin muchos recursos y con menos esperanzas, Samira empezó, dicen, a matar el rato navegando por internet, donde acabó conectando con una comunidad más bien siniestra, pero que supo aparecersele a quien nada esperaba y en nadie confiaba como un espejismo de oportunidad. El mensaje era contundente, y sabían adornarlo además con aires de pujanza y modernidad. Eso que Samira sentía que no tenía su vida de inmigrante pobre y separada en un lugar donde todo le indicaba su condición subalterna.

Así fue como Samira acabó decidiendo llevar una vida de película. Al menos, se ha reflejado en una sobrecogedora ficción televisiva, la británica *The State*, que entre otras historias cuenta la de Shakira Boothe, una madre soltera musulmana que decide abandonar el Reino Unido, donde trabaja como médico, para ponerse al servicio del Estado Islámico, en cuyos hospitales de campaña espera que le dejen poner en práctica sus conocimientos. Para ello viaja a Turquía con su hijo de corta edad y tras una azarosa peripecia consigue llegar a Raqqa, donde se percata, demasiado tarde, del horror al que ha elegido someterse.

A Samira, empero, no le dejaron rodar su película, lo que le ahorró conocer —y hacer conocer a su hijo— el espanto de los turbios decapitadores del califato, pero le regaló a cambio una forma diferente de sentir que su existencia se había ido por el sumidero. Tras algún tiempo de activa colaboración, en el que llegó a hacer de reclutadora para los yihadistas de otras mujeres fácilmente impresionables, decidió trasladarse a su tierra de promisión. Después de tomar todas las disposiciones previas, incluida la transferencia de sus magros ahorros, viajó a Turquía, donde la fortuna no la acompañó, o quizá no untó a quien debía —o no supo hacerlo debidamente—. En lugar de atravesar la frontera con Siria, quedó allí detenida, hasta que la devolvieron a España

para responder por su intentona de incorporarse a una organización terrorista y, de paso, secuestrar a su propio hijo y entregarlo como futura carne de cañón a los matarifes.

Le quitaron al niño, la enviaron a prisión. Allí recapacitó, o se desesperó todavía más y no encontró otra salida a su oscuro laberinto que el arrepentimiento. Colaboró con las autoridades, contó cómo y quiénes la habían radicalizado y convencido de emprender el camino de perdición que finalmente había tomado. Eso le valió alguna atenuación en la pena, pero no la sacó de su situación de privación de libertad. Ni siquiera se le concedió el traslado a una prisión donde pudiera estar más cerca de su hijo, y nadie pidió para ella esa merced, que para otros suele exigirse. Ya se sabe: con quienes no son nadie y no tienen quien les excuse, pondere o compadezca, la ley es implacable. *Lex dura sed lex*, que decían los romanos, donde tampoco lo era para todos por igual, porque, ya lo advierte Kafka, las leyes son un expediente aristocrático, que reprime y ampara de manera más bien selectiva.

Y una vez más, no se trata de recriminar a los hacedores e intérpretes de las leyes ni de exonerar a quien las infringe, pero el hecho es que Samira decidió el otro día hacer definitiva su fuga colgándose del pañuelo con el que cubría su cabeza. Semejante final pide alguna interpretación, que para el lector queda.

Derecho a no declarar

La cara del hombre, en el asiento trasero del coche policial, lo dice todo. Al final, ha llegado. *El infierno tan temido*, que decía Juan Carlos Onetti. Ese que quien se lo gana sabe que antes o después le acabará cayendo encima, aunque juegue con éxito, durante más o menos tiempo, a hacer como que nunca vendrá. La culpa, de lo mismo que lo desencadenó todo: el dinero. «Me tengo que hacer rico», le escucharon decir unos policías hace mucho tiempo, aunque logró hacérselo perdonar u olvidar. La frase no sólo encierra una filosofía de vida, un proyecto personal y una catadura ética. Es, en su simplicidad, todo un programa de autodestrucción que, después de devastar alguna otra cosa y de esquilmar a alguna otra gente, al fin se ha cumplido.

Cuentan que Eduardo, el tahúr más listo y más escurridizo a este lado del Misisipi —y también al otro—, cometió un error de los tontos; de esos que al final son los que cometen los astutos. Que apuntó unas cifras ominosas e incriminatorias en un papel, por si la memoria fallaba, y que las olvidó —qué paradoja— en un altillo del piso de lujo que luego le vendió a otro. Que ese otro hizo unas reformas, encontró el papel —manuscrito, es decir, pistola humeante y con huellas— y como tampoco era trigo muy limpio resolvió guardárselo por si en el futuro servía para algo. Debió de creer que sí, que podía servirle, porque el papel acabó en poder de la Guardia Civil, una gente singularmente atenta, por hábito y por necesidad, a los garabatos de papeles manuscritos que aparecen en el curso de una investigación, y con una maña endiablada para interpretarlos y acabar sacándoles petróleo.

La historia puede ser cierta o estar adobada con algunas pinceladas de fantasía por sus sucesivos intermediarios: a fin de cuentas emerge en los momentos inmediatos a la detención de Eduardo, cuando los periódicos necesitan desesperadamente material con el que llenar las páginas a partir de diligencias que son todavía secretas. Lo que sí es público es la razón por la que Eduardo ha sido detenido y se le conduce a presencia de la jueza que instruye el caso: blanqueo de capitales conectado con delitos de cohecho cometidos cuando administraba el presupuesto de los ciudadanos; ese que algunos gustan de confundir con su propio peculio y trasvasan donosamente a cuentas extranjeras. Todo parece indicar que ha caído al intentar traer aquí, a donde puede disfrutarlo en forma de bonitos pisazos en bonitas calles de bonitos barrios, el fruto de sus pasadas malversaciones.

Presunto, todo, aún. Pero esa cara, ah, esa cara.

O lo que viene luego, ante la jueza, que es lo mismo que ya ha habido ante la Guardia Civil: el detenido, frente a las terribles acusaciones, que lo ponen como un parásito del erario, un vil saqueador de lo ajeno y una sabandija ansiosa de disfrutar de su botín, guarda silencio. Ni por un

momento se le pasa por la cabeza mostrar ante su señoría la gallardía y la superioridad con que en sus declaraciones públicas se distanciaba de quienes «no habían estado a la altura», y con los que, si hemos de creerle, debería producirle escándalo y repugnancia ser confundido.

No, Eduardo calla. Simplemente sostiene que los guardias se equivocan y espera que la jueza lo suelte por la inconsistencia de la imputación. Pero en la fea hora de la verdad las cosas no van así: callar sólo le proporciona el viático a la prisión donde esperará a que la investigación concluya, para asegurar que no hace desaparecer ningún rastro ni trata de entorpecerla.

El derecho a no declarar es la deferencia que con Eduardo y con tantos otros que como él lo defraudaron —presuntamente—tiene el Estado social y democrático de Derecho. Nada más, y nada menos. Derecho a no declarar tienen, pero no a prevalecer sobre quienes como esa jueza o esos guardias sí están al servicio de sus conciudadanos. Es la hora en la que quienes durante años se rieron de quienes confiaban en ellos no tienen ya dónde guarecerse, ni a dónde escapar. La hora en la que quienes nada hicieron, nada pusieron, nada dieron, y sólo tomaron y se aprovecharon, han de rendir cuentas a un país que es mejor que ellos, que supo funcionar a pesar de ellos —aunque ellos, una y otra vez, se afanaran en ponerse las medallas— y que ha de salir adelante saldando cuentas con ellos y dejándolos atrás.

El hombre que no veía *Borgen*

Se lee en los *Ensayos* de Montaigne, y más en concreto en el titulado *De la fuerza de la imaginación*: «En el estudio que efectúo de nuestras costumbres y movimientos, los testimonios fabulosos, si son verosímiles, valen tanto como los verdaderos». No fue el autor de esta frase el primero en ponderar el valor de la imaginación como forma de conocimiento, pero quizá haya sido uno de los que más resueltamente nos han exhortado a no menospreciar las ficciones como forma de explorar el mundo.

En estos días hay un hombre que ha perdido todo lo que hace apenas una semana creía tener bien agarrado. Diríase que a estas alturas todavía se está preguntando por qué, cuando la explicación es relativamente sencilla. La despliega, con sutileza nórdica y riqueza de matices, una ficción televisiva danesa que cabe presumir que nuestro hombre no se tomó el tiempo de ver; un tiempo que, pudiéndole parecer perdido, habría sido el mejor empleado que hubiera podido concebir. En ella, una candidata a presidir el gobierno cuyo partido tiene muchos menos escaños que otros acaba llegando al despacho de primera ministra. El desarrollo de la trama no es mágico ni esotérico: no viene ningún duende maligno a encantar a sus rivales para favorecerla, todo sucede dentro de las claves de la estricta verosimilitud.

Lo que hay es, ni más ni menos, que la primera ministra así elegida acierta a no despertar la inquina que suscitan, en los demás actores políticos, los perfiles de sus adversarios con más cuota en el Parlamento. Sucede que se da cuenta de que tiene la oportunidad de ser apoyada no por la adhesión que promueve en otros, sino porque no genera el rechazo que en cambio tienen los que a priori parten con más posibilidades en la carrera. Juega así sus cartas y gana. Y gobierna. Y no sólo unos meses.

El hombre que no veía *Borgen*, que tal es el título de la serie televisiva, no es un hombre por completo reacio a los vericuetos de la imaginación. Quien esto escribe debe dejar constancia, con gratitud personal, de su afición a leer novela negra española contemporánea, mostrando a sus autores una elegancia y una cordialidad que no son comunes entre los hombres con poder. Sin embargo, cabe suponer que en los últimos tiempos, y en lo que toca a su empeño principal, que no era otro que completar la legislatura, no ha estado asesorado por personas muy imaginativas.

Si las hubiera tenido, le habrían sentado delante de la tele para ver cómo y de dónde podía venirle el zarpazo. Es posible que no hubiera bastado para evitarlo, porque el estribo en que se ha apoyado quien iba a infligírselo estaba prácticamente escrito en la mastodónica instrucción de una causa seguida contra los recaudadores de su partido en la Audiencia Nacional. Pero tal vez

habría podido elaborar una estrategia para que el golpe no fuera tan doloroso, para que no se le viera tan perplejo.

Mucho se le ha criticado por la espantada que dio, cuando se hizo evidente que iba a triunfar la moción de censura presentada contra él. No fue un gesto airoso ni memorable, pero un valor hay que reconocerle a ese tiempo de apartamiento y soledad. Le valió para no caer en la tentación de perpetrar una dimisión táctica e ignominiosa, como le invitaban a hacer sus peores y más taimados enemigos, que nunca están enfrente sino en la propia bancada ideológica. Le sirvió, aunque fuera muy al final, para doblar la rodilla caballerosamente ante el vencedor, aceptando sin reservas la legitimidad democrática de los votos que lo alzaban, aunque no los compartiera y supiera que no se debían al fervor por el ungido, sino al desdén y aun la revancha contra él. Dejó que los espumarajos brotaran de otra boca, y fue así un buen escritor del que muy posiblemente sea su epílogo político.

A su sucesor no le vendría mal ver *Borgen*, si no lo hizo. La primera ministra, habilidosa y brillante, no logra ser reelegida.

El funámbulo

A veces, para ganar algo, es necesario perderlo antes todo. A veces, para acabar dando con el camino que lleva a la meta, hay que pasar antes por caminos que no llevan a ninguna parte. Quien hoy se sienta en la silla del vencedor es el hombre al que hicieron morder el polvo y despacharon al ostracismo y a la nada más ignominiosa. Quien ha encontrado la entrada del laberinto es el mismo que antes se estrelló contra sus recios muros.

Y puede que esas dos experiencias fallidas sean no sólo las que le han permitido alcanzar sus objetivos, ante el pasmo de propios y extraños —qué bien suena ese silencio atronador en los oídos de quien se habituó a verse reconvenido, amonestado y menospreciado casi por cualquiera que tenía un altavoz—, sino las que le han llevado a redondear unas cualidades que ahora cuesta no pensar que en cierto modo eran innatas. «Se reconoce a los ganadores en la línea de salida», le dice un viejo y desengañado Noodles a su amigo Fat Moe en cierta escena de la obra maestra de Sergio Leone, *Érase una vez en América*. Algo tenía desde el principio este hombre, y quienes tras señalarlo se las hubieron de ver una y otra vez con la incredulidad condescendiente de los sabihondos paladean el instante con incontenible placer.

No vale nada un crítico que reconoce el talento cuando se ha vuelto respetable, sino el que sabe verlo cuando asoma y no da prestigio apostar por él, escribió Raymond Chandler, y no son muchos los que en esta hora pueden presumir de perspicacia ante la aparición de un narrador que ha tenido la capacidad inaudita de provocar una refracción en el curso de los hechos; de sacar la obra del argumento pétreo y acartonado con que se desarrollaba desde hacía varias temporadas, entre ministros de austeridad plumiza y agitadores ruidosos e improductivos.

De pronto, los amos del calabozo, esos que denegaban con una sonrisita maquiavélica presupuestos y reformas, están con el tenderete puesto en la calle y buscando un nuevo lugar bajo el sol. Y quienes portaban la etiqueta de ingenuos sin esperanza se ven pisando la moqueta ministerial y tratando de decidir qué es lo que pueden hacer, de todo lo que soñaban, con el presupuesto que les dan ya hecho. No es demasiado, se dirá. Pero ese poco es infinitas veces la nada que antes administraban. Y es la puerta abierta a intentar algo más, a convencer a la ciudadanía que ya vivía acampada en el cinismo descreído o en la rabia airada de que es posible recorrer otro camino, por poco o mucho tiempo. La manera en que contienen la respiración y la lengua los que prosperaron capitalizando la indignación es acaso el primer y más significativo síntoma de que el cambio es sustancial.

Existe la tentación de achacar a la suerte la transformación radical del panorama. Existe, también, y en especial entre los perdedores de la partida, la inclinación a imputar la hecatombe

que han sufrido a alguna especie de conjura ominosa en la que el innmercido triunfador habría comprometido prestaciones sin cuento a cómplices nauseabundos. Ambas teorías pecan de la falta de imaginación de quienes no ven venir los giros que la vida les presenta, y están predestinados a sucumbir ante quienes, en cambio, saben atisbar por entre sus rendijas y tienen el arrojo de intentar hacer pasar su cuerpo y su alma por ellas, aun a riesgo de quedarse enganchados y dejarse algún jirón.

Lo que ahora viene, pasada la embriaguez del logro, va a ser difícil y peligroso para todos. En primer lugar, para el funámbulo que con mínimos apoyos trata de atravesar un cable de longitud variable, pero que no puede ser ni demasiado corto ni demasiado largo. Está a tal altura, el cable, que una caída no puede sino ser mortal de necesidad. Ahora bien, quienes sueñan con que se caiga harán bien en tener cuidado. El funámbulo tiene ahora un botón. Y sólo él va a decidir el momento en que lo apretará.

Todos los Aquarius del mundo

La fortuna es caprichosa y distingue a quien quiere cuando quiere. Si es que es fortuna encontrar un puerto seguro después de haber nacido en un lugar donde tus expectativas vitales eran desastrosas, haber tenido que cruzar un desierto pavoroso en condiciones infames, haber vivido jornadas interminables en un estado fallido y, encomendándote a una organización criminal, haberte echado a las aguas traicioneras del Mediterráneo con unas cuantas papeletas para acabar ahogándote en ellas.

Esa es la fortuna que ha tocado a los recogidos del canal de Sicilia por el buque Aquarius, para ser luego rechazados por el nuevo gobierno italiano y distribuidos entre otros dos barcos, a fin de transportarlos a Valencia con la promesa de acogida por parte del nuevo gobierno español y del francés para aquellos que deseen trasladarse a su territorio. España y Francia, dos países que —no está de más recordarlo— intentan alcanzar a diario centenares de inmigrantes que hoy por hoy se tropiezan con las concertinas de Melilla y Ceuta o con la frontera cerrada que los lleva a amontonarse en la ciudad italiana de Ventimiglia.

Sin embargo, los que lograron subir al Aquarius van a ser recibidos poco menos que como héroes, por un contingente de ayuda que casi cada hora que pasaba multiplicaba por un poco más el número total de personas necesitadas de asistencia. Es lo que en nuestra sociedad de la comunicación y el *trending topic* suele llamarse un gesto, con un supuesto contenido significativo que puede servir para detonar conciencias y de paso la adopción de medidas gubernamentales —o supragubernamentales— más acordes con la escalofriante emergencia con la que nos hemos acostumbrado a convivir. Esa que divide el mundo entre quienes tienen algún derecho y quienes apenas tienen su sombra.

Los más escépticos del lugar recordarán la imagen de un niño yacente con el rostro enterrado en la arena húmeda de una playa. Y recordarán también la oleada de indignación y piedad que parecía incontenible y que apenas unas semanas de rutina devolvieron a su justo lugar: el dique de la propia conveniencia y las necesidades satisfechas que no pueden distraerse de manera demasiado prolongada con quienes necesitan algo que no reciben ni tienen la esperanza de recibir. Alimentar unos pocos días unos *hashtags*, hacer unos aspavientos, despotricar un rato contra la ceguera o contra la doble moral de los que mandan. Y a otra cosa.

Pero no seamos así. Queramos creer, sintamos que en la oferta del nuevo presidente del gobierno español, en el respaldo del presidente de la República Francesa, en la convocatoria por parte de la canciller alemana de una cumbre europea, palpita por fin una verdadera toma de consideración del asunto, que atienda a su seriedad y no quede en proclamas para la galería. Que

de la foto de los desheredados del Aquarius llegando a Valencia, tras ser repelidos por una Italia exhausta y llena de rabia tras haber sido dejada a su suerte por sus socios —o si se prefiere, por la parte de Italia que ha elegido a quienes hoy la gobiernan—, puede salir el proceso de reflexión profunda y análisis riguroso que permita una política europea de inmigración digna de ese nombre.

Una política que, de entrada, actúe mucho antes de que un hombre, una mujer o un niño —en tantas ocasiones traficados y en demasiados casos destinados a ser pasto de explotación delictiva en suelo europeo, tras haber visto pisoteada su dignidad cien veces por el camino— viajen a la deriva en una embarcación con más posibilidades de hundirse que de seguir flotando.

Mientras vemos las imágenes de los que bajan al puerto de Valencia, sería bueno recordar a todos los Aquarius del mundo, que llegan sin cámaras ni recibimientos oficiales y que seguirán zarpando cada noche, por la fuerza persistente e irrefrenable que empuja a quienes están y malviven al otro lado de la grieta.

Quien rompe una infancia

Todas las ideas condenadas a perder la Historia tienen algo en común: su desdén hacia el sufrimiento de los niños. Si hemos de creer el relato del Nuevo Testamento, Herodes el Grande mandó matarlos para preservar su reino: el resultado fue que a su muerte los romanos lo trocearon entre sus hijos, para hacerlo débil y procurar su extinción. Luego los propios romanos dieron en perseguir, menores de edad incluidos, a quienes le rezaban al Dios encarnado en aquel niño del que Herodes pretendía deshacerse con su matanza: el fruto de sus desvelos fue que los cristianos se las apañaron para terminar derribando de sus pedestales a los dioses de Roma e imponiendo su creencia al Imperio.

Abundan los ejemplos más recientes: no hay imagen más contundente del carácter perdedor del nazismo que las de los niños judíos en los guetos y los campos, o las de los mismísimos niños alemanes rubios con uniforme negro arrojados contra las cadenas de los carros soviéticos en Berlín, en un sacrificio tan cruel y demente como a la postre inútil para defenderlo. De igual manera atestigua la desesperación y la condena a la nada del Daesh su afán por convertir en verdugos a criaturas de diez años, que es tanto como hacerlos muertos vivientes para los restos.

El populismo rampante que se ha extendido por el mundo como una mancha de aceite, bajo ropajes diversos —todos ellos de baja estofa intelectual y moral, y por ello abocados a quedar en la memoria como jalón ominoso en la búsqueda de mejores ideas—, ha acabado, como no podía ser menos, tropezando en la misma piedra. El tipo acaso más orgulloso y arrogante que en el mundo existe, aupado a la primera magistratura de la primera potencia, se ha visto forzado a recular por una simple foto de una niña en pleno llanto, a la que lo confrontó una conocida revista.

Merece unos cuantos premios, plásticos y de narrativa, el talento del diseñador gráfico que urdió esa imagen demoledora: la de la niña llorando con la barbilla alzada, clamando al cielo, frente al hombre de aspecto opulento que desde su estatura y su envergadura observa hacia abajo. Y la guinda: un uniforme fondo rojo que otorga al duelo toda su atroz significación.

Antes de que esa imagen diera la vuelta al mundo, se había permitido el altivo mandatario ordenar sin despeinarse que a los niños se los separase de sus padres en la frontera, y se habían permitido quienes cumplieron la orden tratarlos, a menores y adultos, como si fueran delincuentes. Tras verse expuesto a la humanidad entera como ejecutor de la ignominia más repulsiva, y dando con ello fe de que conserva alguna conexión funcional en el cerebro, no ha tenido más remedio que reconocerse fuera de juego y dar marcha atrás, ante el único mensaje que podía contrarrestar, y de qué manera, la intención de voto que merced a la torpeza de décadas de sus adversarios políticos conserva entre el electorado estadounidense. No hay argumento que valga para sostener

el maltrato a los más inocentes, una vez queda desvelado. No queda otra que desdecirse, desautorizarse.

El ejemplo trumpiano debería servir para tomar conciencia a los demás expendedores de ideas absolutas que no dudan en llevarse por delante, cuando el ideario se lo exige, los derechos de quienes no han alcanzado aún la edad adulta. A todos esos que no dudan en hacer pagar en la cabeza de los niños lo que a sus padres les reprochan, legítima o ilegítimamente. A aquellos que aún se siguen consintiendo pensar, con estupidez supina que aúnan a la maldad más oscura, que hay una patria, una bandera o una lengua que tienen preeminencia sobre lo que un niño o una niña necesite para crecer con paz y felicidad.

Quien rompe una infancia, ya lo dijo según sus apóstoles aquel a quien quiso matar Herodes, ofende a Dios. O para quien no crea en Dios: contraviene la vida. Y merece su fracaso.

Los tuits del presidenciable

Te acaban de llamar. Te dicen que te han propuesto para la presidencia de un ente público y que, si lo aceptas, el puesto muy probablemente será tuyo. Te lo piensas, haces el análisis de pros y contras, desde el cochazo con chófer hasta la pleitesía más o menos debida al dedo que te unge, y llegas para ti a la clara conclusión de que tu nombre, precedido por el vocablo «presidente», suena demasiado bien como para declinar la oferta. Y tras un momento o periodo de reflexión, o no, le haces saber a tu comunicante que siempre te motivó el servicio público.

Ábrese entonces un íterin en el que han de terminar de ajustarse las tuercas políticas y administrativas necesarias para acabar depositando tus posaderas sobre el suave cuero del asiento del vehículo oficial. Un íterin en el que aprovechas, por tu parte, para realizar la adaptación mental a la nueva situación, que incluye, entre otras cosas, pensar bien lo que vas a decirle a tu familia, a tus actuales jefes, en fin, a toda esa gente a la que de entrada no va a entusiasmar que tu vocación de sacrificarte por la comunidad lleve a que sus cosas se desatiendan.

Tu mente es una olla a presión, que procesa simultáneamente todos los discursos, todas las excusas más o menos solventes, todos los eufemismos oportunos que irás dejando aquí y allá para endosarles a unos y otros lo que no quieren oír. Te preguntas también si el paso que te dispones a dar, amén de una indudable realización personal, implica alguna suerte de incongruencia con tus actitudes y pronunciamientos de otrora. No has olvidado aquella canción definitiva de Pink Floyd, *Wish You Were Here*, con sus advertencias clarividentes: «*Did they get you to trade / your heroes for ghosts? (...) Did you Exchange / a walk-on part in a war / for a lead role in a cage?*». O lo que es lo mismo: si no habrás dejado que tus héroes se conviertan a la postre en fantasmagorías, si con tu «sí» no cambias tu papel de figurante en el más noble combate por el de protagonista de una vida enjaulada.

De ninguna manera, te dices, con una contundencia que busca hacer que te lo creas, persuadirte antes que persuadir a los demás. Tú sigues fiel a tus esencias, llevas dentro la furia adolescente que te condujo a trazar un itinerario por el mundo, una ruta que has seguido con lealtad a tu ser durante todos estos años y de la que no te apartarás ni un ápice cuando ocupes el inmenso despacho oficial, cuando tengas dos secretarías solícitas, cuando almuerces en restaurantes de alta cocina pagando el contribuyente, porque todo eso no lo harás para tu propia complacencia, sino como parte del sacrificio que te dispones a aceptar.

Es entonces, cuando más tranquilo y relajado y contento está tu espíritu, mirando tu bonito iPhone X, cuando te acomete el pánico. La cuenta de Twitter, piensas, con súbita lucidez, y un sudor frío te corre por la nuca. Desbloqueas el móvil con tu jeta, buscas la *app* del pajarito en el

menú y miras la cifra fatídica: el número de tuits que has publicado desde que un día de hace ya unos cuantos años, un día más bien tonto, según razones ahora, decidiste activar esa herramienta ideada para drenar, acumular y monetizar información personal de los bocachanclas que no saben callar prudentemente ante lo que acontece, en espera de tener alguna reflexión más o menos sólida al respecto. Al ver la cifra sientes un vahído. Son varias decenas de miles de piadas. O lo que es lo mismo, varias decenas de miles de posibilidades de que alguien con tiempo y ganas precipite tu perdición.

Lo que sigue —con la ayuda de un experto informático que te suministra las aplicaciones que sirven para lo que la red social impide, el borrado en lote de gorjeos y graznidos— es una tarde febril de erradicación de las versiones más inconvenientes de tu yo anterior, ese que no sobreviviría de presidente. Quizá, al final, conseguiste tu papel protagonista de pajarillo enjaulado.

Absence is presence

Es tal vez la frase más memorable de la poderosa e inclasificable teleserie de Paolo Sorrentino, *El joven papa*. La pronuncia el extravagante y atormentado pontífice al que da vida, acaso en su mejor interpretación hasta la fecha, el actor Jude Law, y con ella responde a las quejas de los cardenales que le hacen ver que los fieles, acostumbrados a la profusa exhibición papal desde Juan Pablo II, esperan que aparezca ante ellos, que les diga algo, en lugar de encerrarse en el silencio pétreo que apenas ha roto desde que el cónclave le eligiera como sucesor de Pedro.

Absence is presence, o lo que es lo mismo: la ausencia es la presencia más intensa, en este mundo hipercomunicado en el que todos sienten la necesidad perentoria de pronunciarse públicamente sobre cualquier cosa, ya sea una catástrofe, una victoria deportiva o el desliz de un personaje célebre (o no). Esa continua exposición al escrutinio ajeno, por la vía de escrutarlo todo y de verter a los ojos de todos nuestros juicios y opiniones sobre cuanto sucede, vuelve nuestras palabras y nuestras ideas, que vienen a ser la misma cosa, fugaces e irrelevantes. Y el papa, que siempre apuntó a santo y a sabio desde la aflicción radical del abandono paterno —una ausencia que para cualquiera no puede sino girar como primera realidad vital—, lo intuye con clarividencia y lo pone en práctica con un rigor que perturba a sus acólitos.

Uno nunca sabe quién ha visto qué, y menos en materia de teleseries, con la inflación actual del género que provoca que sea inabarcable por una sola persona la oferta disponible, pero no sería extraño que la ficticia frase papal estuviera en la mente de quien le ha prescrito al ocupante de la oficina presidencial en el complejo de la Moncloa que se abstenga por completo de atender a periodistas —excepción hecha de un encuentro convenientemente doméstico con la televisión pública— y de dirigir al pueblo al que gobierna el más mínimo mensaje durante el primer mes de su mandato. Que se ocupen los ministros de ser la cara del gobierno, y también las mejillas que reciban las bofetadas y los escupitajos que la acción gubernamental ha de provocar antes o después. El presidente sólo es una omnipresente ausencia, que se manifiesta con fotos de sus manos en una cuenta de Twitter —un error que nunca habría cometido el papa, ya enmendado— o con exlíderes mundiales como Barack Obama —otro error del tipo «necesito demostrar que soy lo que soy», que tampoco se habría permitido quien sabe que no estar exige no quebrar el misterio con peticiones de importancia—. Fuera de eso, nada.

La técnica de construcción del aura presidencial, pese a los puntuales tropiezos, funciona. Por eso la han practicado en mayor o menor medida todos los predecesores en el cargo, alguno con maestría casi taoísta o bartlebiana, caso del inmediatamente anterior, antes de que la pérdida de la mayoría absoluta forzara su comparecencia en programas de compadreo con estrellas de sonrisa

campechana y floja —y bien cabe temer que ese fuera el principio de su fin—. Cada día el supremo conductor es un poco más supremo y un poco más conductor, y quienes se postulan para desalojarlo, en cambio, quedan expuestos a peor luz.

La suerte, que también juega, ha querido que este mes de reclusión monoclovita del nuevo líder coincida con las elecciones primarias del partido rival, en las que los candidatos no tienen otra que patearse el país repartiendo sonrisas, comiéndose casi cualquier cosa con casi cualquiera y hasta marcándose bailes de sonrojo, al tiempo que se señalan unos a otros las respectivas vergüenzas y quedan aún más al descubierto en las réplicas a las acusaciones de sus contendientes. Una película que se ha salido del guión, por cortesía del anterior presidente del partido y hoy gris registrador en una ciudad costera, que decidió distinguirse de otros renunciando al dedazo ungidor, lo que le honra como persona y ha de redundar en el saneamiento democrático de sus siglas, pero coloca en un compromiso a los aspirantes a sucederle y refuerza el peso de quien opta por desaparecer.

Y es que nada prestigia tanto el silencio propio como el vano y persistente cacareo ajeno. Como nos advierte Montaigne, nadie está exento de decir necedades, pero no todos están en la misma disposición de callárselas. El joven papa sabe lo que se hace.

Ábrase paso la verdad

Un oscuro funcionario ya jubilado —tan oscuro como para haberse hecho millonario mientras entraba y salía de la función pública, mediante actividades en las que la información a la que tenía acceso por razón de su cargo se convertía, según múltiples indicios, en mercancía facturable— acaba dando con sus huesos en prisión acusado de graves delitos. Desde el momento en que atraviesa la puerta de la cárcel se empieza a especular con cómo acabará utilizando, antes o después, los trapos sucios que se presume ha ido acumulando acerca de una multitud de personalidades influyentes, incluidas algunas que ocuparon las más altas magistraturas del Estado. Esas miserias y vergüenzas del poder, que habría manejado durante años el funcionario como su particular seguro de vida e impunidad, pasarían al hallarse entre rejas a convertirse en el instrumento de su represalia.

En los meses siguientes empiezan a trascender, a través de filtraciones a medios de comunicación, detalles y fragmentos de conversaciones cada vez más comprometidas y escandalosas. De ser ciertos los testimonios contenidos en ellos, figuras del máximo relieve habrían practicado con un desembarazo colindante con la desfachatez una doble moral gravemente lesiva para el interés público, sin descartar la comisión de hechos delictivos.

Unos acusan al funcionario jubilado y preso de soltar las cargas de profundidad que atesora para persuadir al Estado de que es mejor hacer la vista gorda sobre sus actividades dudosas. Él se defiende atribuyendo las filtraciones a quienes, dentro de los propios cuerpos de seguridad a los que perteneció, tienen todo el interés en destruirle. Lo que parece, en todo caso, es que algo que se guardaba bajo llave ahora circula sin control, o bajo el control de alguien que busca hacer el mayor daño posible.

Se encienden las alarmas: muchos lo sienten como una desgracia de consecuencias impredecibles; otros lo saludan con júbilo difícil de disimular, por cómo y cuánto puede socavar un edificio que aspiran a demoler; hay quien se pregunta hasta qué punto puede ser cierto lo que se está filtrando y qué grado de verdad resulta soportable a la vista de lo que se insinúa.

Teniendo en cuenta el contexto y el compilador probable de la información que va aflorando, cabe tanto la posibilidad de que sea verídica como de que se trate de calumnias y acusaciones fabricadas. Cabe, también, que entre el material que se da a la luz se encuentren secretos de personas sin tacha penal alguna, y cuya divulgación puede ser en sí misma delictiva. En cualquiera de las hipótesis, las autoridades competentes, y en particular las judiciales, no tienen más que un itinerario: indagar la oprobiosa historia y discriminar qué tiene de cierto y de falso. En lo que de

inveraz tenga, generará a su vez responsabilidades criminales para sus fraguadores y difusores; en lo que resultara ser cierto, la ley determina de igual manera cómo ha de procederse.

Frente al normal funcionamiento del Estado de derecho no debe ni puede tener aprensión ninguna de las instancias sujetas a él; y menos aún los ciudadanos, que sólo en él encuentran el amparo de sus derechos y sus libertades. Sean cuales sean las responsabilidades, y alcancen a quien alcancen, existe un cauce para establecerlas y ventilarlas. Y el sistema, pese a quienes gustan de denigrarlo a la ligera, es lo bastante robusto, si se lo hace funcionar, para atajar y absorber el mal sin que ello produzca conmociones irreparables. Personas antaño muy principales ocupan hoy una celda, y no hace tanto que como fruto de la aplicación de los rigores legales el mismísimo gobierno se desmoronó en cuestión de días, sin que ello supusiera desastre, sino, simplemente, la formación de un gabinete distinto.

Ábrase paso la verdad, y caiga lo que haya de caer. Mayor roto es preservar, por eludirla, lo que no puede sostenerse.

Duelo en PP Corral

Los pistoleros se miden sin misericordia, y sin misericordia se los mide a ellos. Es lo que tiene salir a la calle principal del pueblo para dirimir a tiros quién vale menos y quién más.

A un lado del combate sin cuartel, una exterminadora de abultado currículum, conocida por su frialdad y por no dejar que el pulso le tiemble. Al otro, un pipiolo con cara aniñada, al que no hace mucho nadie imaginaba metido en semejante faena. La una ha acreditado su seguridad y puntería en cientos y cientos de escaramuzas parlamentarias, desde la oposición y desde el gobierno, fulminando a sus rivales con la mirada y el argumento. El otro, en cambio, ha tenido más de una actuación desatinada, como cuando le dio por hacer bromas con tragedias ajenas de abuelos y cunetas, desliz que ni siquiera pueden permitirse los que tuvieron, como es el caso, a un abuelo encarcelado. También carga en su debe un máster conseguido con pocos trabajos de pocos folios encuadernados en canutillo, por no mencionar una licenciatura exprés con baja comparecencia en el aula, frente a la dura oposición ganada a mordiscos por su contrincante.

Todo parece escrito para que uno acabe convertido en un colador sin otro destino que el basural de la política y para que la otra se lleve el trofeo que por derecho y valía le corresponde. Y sin embargo... Resulta que los duelos a tiros en la calle principal de este pueblo tienen truco, un truco antiguo y pesado que se alimenta de muchos sobreentendidos que no se hallan a la vista pero que condicionan lo que los contendientes pueden dar de sí. El truco vacía de pólvora los cartuchos de la diestra tiradora y multiplica el poder ofensivo de los proyectiles de su oponente. El truco desvía todos los disparos otrora certeros de ella y agrupa en torno al corazón de su adversaria cuantos efectúa él.

Hay un hombre que asiste mudo al espectáculo, porque así se lo ha impuesto y es hombre que reconoce el valor de algún que otro principio. Mientras se mesa la barba blanca, comprende que está a punto de cosechar una nueva derrota, sumada a la que lo ha traído hasta aquí, para ver quién de los que disputan la plaza que ha dejado vacante se alza con el poder. Parecía un buen año, parecía que se le iba a conceder un respiro por un par de años más, pero hace varias semanas que sólo sufre reveses y desastres. Puede que el anterior, el que lo descabalgó, no lo viera venir de ninguna manera. Pero este no puede no saber de dónde viene y por qué le toca padecerlo. Su candidata, aunque se haya cuidado de designarla como tal, ha cargado con su desempeño demasiado plomo en las alas, y ahora le extienden la factura. Y el otro, que también lleva su peso muerto en el plumaje, tiene en cambio el favor de quienes han aprendido a odiarla a ella, más el de aquellos que esperan, mejor o peor, poder manipularle.

A veces no gana quien más bazas tiene en la mochila, sino quien carga menos piedras en ella;

quien suma menos fobias a quien consigue reunir más filias. Que se lo pregunten a él.

El hombre de la barba blanca tenía ya cierta predisposición, pero los amargos hechos de su vida han acabado convirtiéndolo en un filósofo. Mientras ve al vencedor recibir los parabienes, y a la derrotada encajar con semblante de esfinge el descalabro, algo mayor de lo que se esperaba, es casi seguro que piensa en el tiempo y la transitoriedad de los júbilos y los afanes humanos. No puede no cavilar sobre lo que el futuro puede traerles a los suyos, bajo ese liderazgo recién florecido y amenazado por los más negros nubarrones. A quien le han dado la buena noticia del día es al jefe de la facción rival, que por ahora no tendrá que batirse con la gélida pistolera, sino con uno que le ofrece más y mejor blanco. Desde esos pocos folios encuadernados en canutillo.

A veces, las victorias y las derrotas son pasajeras. Y a uno lo alzan en volandas al peñasco desde el que lo despeñarán.

Nada bien asesorada

La verdad entera de lo acaecido sólo la conocen quienes lo viven en primera persona. Al menos, durante un lapso fugaz: el que media entre el hecho y su conversión en recuerdo, operación en la que es común retorcer lo acontecido en la máxima medida posible para la propia conveniencia. Aunque también se conocen casos de quienes desfiguran y subrayan con el afán de lacerarse tanto como puedan, porque esa es su personal inclinación.

Sólo esta mujer y este hombre, en tanto ocurrían los hechos que lo precipitaron todo, conocen hasta dónde se llegó o se dejó de llegar. Si en efecto hubo maltrato, vejación, violencia moral o física —que no dejó en todo caso secuelas que pudiera certificar un forense—. Convertido para ambos el incidente en memoria, que uno y otra gestionan con intereses contrapuestos, al mediar entre ellos la disputa por los derechos sobre una prole, a quienes vienen después y desde fuera sólo les queda atender a los indicios y tratar de interpretarlos. Una maniobra ardua y siempre insegura que para algunos es un pasatiempo —dichosos ellos— y para otros, pocos, una obligación profesional —lo que tiene aparejada la indeseable responsabilidad correspondiente—. Y no existe, salvo para los arrebatados por una convicción binaria, un modo simple de solventar la papeleta, una solución mágica que zanje el nudo gordiano sin que queden dudas o incomodidad.

Ni siquiera ante la existencia de una presunción legal cabe a quien juzga ignorarlo todo para dar la razón sistemática a quien denuncia: para tal función no sería necesario un juzgador de carne y hueso con cualificación profesional; bastaría un algoritmo sencillo y una máquina capaz de ejecutarlo —que tampoco necesitaría ser demasiado compleja— con la batería suficientemente cargada. Hay que examinar los antecedentes, el contexto, los datos que puedan parecer indubitados, y rellenar los huecos a partir de ahí. Todo sucede además dentro de un sistema que permite la revisión de esa decisión por personas ajenas a los prejuicios y las carencias que pueda tener quien la ha adoptado. No es un sistema perfecto, pero al cabo de milenios es el mejor que hemos ingeniado y la única alternativa conocida es el veredicto del que tiene el garrote más gordo y más fuerza para blandirlo.

En este caso, hay una complicación adicional: que sobre el asunto tiene jurisdicción otro país, cuyas decisiones judiciales están legalmente reconocidas en este —y que a su vez reconoce las nuestras—. Ello no excluye que en ese país los jueces fallen o se equivoquen, cierto es, pero también existen mecanismos para cuestionar sus resoluciones si eso llegara a producirse. De nuevo, es un sistema que puede resultar insatisfactorio, pero mucho más insatisfactoria sería la situación si todo se ventilara en un marco transfronterizo sin cooperación judicial internacional.

El hecho, también indubitado, es que el sistema no decide a satisfacción de una de las partes y

esa parte, en lugar de utilizar las vías de recurso de que dispone como derecho fundamental, opta por llevar a cabo actos de retención por la fuerza de sus propios hijos, llega a hacerlos desaparecer e ignora las órdenes judiciales que la conminan a reconsiderar su actitud. Desde la desesperación que la embarga, convencida de su recuerdo y su verdad, esto puede comprenderse humanamente. Sin embargo, bendecirlo jurídicamente equivale a sentar el peligroso y nocivo precedente de que la justicia es disponible por aquel que crea tener causa para ello. Algo que ningún sistema jurídico y judicial que pretenda seguir funcionando puede jamás amparar.

Ahora la mujer se enfrenta a una condena de cinco años de cárcel y seis años sin la patria potestad de los menores a los que retuvo. Puede opinarse que la decisión es muy severa, pueden objetarse sus razonamientos y criticarse al juez. Lo que parece palmario es que la mujer no estuvo nada bien asesorada.

La venganza del cacique

Ocurrió hace muchos años, alrededor de un siglo. Era aquella una España injusta y desigual, mucho más que la de ahora, y pobre, infinitamente más pobre. La pobreza era tanta que alcanzaba al Estado y a sus servidores, y se daba el caso de que en cierto pueblo los guardias civiles, ante la insuficiencia de las arcas públicas para facilitarles una casa cuartel, se hallaban alojados en un inmueble perteneciente a un rico propietario, que les permitía su uso sin título alguno. Contaba el cacique con que la dádiva que hacía a los guardias le granjearía un natural trato de favor, y con que estos se mostrarían sumisos ante él.

Tan por descontado daba su sometimiento que, cuando a uno de sus hijos le llegó el momento de incorporarse a filas, este hizo el alarde de ignorar la convocatoria, en la convicción de que los guardias civiles no acudirían a requerirle el cumplimiento de sus obligaciones castrenses. Erró sin embargo en el pronóstico: al recibir el aviso de la caja de recluta, el sargento responsable del puesto —o quizá fuera tan sólo un cabo— se presentó en la vivienda del propietario resuelto a llevar a rastras a su hijo a donde la ley lo reclamaba. Instó el potentado a que se hiciera la excepción a la que por sus favores y posición se creía acreedor. No hubo manera de convencer al sargento —o cabo—. Amenazó el cacique con lanzarlo junto al resto de los guardias de la casa que les había cedido. Tampoco eso surtió ningún efecto.

La amenaza no iba en vano. El cacique llevó a término su venganza: acabaron los guardias desahuciados. Pero el hijo del propietario tuvo que ir a donde no quería y afrontar sus deberes militares —del modo menos sacrificado que entonces se ofrecía a los pudientes, pero afrontarlos en fin—. Y a quien lo engendró no se le ocurrió aconsejar a sus otros hijos que eludieran la ley.

Aprendió aquel cacique que esos hombres humildes a los que creía poder comprar resguardándolos de la intemperie no eran los dóciles lacayos por los que los había tomado. Ignoraba, acaso, que a todos ellos, con el uniforme y el tricornio, les habían entregado una modesta cartilla en la que, entre otras cosas, les decían que el guardia civil tenía que ser «político sin bajeza» y que en toda circunstancia prevalecía el cumplimiento del deber. Una cartilla escrita más de medio siglo atrás, y que antes de ellos habían memorizado decenas de miles de hombres, los que los habían precedido, y después de ellos se aprenderían muchas decenas de miles más, aquellos que iban a reemplazarlos.

Naturalmente —la condición humana es la que es— no todos los que se leyeron y aun aprendieron esa cartilla supieron ser coherentes con su mandato. Los hubo, antes y después, que se plegaron a caciques de toda laya, incluso hasta el punto de la obediencia servil. Los hubo, también, que se olvidaron de lo que debían hacer cuando les convino más hacer otra cosa. Pero

siglo y medio largo después de ser escrita, la cartilla sigue ahí, y hay quien se la cree, y no son uno ni dos, sino muchos más.

Los antiguos caciques han mudado de piel y son variadas las ideologías y banderas en las que se envuelven. Los hay que se complacen, incluso, en cubrirse con enseñanzas que proclaman su no españolidad. Pero no han cambiado sus maneras, ni sus expectativas de servidumbre. Alguno, si tiene la ocasión o si está en disposición de exigirle a otro que lo haga por él, tampoco se priva de vengarse, como el de esta historia, de quien cumple con su deber de forma contraria a sus intereses y apetencias.

Así las cosas, es posible que de vez en cuando alguien que hizo lo que debía acabe desahuciado, con cualquier pretexto más o menos sólido, pero en última instancia por su afán de cumplir y hacer lo que le incumbe sin transigir con lo que los caciques, por serlo, esperaban. Da igual. Quedan otros que, llegado el caso en que deban, volverán a jugársela para decepcionarlos.

Muerte de dos ciclistas

Jay y Lauren se cansaron de su vida en Washington D.C., donde él trabajaba en el departamento de Vivienda del gobierno federal y ella en la Universidad de Georgetown. Estaban hartos de vivir confinados en una oficina, atendiendo puntualmente el correo electrónico, soportando resignados reuniones y esperando las breves vacaciones en las que ambos podían dar rienda suelta por unos días a su pasión por viajar. Decidieron por ello despedirse de sus respectivos empleos, nada malos para dos universitarios de veintinueve años, y salir a recorrer el mundo en bici. O lo que es lo mismo, convertir su placer anual en placer diario. Por empezar por alguna parte, eligieron ir a Sudáfrica. Dieron sus quince días de preaviso y se lanzaron a la aventura.

Las cosas, una vez en la carretera —y por añadidura en una carretera africana suburbial, que fue su primer contacto con la ruta—, se demostraron menos idílicas de lo que Jay y Lauren se habían prometido. Conocieron sobre el sillín de la bicicleta las variadas penalidades que a uno puede depararle una pedalada de ese porte. La fatiga, el calor, el frío, las llagas, los extravíos, los encuentros imprevistos, la descomposición intestinal. Pero también, según iban dejando puntual testimonio en sus redes sociales, la grata y esperanzadora simpatía de los desconocidos. Desde los que los orientaban en los cruces de caminos del África subsahariana hasta quienes les ofrecían su casa en Marruecos. Con esas experiencias positivas iban confirmando su visión previa del mundo y del género humano: un lugar y una comunidad de seres en los que era posible encontrar el bien por doquier.

El camino acabó trayéndolos a España, donde Lauren había pasado unos meses como estudiante, y donde posaron para su Instagram en el mirador de Gaucín, cerca de Ronda, o con un cartel que reclamaba «*Llibertat presos polítics*». En las fotografías se ve a dos jóvenes de mirada franca, radiante, felizmente ajenos a cualquier clase de conflicto, ya fueran los lejanos en que las tierras rondeñas eran campo de batalla entre la pujante corona de Castilla y el agonizante reino de Granada o los de hoy mismo, menos cruentos pero no menos enconados, entre los que piden la libertad de esos presos y quienes los creen un peligro para la convivencia de todos y aprueban su encarcelamiento.

Prolongaron luego su viaje en dirección a Oriente. Se los pudo ver con las pirámides de Guiza al fondo o en la capital de Kazajstán. El 29 de julio andaban por un paso montañoso de Tayikistán, recorriendo una ruta panorámica en compañía de otros turistas. En cierto momento, un desvencijado Daewoo los adelantó para después dar bruscamente media vuelta y enfilarse al grupo de ciclistas, arrollándolos y pasándolos por encima. En la colisión resultaron muertos, además de Jay y Lauren, un ciclista suizo y otro holandés. Poco después, los cuatro supuestos ocupantes del

vehículo asesino se grabaron y difundieron por la red un vídeo, con un apacible lago azul de fondo, en el que reivindicaron la muerte de los infieles como una acción del Estado Islámico, al que proclamaban con esas imágenes su adhesión.

En aquel paso montañoso de Tayikistán, en el día 369 de su ruta, terminó para Jay Austin y Lauren Goeghan, ambos de veintinueve años, el recorrido por el mundo y por la bondad de sus gentes. Y lo hizo bruscamente, sin aviso ni piedad. Dos jóvenes idealistas de Washington, dos buenistas que dirían los muchos partidarios del hosco malismo imperante, se encontraron con el coletazo asesino de una larga historia. Una historia que viene de muy atrás, tan atrás que cuesta mucho buscarle la raíz —¿el acuerdo Sykes-Picot, las Cruzadas, Justiniano, las guerras médicas? — y que en algún momento reciente pasó por el mismo Washington, con las decisiones de armar muyahidines o desbaratar países. En todo caso, ellos no tenían la culpa. Ellos sólo montaban en bici.

Gala Placidia, vecina de Barcelona

Hay en Barcelona una plaza dedicada a Gala Placidia, entre los distritos de Gràcia y Sarrià-Sant Gervasi. Cabe preguntarse cuántos barceloneses de hoy tendrán idea de quién fue la mujer de carne y hueso, antigua vecina de la ciudad, a la que se hace semejante honor en su callejero. Desde luego, no puede decirse que fuera una cualquiera: hija del último emperador que reunió bajo su poder todos los dominios de Roma, Teodosio el Grande, a Elia Gala Placidia, que tal era su nombre completo, también se le otorgó el privilegio de ceñir la corona del primer —y, según se mire, último— reino que tuvo como capital a Barcelona.

Es un reino poco recordado, pese a su antigüedad, nada menos que mil seiscientos años. Quizá sea porque no sirve para reclamar lo que se supone que ha de reclamarse, esto es, una Cataluña desligada del resto de su marco geográfico natural. De hecho, el reino en cuestión, recibido del visigodo Alarico por su sucesor y marido de Gala Placidia, Ataúlfo, que la desposó mientras la hija del emperador era su rehén, se iba a extender pronto al todo único que para las gentes de entonces ya constituía la llamada Hispania, que con diversos vaivenes y perturbaciones —suevos, vándalos, ostrogodos, bizantinos— se mantuvo bajo el dominio de ese rudo pueblo germánico durante tres siglos, hasta que las fuerzas arabobereberes bajo las órdenes del caudillo yemení Musa Ibn Nusayr la conquistaron y la convirtieron en su Al-Ándalus.

Volviendo a Gala Placidia, su interludio como reina de la Hispania visigótica no iba a durar mucho: en el 415, y tras dar a Ataúlfo un heredero que no sobrevivió, quedó viuda por obra y gracia de una de esas conjuras y luchas intestinas a las que tan aficionados eran los godos, cuyos reyes rara vez morían en la cama. Y aunque de entrada lo que le tocó fue verse humillada por el sucesor de Ataúlfo, Sigerico, que la mandó azotar, el asesinato de este, que no se hizo esperar mucho, dejó paso a Walia, quien además de limpiar Hispania de otros bárbaros en seguida llegó a un acuerdo con el hermanastro de Gala y emperador de Occidente, Honorio, para devolverla de Barcelona a Roma.

Allí Gala Placidia, después de padecer la vejación de ser rehén de los godos durante más de un lustro, se vio casada a la fuerza por su hermano con uno de sus generales, Flavio Constancio, que disfrutaría brevemente de la dignidad imperial gracias a ese matrimonio. La prematura muerte de Constancio, y luego la de Honorio, hicieron César al hijo de Gala, Valentiniano, que contaba sólo seis años, con ella como regente. Del 425 al 437, de facto, fue ella la emperatriz de Occidente. Nada menos.

No lo tuvo fácil. Vivió su regencia marcada por la ambición del general Flavio Aecio —el que después derrotaría a Atila en los Campos Catalaúnicos, salvando por poco tiempo ya el prestigio

del imperio— y para asegurarle la corona imperial a su retoño hubo de deshacerse del usurpador Juan, a quien castigó haciendo que le cortaran una mano y que de esa guisa lo pasearan por el hipódromo de Aquilea, a fin de someterlo al escarnio de la plebe antes de su ejecución pública. Un aviso a navegantes.

Cuenta Procopio de Cesarea que al final Gala Placidia, hija y madre de emperadores, exreina visigoda y mujer curtida por la desgracia y la humillación, alguna responsabilidad tuvo en la pérdida del Imperio romano de Occidente, por «haber criado a su hijo Valentiniano de manera completamente afeminada», lo que indujo en él una debilidad de carácter que lo volvería adicto a los hechiceros y a la vida libertina y disipada, y por tanto incompetente para defender un imperio que se desmoronaba, asediado por sus muchos enemigos. Con la perspectiva de milenio y medio el juicio se antoja injusto —y machista—. A Gala Placidia, brava vecina de Barcelona, nacida en Constantinopla, no cabe culparla de lo que mal dispuesto y mal resuelto deshiciera su hijo.

Un bello momento

El momento ha llegado, al fin, y a fe que es bello, al menos para quien lleva toda la vida esperándolo. Para muchos no lo es tanto, para otros es ridículo; habrá quien lo encuentre, incluso, un tanto repugnante. Pero ahí está él, gozándolo: de tal modo que, aun siendo nuestro hombre de natural poco expresivo, hasta se le ve algo azorado. Tanto se ha hecho de rogar, tanto ha tenido que ocurrir a su alrededor —tantos han tenido que morir—, que al ver cumplido lo que parecía que el destino se resistía a otorgarle le cuesta reprimir la exteriorización de sus sentimientos.

El día es el 19 de mayo de 1939. El Caudillo de España «por la gracia de Dios» — permítasenos creer que Este tendría mejores cosas en que ocuparse— y Generalísimo de todos los Ejércitos, Su Excelencia Francisco Franco Bahamonde —tanta mayúscula es indicio infalible de pequeñez— recibe la gran cruz laureada de San Fernando de manos de un general distinguido por dos veces con esa medalla, máxima condecoración militar española, el también excelentísimo José Enrique Varela Iglesias. Para que ello sea posible se han cumplido todas las formalidades del caso, incluida la aprobación de la concesión por los miembros de la prestigiosa orden. Coincide que todos son vasallos sometidos al poder omnímodo del condecorado, pero esto es un detalle sin mayor importancia para impedir el disfrute de Su Excelencia, que ve así reparada la injusticia de la que se sentía víctima.

Y es que la cruz que hoy se prende al fin en su guerrera la ha pretendido tanto antes, y con tanto ahínco, que incluso ha llegado a ponerse en evidencia, reclamándola por acciones en las que el juicio contradictorio que exige la rigurosa reglamentación de la recompensa no apreció en absoluto que concurrieran los méritos exigibles. Aspirando a ella por escaramuzas en las que sólo podía alegar haber sufrido heridas incapacitantes para el combate y el mando, pérdida de hombres bajo su responsabilidad o ambas cosas a la vez, consiguió convertirse en objeto de burla para sus compañeros de armas, que llegarían a referirse a él con el despectivo mote de «comandantín», por su baja estatura —y otros peores por su complexión regordeta y su voz atiplada—. Por si esto le resultara poco lacerante, hubo de contemplar cómo el premio que a él se le negaba se le concedía, en cambio, a un joven oficial legionario que había actuado a sus órdenes, Fermín Galán Rodríguez, por una acción heroica —esta sí, a juicio del tribunal— y decisiva para salvar al resto de las tropas. De nada sirvió que en el juicio contradictorio él, haciendo a la vez gala de su carácter y de su despecho, testificara en contra de imponerle la laureada, a título póstumo, a su antiguo subordinado.

Ahora todo eso queda atrás. Ahora que puede, no sólo se ha hecho almirante de la Armada — su sueño infantil incumplido—, sino que ha procurado que sus inferiores juzguen preciso darle la

medalla que se le resistía, reconociendo como mérito digno de galardón castrense haber conducido una guerra fratricida, hasta llegar al resultado de la expulsión y la aniquilación física o moral de una parte ingente de la población que habitaba el país.

Este es, este era —trasladémonos al siglo XXI desde el que se discute su legado— el hombre, el militar y el jefe al que se continúa alojando con todos los honores en un mausoleo que él mismo hizo construir a miles de trabajadores forzados para dejar testimonio de su victoria y apropiarse de la memoria y el reposo de sus propias víctimas, tanto de su bando como del contrario. Nadie ha osado deshacer ese acto de autoexaltación póstuma, como nadie le ha retirado la cruz que por tan dudosa hazaña se hizo adjudicar. Puede ser o no urgente, puede ser o no pacífico, pero la justicia, la decencia y hasta la estética estipulan que se deje a la historia seguir su curso inexorable, que no es otro que la extinción, por grotesca, de cualquier gloria autoconcedida.

Fotos con negritos para Instagram

«Con cuatro fotos con negritos para Instagram ya estarán contentos.» La escandalosa frase, recogida en una denuncia, ya va camino de formar parte de unas diligencias judiciales. Según un testigo, la habría pronunciado el supuesto cerebro de una supuesta trama —se ruega que el lector disculpe la redundancia y la fatiga, por la presunción de inocencia y demás— que, bajo la apariencia de una ONG destinada a organizar viajes para jóvenes interesados en colaborar en verano en proyectos de ayuda humanitaria en cierto país del África subsahariana, no tendría otra finalidad que hacer negocio a través del diferencial entre lo que pagaban los padres de los chavales y lo que de veras costaba el asunto.

De comprobarse este y el resto de los extremos recogidos en la denuncia, un timo más, fruto de la secular picaresca hispana, que tampoco es tan distinta, en lo esencial, de la picaresca que a lo largo de los siglos ha proliferado por doquier. En cualquier lengua y bajo cualquier ropaje abundan quienes desde la falta de escrúpulos se ahorran ganarse el pan con el sudor de la frente por la vía de jugar con ventaja con la candidez del prójimo.

Lo llamativo y novedoso de esta historia es la fuente de la candidez en cuestión, según desvela sin tapujos, ya sea cierta o una calumnia, esa frase epifánica. Y para entenderla de forma cabal, quizá sea útil recuperar otra historia, de hace unos años, en una feria del libro cualquiera. Muy sonriente y acicalada tras el mostrador de una caseta, una modelo firma ejemplares de su libro. Es un libro de poco texto, que a lo mejor ni ha escrito ella. Tampoco el título es un alarde de imaginación. Lo principal de su contenido son las fotografías, suntuosamente reproducidas a todo color, en las que se ve a la modelo, siempre estupenda, en las más diversas situaciones. Tendida con bikini blanco ante una piscina idílica que confunde el azul de su agua con el del horizonte marino, paseando despreocupada por un mercadillo, desayunando copiosamente —«como de todo, incluso chocolate, etcétera»— o, y aquí llegamos al quid del asunto, ayudando en una aldea africana, toda risueña y rodeada de niños de tez de ébano y ojos negrísimo sobre un fondo de marfil resplandeciente.

Conectar la frase de nuestro supuesto timador y esa imagen de la bella triunfadora descendiendo a arrimarse, tan estéticamente exhibida, a la cotidianidad de los desheredados por la fortuna, sirve para desentrañar el equívoco morrocotudo, el espejismo descomunal sobre el que se asienta buena parte de los trabajos y de los días del *homo sapiens digitalis* —valga el cada día más ostensible oxímoron—. Las herramientas desarrolladas por los voraces ordeñadores de datos personales generan una y otra vez la confusión entre lo que de veras es nuestra vida y lo que a ellos les interesa que nos creamos que es para maximizar su beneficio convenientemente

remansado en paraísos fiscales. Propician, por ejemplo, que en lugar de unos pocos sean muchos quienes sientan que se proyectan a través de la caridad fotografiada y puesta en escaparate. Que cada uno pueda creerse un modelo de belleza y de bondad, admirado por el mundo entero. Aunque la belleza y la bondad sean impostadas. Aunque —a diferencia de lo que ocurre con la célebre y vistosa *top model*— nadie mire, a nadie le importe, nadie te pida el autógrafo y tan sólo de los supuestos «amigos» quepa esperar un «me gusta» rutinario y falaz.

No podemos, para conservar alguna esperanza, dejarnos llevar por la visión cínica que la frase de marras encierra, y que al menos en este caso se revela desatinada: ahí está la denuncia, puesta por quienes seguramente buscaban algo más que colgar fotos compasivas en su Instagram. Pero tampoco debe desdeñarse la ciencia del estafador, que suele ser, por su propio afán de lucro, un fino analista del alma humana. Esto de parecer, y que se vea a cada rato lo que parecemos, está yendo demasiado lejos.

Víctimas, verdugos y supervivientes

Dos ancianos que combatieron en ejércitos enfrentados en una guerra civil lejana —pero no demasiado— comparten una conversación acerca de la reconciliación de su país. Los dos saben de lo que hablan, como seguramente no lo sabe el grueso de una población que jamás ha sentido el frío del cañón de un máuser en las yemas de los dedos al amanecer o el golpe de su culata en el hombro y el efluvio de la pólvora al abrir fuego. A ninguno de los dos le mueve el afán de ganar una medalla que apenas les daría ya tiempo de lucir, ni pretenden apuntarse una victoria que la Historia despachó como despachó hace décadas, condenando a los derrotados, sobre todo, pero también a los que se creyeron los vencedores, a padecer sus consecuencias.

La conversación se graba en un vídeo que se difunde desde una cuenta gubernamental en redes sociales. Casi al instante se desata el aquelarre, que incluye el desprecio a uno de los dos ancianos, por parte de quienes se dicen de su lado, por prestarse a contemporizar con el otro, que no sería otra cosa que un vil fascista al que debe negarse el abrazo y hasta el saludo. Llueve sobre la baldosa mojada por quienes, desde la posición heredera del lado contrario, llevan semanas abominando de la decisión de dejar de rendir pleitesía funeraria y arquitectónica al firmante de un número ingente de sentencias de muerte de compatriotas ya vencidos y que no representaban amenaza alguna, entre los que se contaron no pocos honorables compañeros de armas.

Desde ángulos distintos, ambas corrientes de opinión, que cuentan, cada una de ellas, con el aliento entusiasta de una muchedumbre de habitantes del país concernido, certifican la confusión desoladora en la que ochenta años después aún siguen sumidas sus gentes, a cuenta de un acontecimiento que en ningún lugar es fácil de digerir, pero respecto del que por estos pagos ni siquiera se ha convenido, todavía, en fijar los conceptos más básicos. Atribuir al rencor retrospectivo la decisión de no prorrogar el homenaje a quien racionalmente no lo merece, para dejarlo descansar en paz de forma más discreta, o despotricar contra quien fue soldado en una batalla como si estuviera en la sala de mapas del Estado Mayor decidiendo las ofensivas, son formas especulares de una misma distorsión de la realidad.

En una guerra civil, más que héroes y villanos, categorías si acaso válidas para otra clase de confrontaciones, lo que suele darse es una mezcla de verdugos, víctimas y supervivientes. Más allá de casos extraordinarios de sacrificio individual dictado por la conciencia, cuyos protagonistas no pueden nunca contarlos, o de conductas que arriesgan la propia seguridad para reducir el mal, faltan personajes que puedan servirnos de ejemplo. Lo que los hechos de los conflictos civiles determinan con crudeza es que hay gente que cae en ellos —las víctimas—, otra gente que en palabras iluminadoras de Francisco Ayala aprovecha para deshacerse de vecinos

molestos —los verdugos—, y una multitud de gente que simplemente se las arregla para mantenerse con vida el día que el vencedor anuncia su victoria y, en el caso de la guerra civil que aquí nos ocupa, durante la larga represalia posterior.

Premisa mínima para dejar algún día de arrojarse esta clase de historias a la cabeza, o incluso atizar con ellas a quienes las vivieron, desde la inopia de quienes nacieron mucho después, sería aceptar que las víctimas merecen desagravio y compasión, fuera cual fuese la bandera de quienes las ejecutaron; que a los verdugos no se los puede enaltecer, fuera cual fuese la enseña en que se envolvieran; y que con los supervivientes se continúa el camino, al margen de dónde los pusieran sus buenas o malas decisiones o el azar y la necesidad, que también juegan.

Nada de esto es incompatible con escoger el lado que cada cual crea correcto. No es requisito para ello la equidistancia.

Vivir con eso

Mírame. Seguramente no me recuerdas, seguramente no pasé de ser un número para ti, pero estuve ahí, en tu lista de alumnos. Soy ese, o esa, a quien un día avergonzaste porque al pasarle el Turnitin a su trabajo detectaste que había hecho un corta y pega. Soy ese, o esa, que otro día acudió a tu despacho para revisar un examen calificado con un 4,5 y se topó con tu actitud inflexible y salió de allí con el suspenso confirmado y la propina indeseada de algún comentario hiriente acerca de sus aptitudes, sus conocimientos o su habilidad argumentativa.

Soy ese, o esa, que tuvo que ir todos los días a clase, y que mejor o peor hizo todos los trabajos y prácticas, individuales y en grupo, para poder contar en la nota final con la parte que el plan Bolonia reserva a esos conceptos. Soy también ese o esa que para conseguirlo tuvo que compatibilizarlo con su trabajo, con sus obligaciones familiares, o tuvo que pedirles a sus padres que hicieran el esfuerzo económico de procurarle alojamiento y manutención en una ciudad que no era la suya. Que tuvo que pasarse horas en el tren, en el metro, en el autobús, para ir y venir a las clases, o malcomer por culpa de un horario que no siempre tenía en cuenta la suma de las asignaturas en las que se había matriculado, a fin de poder cumplir el plan del grado o para recuperar alguna no superada en un curso anterior.

Soy ese, o esa, que ahora te mira, estupefacto/a, perplejo/a, escandalizado/a, tras descubrir que al mismo tiempo, por esas mismas fechas —probablemente el mismo día en que a mí me exigías, me presionabas, me zaherías—, ronroneabas como un gatito para hacerles la vida más fácil y las convalidaciones gratis a otros que no eran un número como yo, otros que llevaban por delante un don o un doña, una señorita presente o futura.

Soy ese, o esa, a quien no puedes esconder, porque todo ha salido a la luz de la forma más grosera, que reconocías, distinguías y hasta laureabas a esos discípulos VIP no por el tesón o la clarividencia que exhibían en sus trabajos, sino porque te convenía para los oscuros cálculos a los que elegiste darte, en lugar de aquello a lo que te debes: el saber, la investigación y la difusión y la transmisión de ambos de manera exitosa a quienes de buena fe acudíamos a que nos los comunicaras, y a quienes tenías la obligación legal y de servicio público de atender.

Soy ese, o esa, que no está falto de luces del todo y por ello adivina que los cálculos que te movieron redundaban siempre en un lucro o medro personal, y muy rara vez, o nunca, en un bien para la institución universitaria. La simpatía de alguien al que interesaba contentar aquí, la posibilidad de un atajo allá, unos fondos europeos o cualquier otra clase de subvención a repartir entre unos pocos afortunados acullá. Soy ese o esa que trata de calar en el mecanismo psicológico que permite tales prácticas y se representa de pronto la pantalla de excusas que desplegaste, para

comportamientos tan inmorales como permitir que tu filtro de cortapegas cazara pececillos y dejara pasar cachalotes.

No me hago grandes ilusiones al respecto. A veces te dirías que estabas procurándote del único modo posible los recursos que no llegaban de otra manera. Otras veces te conformarías con la idea de que nadie deja de vender al poderoso o al influyente su mercancía, la que tenga, para ganarse su favor, y que tener algún prurito para no hacerlo te posterga en la competición. No esperes que nada de eso me valga, a mí que padecí tus miserias, para disculparte o tenerte en esta hora la menor piedad.

Lo que me pregunto, una y otra vez, mientras veo desfilar a los copiones pillados y abochornados, mientras escucho tu silencio estruendoso ante el espectáculo, es cómo pudiste, cómo puedes aún, como vas a poder a partir de ahora vivir con eso, mi pese a todo añorada y querida, mi triste y servil universidad.

El depredador cazado

Todo depredador suele actuar con ventaja sobre su presa. O es más fino de vista y olfato, o es más fuerte, o es más rápido, o es más astuto que ella. O todo a la vez. Depredar exige, por otra parte, trabajo, dedicación y afán. Estar siempre alerta. Mantener continuamente viva el hambre de acechar, encontrar y cazar algo. Pero a la hora de la verdad, cuando el depredador se encuentra cara a cara con su víctima, en el mismo palmo de terreno, la historia ya está escrita de antemano y sólo se salda de una manera.

Hasta que el depredador, por un mal paso, cruza su camino con el de alguien que está preparado, pertrechado y dispuesto para cazarlo a él. En esa coyuntura, su hábito de ser superior lo expone de un modo clamoroso a acabar convertido en el trofeo de otro. Su costumbre de no adoptar otras precauciones que las necesarias para sorprender a un adversario inerme lo entrega a quien lo pone en su mira, y su historial repleto de victorias no conoce otro desenlace que la derrota más total y ominosa.

Nuestro depredador cumplía con todos los requisitos de su condición. Era hábil, era certero, le ponía ahínco. Gozaba sobre sus víctimas, siempre menores de edad, de la preeminencia que le conferían su mayor edad, su aguzada malicia o los estudios superiores que le habían abierto la puerta de la abogacía. Para que la operación resultara más fácil, y conociendo una debilidad común de los adolescentes, se parapetaba tras la imagen de una mujer muy atractiva, con la promesa de que ese bocado se les concedería a los jóvenes incautos a los que hacía objeto de sus asechanzas. Sólo tenían que hacer una cosa, les decía, con la voz fingida de semejante belleza: acceder antes, como prueba, a tener relaciones con su novio. O lo que es lo mismo: con él. Una trampa simple, pero eficaz. Hecha a medida de la presa.

Alrededor de cuarenta víctimas cayeron, en mayor o menor medida, en la red así tejida y desplegada. Al menos cuatro, que se haya podido probar de forma fehaciente, lo hicieron hasta el final, esto es, hasta acceder a encontrarse con él y permitirle consumir un intercambio que no se privó de grabar. Cabe temer que el éxito lo hubiera embriagado hasta el punto de tener en perspectiva la consumación de nuevos abusos, sobre aquellos con los que estaba en proceso de seducción, y respecto de los que guardaba inoportuna constancia en sus ordenadores, en forma de conversaciones a través de redes sociales. Quizá fuera esa euforia, ese deleite en su depredación, lo que le impidió ver que la táctica tenía un fallo: su impunidad dependía de que la vergüenza atenazara a los burlados, de que no creyeran tener nadie con quien desahogarse. Y he aquí que uno lo tuvo, en sus padres, que averiguaron, o él les confió, el engaño del que había sido objeto. Y que hicieron lo natural: poner una denuncia.

A partir de ese momento, los pasos del depredador tuvieron el testigo que menos le convenía. Los de una guardia civil de la unidad encargada de la protección de menores, ducha en todos los atajos, vericuetos y trampantojos por los que el depredador desarrollaba sus cacerías. Alguien que supo interponerse en su trayectoria sin dejar que él se percatara. Alguien que, sin mucho tardar, acabó poniéndole la trampa que pisó, sometido ahora él a esa humillación de la desventaja que tanto se había complacido en infligirles a otros. El depredador cazado no sólo vio cómo, a partir de esa denuncia singular, le quedaban al descubierto por decenas sus fechorías, de las que ahora le toca responder. Para que todo resulte más cuesta arriba, para él y para su abogado, hay miles de registros informáticos, de texto y de imagen, cuyo contenido es incriminatorio para él en un grado aplastante.

El mal hecho no puede repararse, o sólo muy despacio, con tiempo y psicólogos. Con todo, que los depredadores sepan que pueden ser ellos la presa ya es algo. No todos son valientes.

Te cortaría la cabeza

Los ojos desencajados, las venas del cuello hinchadas y una expresión compacta de odio aderezan las palabras que le escupe al hombre que camina sin volverse ni responderle: «Te cortaría la cabeza ahora mismo». Una frase llamada a no pasar inadvertida, también elocuente, que condensa del modo más oscuro posible el significado de un momento. El modo verbal elegido: «cortaría», que denota una potencialidad que no se realiza por razones que cabe interpretar como puramente coyunturales. El daño físico con el que se amenaza: la decapitación, un acto necesariamente letal y en extremo humillante, no sólo para quien la padece, sino también para los suyos, aquellos que dejaría para llorarlos. Y ese «ahora mismo» que redondea el aserto, y que pone de relieve la ausencia completa de dubitación por parte del hablante.

Ya estamos aquí, en la hora de la violencia sin restricción ni medida; esa que siempre acaba llegando al cabo de un tiempo lo bastante dilatado de siembra en las mentes menos amuebladas del desprecio y el rencor hacia un colectivo al que se identifica como enemigo. No es relevante que las diferencias entre quien se ve convocado a odiar y el objeto de su incentivada aversión sean ilusorias o en la práctica nulas. De hecho, es en estos casos en los que se consigue que la ponzoña resulte más virulenta, por la necesidad inconsciente que tiene el odiador de marcar una línea divisoria con algo que le resulta incómodamente próximo.

Lo que sigue a la amenaza confirma los peores pronósticos: jóvenes embozados agrediendo y pateando por la espalda a unos hombres que no les devuelven los golpes y que tratan de ponerse lejos de su alcance, hasta que llegan, en poco número y con algo de retraso, unos policías antidisturbios que se interponen y que hacen retroceder a porrazos a los agresores. Aunque algunos lo hayan olvidado, las leyes todavía vigentes proscriben acosar a golpes a quien nada te está haciendo, y los agentes siguen teniendo la encomienda de evitar el delito, con arreglo a esas leyes que amparan su actividad y condición y sin las que quedarían degradados a un simple pelotón de hombres con armas.

La respuesta de los exaltados no se hará esperar: los que han intervenido para impedir el espectáculo ominoso del conato de linchamiento se convierten con ello en traidores al pueblo, a la causa suprema que autoriza no solo abdicar de la conciencia individual, sino ignorar la dignidad individual del prójimo. A los que se les ha llenado de hiel hirviente la cabeza no se les puede enfriar de la noche a la mañana, persuadirlos por medio racional alguno de que hay límites a los que no se puede llegar, líneas que no deben cruzarse. Se repliegan sólo para reagruparse y trazar itinerarios nuevos por los que dar cauce a su ira, más allá incluso de quienes han trabajado tenazmente para inculcársela; contra ellos si llegara a ser necesario, porque la violencia tiene

auspiciadores, parteros y padrinos, pero una vez que estalla no reconoce padre ni madre ni Dios que la pueda contener.

Es tarde para impedir que nazca lo que ya ha nacido. Lo más que pueden los aprendices de brujo que cometieron el error de despertar a la bestia es abstenerse de alentarla. Ni aun en el caso, improbable, de que osaran reprobarla, tendría ya el más mínimo efecto en quienes, aunque fueron amamantados con su leche ideológica, andan ya por sus propios pasos. Y quienes no han perdido todavía el sentido de la responsabilidad, ni se han manchado excitando a sus semejantes a juzgar despreciables y por tanto decapitables a otros seres humanos, tienen el desafío de plantar cara al monstruo con firmeza e inteligencia, sin caer en la trampa de la tibieza ni en la debilidad del encarnizamiento gratuito, ese que riega aún más la planta de la barbarie.

No es la primera vez que la barcelonesa plaza de Cataluña ve a personas tratando de cazar a otras personas. Ojalá fuera la última.

A ti también

A ti también te ha llegado la hora. Es, muy posiblemente, lo último que imaginabas cuando en el pleno uso y disfrute de tu poder extendías las manos, y lo que no son las manos, hacia tu presa acorralada, encogida y muerta de miedo. Es lo que tiene el abuso de superioridad sobre otro: cuando se ejerce no es común considerar un horizonte temporal en el que esa asimetría, esa ventaja inapelable sobre el débil, deje de estar presente. Pero el tiempo pasa, las condiciones cambian, y en este siglo XXI en el que las mutaciones se producen de forma brusca y sin previo aviso —que les pregunten a los que solían viajar a Suiza a llevar billetes, a los que creían que las viviendas se revalorizaban sin límite, a los que se pensaron que Crimea era Ucrania—, puede suceder que las tornas se inviertan de un día para otro.

Es, sin ir más lejos, lo que te ha sucedido a ti, que antaño te regocijabas en tu impunidad, hecha a partes iguales de esa intimidación sin fisuras que podías proyectar sobre tus víctimas, la vergüenza que las embargaba después de haber pasado por tus manos y la inercia de un sistema poco amigo de molestar a gente tan influyente como tú por las denuncias y los gimoteos de alguna criatura histérica y de apariencia poco equilibrada. De la noche a la mañana, ya no intimidas nada, quien se avergonzaba se yergue impávida y el sistema está deseoso de prestarle oído. La presunción de inocencia reforzada con que te enfrentabas en otro tiempo a las acusaciones se ha visto reemplazada por su opuesto: una presunción de culpabilidad de la gente como tú, esa que tenía a decenas de seres vulnerables a su merced y que, como se ha visto, propendía a caer en la dulce tentación.

Han caído como moscas, tus congéneres. Productores de cine habituados al *casting* táctil, antes y después de la selección de la *starlette* de turno. Profesores cegados ante la facilidad que representaba tener a personitas a medio hacer, de los dos sexos, bajo su responsabilidad y autoridad docente. Sacerdotes que en el trato con la feligresía más joven vieron una oportunidad de oro para sacudirse los sinsabores y molestias del celibato. Hasta el mismísimo Bill Cosby, el gran y amable patriarca televisivo de toda una generación, ha desfilado con las pulseras de acero puestas camino del talego, por beneficiarse del ascendiente casi irresistible, y más cuando recurría a sustancias adormecedoras, que según la justicia utilizaba para dobligar la resistencia de las cervatillas que entraban, incautas, en su claro del bosque.

Quién se lo iba a decir, cuando se tomaba las medidas para la suntuosa camisa o el impecable traje con que acude a la vista que lo despacha a prisión, y cuya americana ya no porta en el momento ominoso de verse empujado sin miramientos, así se las gasta la policía del lugar, al interior del furgón policial. Sus ojos desorbitados, la mirada de pánico y estupor con que camina

rumbo al averno retratan en la forma más acabada posible la desorientación espectacular, el sensacional vuelco que la vida ha dado para él y para ti y para tantos que no contaron con que el daño que uno pudo impedir y decidió en cambio hacer, el mal que habiendo podido no se abstuvo uno de infligir a otro, tiene una enojosa tendencia a regresar a por uno, y la habilidad de hacerlo en el peor momento, cuando uno ya no es tan fuerte, cuando lo tiene todo en contra y ya nunca más a favor.

Todo en la vida, muchacho, hay que saberlo hacer, y los que toman el camino demasiado fácil acaban pagando antes o después las consecuencias. Mientras te enfrentas a tu calvario, puedes envidiar a quienes acertaron a tomar las precauciones debidas para no verse en la que tú te ves. Aprovecharse del débil para desahogarte se paga... salvo que aciertes a hacerte elegir presidente o a postularte como el juez vitalicio que el presidente necesita colocar para asegurar adecuadamente sus asuntos.

El Okupa

Dícese de aquel que se posesiona de un inmueble sin tener título legal (o legítimo) para ello. Tal podría ser una definición sencilla del concepto de «okupa», la palabra que se ha puesto de moda en ciertos círculos dirigirla, incluso escupirla, a nuestro personaje. El Okupa de la Moncloa. Así, con mayúscula incluso, para que quede claro que es el más okupa de todos los okupas concebibles, se despacha hoy a quien desempeña la presidencia del gobierno y por tanto ostenta, tras el jefe del Estado, la más alta representación de este y, por extensión, de la nación.

Llamarle de esa despectiva manera en el día de la Fiesta Nacional, desluciendo así la solemnidad de todos sus actos y tratando de disputarle su derecho a participar en ellos, es la más reciente y áspera expresión del sentimiento y la idea que anidan tras la reiterada caracterización del presidente como usurpador inmobiliario. Una etiqueta que hace del edificio —el palacio en el que tiene su residencia oficial— el símbolo del propio gobierno y del Estado que, según aquellos que se la adjudican, el hombre al que se le impone no tendría autoridad moral para dirigir.

El sentimiento es comprensible: nunca es grato que a uno lo desalojen del poder, o que lo hagan con aquellos a quienes uno identifica como los suyos. Y menos si el desalojo se produce de forma brusca e inesperada, aunque hubiera señales sobradas para prever la eventualidad y para que esta no resultara tan sorpresiva. La idea, por el contrario, merece muy dudosamente alguna indulgencia. Si se atiende a la legalidad de la designación del presidente, que sería su título para alojarse en el palacio de marras, esta es tan palmaria e impecable que nadie ha osado plantear acción alguna ante los tribunales para disputarla. Se produjo, para quien lo haya olvidado, con plena sujeción a un procedimiento constitucional, y previa obtención del respaldo de la mayoría absoluta de la cámara o, por decirlo de otra manera, de escaños representativos de muchos millones de españoles, bastantes más de los representados por los votos en contra.

Tal vez se quiere llevar el debate a ese otro concepto, menos formal y por tanto más difuso, de la legitimidad. Sobre esta, al contrario de lo que ocurre con la legalidad, cada uno puede tener su propia percepción. Con todo, aquel que aspira a objetarle a alguien la legitimidad debe construir un argumento racional. Lo más cerca de este que han llegado los que llaman okupa a quien hoy duerme en la Moncloa es que para reunir la mayoría que lo situó ahí sumó los votos de separatistas y filoterroristas. Que sus escaños propios sean pocos, o menos que los de otra fuerza política, no alcanza ni de lejos la categoría de argumento, salvo para aquellos que quieran vivir en la ignorancia supina de cómo funciona un régimen parlamentario, donde las coaliciones y acuerdos, estables o no, son expediente ordinario y común.

Y quizá ahí, en esos escaños marcados de antiespañolidad, está la gran cuestión del momento,

no sólo para dirimir si quienes llaman okupa al presidente son celosos patriotas o burdos calumniadores, sino para dilucidar por dónde podemos ir para intentar realizar algún día el ideal, que a priori parece deseable, de celebrar la Fiesta Nacional sin que esta sirva de pretexto a unos españoles para arremeter contra otros o desdeñar al resto, como viene siendo triste costumbre en los últimos años. No cabe ofrecerles, a quienes desean romper una comunidad, la simpatía o la comprensión de quienes deben defenderla; y a quienes entre ellos dan pasos contra la ley, no puede sino aplicárseles esta. Pero en tanto quienes desean separarse sigan formando parte de la comunidad, tienen derecho —constitucional y fundamental— a conformar su voluntad, lo que incluye elegir quién gobierna y por tanto quién vive en el inmueble destinado a alojarlo.

Y no se le saca llamándolo okupa, sino juntando más votos.

Niños tontos, políticos listos

Son mala cosa las campañas electorales. Y a veces son aún peores las precampañas. Compelidos a llamar la atención y a cubrir del máximo descrédito al rival, los políticos son capaces de meterse hasta la cintura en los charcos más fangosos. Véase el ejemplo, tan poco edificante, de una exministra que reclama méritos para los suyos y despacha baldón al adversario a cuenta de lo que saben o dejan de saber los niños de diez años.

Que donde gobierna su partido —y donde ella nació, dicho sea de paso— los niños van dos años por delante respecto de una comunidad donde gobiernan los otros —y que le pilla lejos de los días azules y el sol de su infancia—. Así, sin anestesia y sin despeinarse, y sin pensar ni por un momento en la cuota de corresponsabilidad que sobre el nivel de instrucción de todos los niños incumbe a quien ha estado durante unos cuantos años en el gobierno de la nación. Y es que hace falta ser muy listo para dar por sentado que lo que saben o dejan de saber los niños lo dice un par de informes que sólo analiza una muestra reducida de los escolares de cada sitio. Y más listo aún para concluir que la culpa de las eventuales diferencias es en exclusiva de quienes gestionan la competencia educativa, sin tomar en consideración el marco legal vigente, los recursos per cápita en cada comunidad, el grado de diversidad o las condiciones socioeconómicas de partida de la población analizada, entre otras fruslerías.

Tampoco parece un asunto digno de ser tenido en cuenta la solidaridad interterritorial, que poco se fomenta a través de esta clase de comparaciones odiosas, ni la dignidad y la autoestima de los propios niños, que están en el mundo, les llegan las cosas y, aun en el caso de que fuera cierto lo que la ministra dice, no serían los responsables, sino las víctimas de la disfunción.

Quien ha recorrido bastantes aulas, en la tierra de los niños adelantados de ocho años, en la de los niños rezagados de diez y en muchas otras, y ha podido constatar la enorme disparidad de circunstancias, incluso dentro de la misma comunidad, no tiene más remedio que asistir con melancolía al peculiar despliegue de inteligencia emocional que los políticos aplican a la empresa de disputarles el voto a sus oponentes. Quien ha tenido una y otra vez la triste sensación de que no existe un sistema educativo propiamente dicho, porque a nadie parece haberle interesado consensuarlo —y menos que a nadie, al partido de la exministra, que abortó no hace mucho un pacto educativo ya cerrado—, no puede sino desear que los políticos fueran un poco menos listos para utilizar los resultados de los niños en un par de estudios, y algo más aplicados en la tarea de procurar una escuela sólida y solvente para todos, al margen de donde esté su domicilio.

Quizá a la exministra le viniera bien pasearse un poco por ahí, por la vasta pluralidad de centros escolares, para que vea de primera mano que en esa comunidad donde según ella los niños

van con retraso puede encontrar proyectos educativos punteros, incluso en zonas de dificultad extrema, como pueblos en los que viven chavales de cincuenta o sesenta nacionalidades. Y cómo allí donde supuestamente son más despejados, si se da la mala coyuntura de que se junten un equipo docente desmotivado o sin arraigo y un panorama social complejo, baja mucho el nivel.

Alguien podría decirles a esos políticos tan listos que su función no es convertir a los niños en galgos de carreras para mejor apuntalar sus siglas y erosionar las del contrincante. Que lo que les toca es acordar de una vez que la educación de todos, y en especial la de quienes más difícil lo tienen, cuente con los recursos, la dignidad y la consistencia que garanticen que esas brechas se reduzcan a un nivel tolerable. La única esperanza es que entre esos niños hay más luces y más sentido común del que esos políticos les suponen. Quizá algún día los pongan en su sitio.

El ilusionista contrito

No sólo fue un ilusionista; fue, por llamarlo de algún modo, el Ilusionista Supremo. Llegó alto, tan alto como se lo reclamaba su ambición: ministro, presidente de banco, director de organismo internacional con rango de jefe de Estado. En todos esos puestos de máximo relieve y exposición acreditó sus dotes para la prestidigitación y la fascinación del auditorio. Probó que nadie había como él para generar en el público la ilusión de que por su mano acontecían enormes portentos. La ilusión en el más amplio sentido de la palabra, porque lo que de veras había era algo muy diferente, incluso lo contrario de aquello que su labia, su aplomo y su desparpajo infalible hacían creer que estaba sucediendo.

Le faltaron, sin embargo, unas cuantas cosas. En primer lugar, la humildad que distingue a los ilusionistas de raza, esos que de veras han tomado conciencia de la naturaleza y el valor de su oficio. Esa humildad que personifica como nadie el mago que hace desaparecer jirafas en las termas de Caracalla, en esa escena memorable de *La gran belleza*, la inolvidable película del italiano Paolo Sorrentino. Asoma en la réplica que le da a Jep Gambardella, el protagonista, cuando ante su asombro por el prodigio que acaba de presenciar, le dice sin más: «Es sólo un truco». Es decir: una astucia, una manipulación, nada.

Le faltó, también, conocer a aquellos con los que se jugaba los cuartos, comenzando por su amigo de juventud y mentor, el que lo hizo vicepresidente del gobierno y superministro, el que quiso nombrarle su sucesor y al que desairó primero rechazando ese honor y luego contrariando su parecer en la más peliaguda, controvertible y controvertida decisión: la de poner al país en primera fila de una guerra haciendo como que no lo hacía. Con lo bien que le habría venido para eso la ayuda del ilusionista.

También subestimó, más allá de su círculo próximo y de las esferas del poder, a quienes iban a sufrir las consecuencias de sus trucos y a quienes tendrían encomendada la averiguación y escarmiento de sus destrozos. Tuvo en poco a los ciudadanos, a los humildes depositantes de los bancos, a los policías y los guardias civiles y los fiscales y los jueces que indagarían en su reguero de cadáveres económicos. Todos reaccionaron, empero, y de ahí las varias causas judiciales por las que se le pide cárcel, incluida la que en estos días, sentenciada en firme por el Tribunal Supremo, lo ha acabado poniendo al fin entre rejas. Podría añadirse que le faltó la suerte de algunos otros que no fueron mejores que él, pero la suerte también es algo que se labra uno.

A fin de cuentas, lo que nuestro ilusionista encadenó no fue cualquier cosa. Primero hizo pasar por milagro económico lo que no era más que el inflado suicida de una burbuja inmobiliaria y financiera que luego estalló dejando el país hecho unos zorros y consumando, por primera vez en

muchos años, el desastre de ofrecerles a los hijos unas perspectivas de vida peores que las de sus padres. Luego cabalgó como si nada a lomos de las finanzas globales, sonriente y alentando el optimismo cuando se estaba gestando su mayor desplome desde el crack de 1929. Y al final sacó a Bolsa, como si fuera el buque insignia de la banca patria, lo que ya no era más que un Titanic en rumbo de colisión contra un iceberg sobradamente cartografiado, pesado y medido.

Demasiadas pifias, y demasiado gordas, como para que no acabara saliendo mal. Y mientras tanto, el ilusionista desvalijaba frenético cajeros automáticos con la tarjeta negra y ominosa que lo ha llevado a prisión. Antes de entrar en ella, en un raro acceso de modestia, después de tanta arrogancia como exhibió antaño, ha pedido perdón por lo que haya hecho mal, tanto a la sociedad como a las personas a las que haya podido decepcionar.

Genio y figura. Como corresponde al ilusionista que fue y le cuesta dejar de ser, la contrición la hace en modo subjuntivo.

Restos mortales

Se lo espetó a uno de los médicos que le atendieron en sus últimos días, cuando el facultativo, antes de una reunión del Consejo de Ministros que presidió monitorizado, le advirtió del riesgo de muerte que estaba corriendo con ello: «¿Y qué importa si muero?». Durante los días que siguieron se comportó con una indiferencia semejante hacia su propio tránsito, hasta que los males que padecía forzaron su ingreso en la UCI de La Paz. Fue justo en ese momento cuando pronunció las que están documentadas como sus últimas palabras —posteriores a aquel «qué duro es esto» que se menciona a menudo y que dijo aún en El Pardo, después de que le extrajeran un coágulo que apenas le dejaba respirar—. Las musitó tomando de la mano a su médico de cabecera, el doctor Pozuelo, que lo atestiguaría luego, y fueron una expresión sencilla y natural de fragilidad humana: «No me deje».

Cuarenta y tres años después, los restos mortales que dejó aquel hombre para el que su defunción, según quiso manifestar, carecía de cualquier importancia, son objeto de disputa, decretos leyes aprobados *ad hoc* e incómodos malentendidos diplomáticos entre el gobierno de su país y la Santa Sede. A la vista de los movimientos, rigurosamente excepcionales, que a propósito de la ubicación final de sus despojos se producen en estas fechas del siglo XXI, tan lejanas de la de su muerte, resulta evidente que no sólo esta, sino las subsiguientes diligencias funerarias, tienen una trascendencia fuera de lo común, y no sólo para sus deudos y sus declarados enemigos, sino para toda la ciudadanía.

Por eso mismo, el problema no hallará solución hasta que no se vea exento de todas las actitudes contraproducentes que contribuyen a adensarlo y enquistarlo. No ayuda, desde luego, que quien tiene que tomar las decisiones, desde el ejecutivo, dé la sensación de ir improvisando cada paso, con la vista puesta en ganar una baza política a cuenta de la disposición final del cadáver. Pero tampoco la obstinación de una familia empeñada en imponer a una sociedad que mayoritariamente la rechaza una exaltación fúnebre para su antepasado, de espantosa memoria para muchos millones de compatriotas. Tampoco, en fin, ayudan a entregar al pasado y a la Historia el peso de esa muerte, sea el que sea, los que, pasando junto a ellos o por ellos el embolado, optan por dar el perfil y desentenderse donosamente, como si bien estuviera cualquier cosa y nada les concerniera lo que al fin resulte.

Esos restos mortales, guste o no, contienen un mensaje. Como lo contienen, por poner un ejemplo análogo, aunque de cariz bien distinto, los de ese hombre que entró a renovar unos papeles en un consulado y no salió jamás, tras perder dentro de él la vida como ha reconocido ya el Estado al que representa esa legación diplomática. Se cuenta que después de estrangularlo lo

despedazaron, desfiguraron e hicieron desaparecer. Y pese a ello, dondequiera que esté, ese cadáver interpela a quienes sabemos del hecho, y seguirá haciéndolo hasta conseguir una respuesta, aunque los intereses, la distracción o la desmemoria de muchos conspiren para que deje de ser noticia de primera plana.

Hace muchos miles de años ya que el ser humano comenzó a honrar a sus muertos. Hay quien dice que es ese impulso uno de los factores que sirven para afirmar la existencia de la propia condición humana. Lo que los siglos de civilización nos trajeron es la complejidad a la hora de gestionar ese recuerdo, cuando el muerto es singular, o lo son las circunstancias de su partida. La clave está, en esos casos, en encontrar el punto justo de respeto para lo que queda de la persona después de que se extinga su vida. Al final, como pidió aquel moribundo a la puerta de la UCI, nadie quiere que se olviden de él. Lo injusto es que a algunos muertos se los deje tan solos, mientras para otros, en cambio, el homenaje venga impuesto incluso a quienes no desean rendírselo.

El WhatsApp del francotirador

Quedan muy atrás los tiempos de Lee Harvey Oswald, ese exmarine sigiloso que se dice que interrumpió el 22 de noviembre de 1963 en Dallas el romance con la Historia del carismático JFK, quizá sólo un poco antes de que la magia desapareciera sustituida por el resquemor en que tantas veces acaban parando las grandes pasiones. Lejos, también, los de Georges Watin, que meses antes quiso hacer lo propio con el general De Gaulle. Oswald logró su objetivo —simplificando y dejando a un lado las diversas teorías sobre si tuvo o no ayuda de otros tiradores—; a Watin lo descubrieron y le frustraron el plan, pero le dio tiempo a poner tierra de por medio y murió apaciblemente en Paraguay en 1994.

Medio siglo después, en estos años aturridos del siglo XXI, los francotiradores con planes de magnicidio los comparten en WhatsApp y buscan en redes sociales la información de agenda del objetivo que les da pereza o son incapaces de hallar por otros medios. Como consecuencia de semejante indiscreción, no sólo no logran llevar a efecto sus planes criminales, sino que tampoco les da tiempo a huir. Antes de que puedan planteárselo siquiera, la policía irrumpe en su domicilio, les incauta el arsenal y los despacha a la celda donde esperarán a enfrentarse a un juicio para el que tienen tiempo de pensar toda suerte de estafalarias y poco persuasivas atenuantes. Que si en realidad todo era un vacile sin mayor trascendencia. Que si se trataba sólo de impresionar a una chica que no comulga ideológicamente con el mandatario cuya ejecución sumaría alardeaba de querer llevar a cabo.

No cabe duda de que en la era del postureo, antes llamado aparentar, son muchos los que se dan a ir de lo que no son y es por tanto verosímil, a priori, que alguien se jacte de estar presto a consumir algo a lo que ni siquiera sabría por dónde empezar a hincarle el diente. También es cierto que el exceso de soledad y de aburrimiento han generado nuevas y cada vez más tortuosas formas de ligar, y que en medio de la desesperación no faltan los que se aplican a retorcer dichos procedimientos hasta extremos antes impensables. Sin embargo, cuando tanto tus antecedentes como tus manifestaciones públicas abonan la sinceridad de esa intención homicida, y cuando en tu casa hay ferretería para armar a un regimiento, incluidas armas largas aptas para el tiro de precisión, a tu abogado le complicas la defensa de tu inocencia —o en su defecto, de tu simple estupidez— bastante más allá de lo que podría convenirte, y la probabilidad de que te acabe cayendo una condena apabullante se incrementa de manera exponencial.

No deja de ser interesante analizar el cúmulo de factores que conducen a semejante estropicio cognitivo. Por un lado, la pérdida galopante de conciencia de la gravedad de las propias acciones —verbigracia, llenar tu casa de armamento—; por otro, la inconsciencia a la hora de decir ciertas

cosas de manera que lleguen a oídos de quien no sea de tu absoluta confianza —y que se extiende a la soltura para entregar a no sabemos quién datos que pueden llegar a comprometernos fatalmente—; y por otro, en fin, esa necesidad de exhibirnos y pavonearnos más allá de lo que el sentido común aconseja, que es lo mínimo posible y, si uno es capaz, nada en absoluto. A ello, súmese la temeridad con que personas con capacidad de repercusión pública despachan juicios y afirmaciones de cuya falsedad tienen plena constancia, como, por ejemplo, que ese hombre al que supuestamente quería matar el ahora recluso francotirador es un caballo de Troya del secesionismo, cuando no hace mucho respaldaba con sus votos la desposesión fulminante de todos sus cargos de los líderes de ese movimiento y la intervención de la autonomía de la comunidad afectada.

Es lo que pasa cuando se trafica demasiado a la ligera y con demasiada fruición con lo que no es o lo que sólo parece. Que hay quien se hace un lío, y luego encima va y lo guasapea.

De rey a cocinero

En el pliegue más recóndito de cada alma humana late un impulso de vanidad. Incluso dentro de aquellos espíritus que han tomado conciencia de lo contraproducente de hacerse notar más de lo estrictamente imprescindible, aprendizaje inseparable de cualquier forma de sabiduría, alienta un enano pretencioso que levanta los talones del suelo para decir «aquí estoy yo». Lo prueban a diario personas de la más diversa condición y de los más altos méritos y las más viles ejecutorias. Filántropos sin mácula que diríase que van para santos y que de pronto caen en la mezquindad de jactarse de sus buenas obras; malhechores y réprobos que suspiran por protagonizar una película que cuente al ciudadano común, ese que pastueño acata a diario la ley, todas las hazañas que llevaron a cabo en su pulsión por infringirla.

A veces la vida nos pone en la situación de pagar de la peor manera posible ese error. Tal es el caso de este autoproclamado rey al que le fue bien en la hostelería, por su empuje o sus atajos, relatos hay siempre para todos los gustos, y que dio en hacerse con ello una corona que publicitó con éxito y le permitió alcanzar una visibilidad excepcional para alguien de su ramo. Desde los fogones donde perpetraba lo que para unos es un manjar y para otros una barbaridad, ese estallido calórico llamado cachopo, se las arregló para tener una proyección social inusitada. A la fama acompañó el dinero, incluso los reconocimientos y premios. En poco tiempo, había fotos de él con todo tipo de gente de lustre y notoriedad, con las que certificaba que había llegado a la cima de lo suyo. Gente que ahora mira esas fotos con horror por la compañía con la que inadvertidamente se dejaron inmortalizar.

Este es el momento de puntualizar que nuestro monarca del filetazo empanado goza en este momento de la presunción de inocencia, por lo que no sólo no es presunto autor de lo que se le imputa por parte de la justicia, como suele decirse, sino que sólo existe la conjetura más o menos fundada de que pudiera serlo, y que esa conjetura hay que probarla para destruir la presunción que hoy por hoy todavía le ampara. Con todas esas salvedades debe consignarse el hecho de que su novia, con la que se le vio pelear en público, apareciera muerta, sin brazos y sin piernas, en un inmueble de su propiedad, y que la policía trabaje hoy con la hipótesis preferente de que él fue quien lo hizo o lo ordenó, lo que ha llevado a detenerle, aunque él, que según su abogado se muestra tranquilo y colaborador, proclama su inocencia.

El hecho cierto y constatable es que coincidiendo con la muerte de la mujer, a finales del verano, el rey desapareció y se procuró una nueva identidad, una nueva apariencia y un trabajo discreto en una ciudad a cientos de kilómetros de la que le vio ascender y ejercer su reinado. Que abdicando de su trono, que tanto le costó conquistar, prefirió degradarse a la condición de simple

cocinero asalariado de otros, perdió kilos, se rapó el pelo, se dejó luenga barba y esperó pasar inadvertido no se sabe si el resto de su vida o el tiempo suficiente para que la investigación se enfriara y pasara a engrosar las carpetas de los casos viejos, esas que sólo se desempolvan en los grupos de homicidios si no hay un muerto caliente que apriete a los investigadores.

Quizá si no hubiera sido antes rey lo habría conseguido. O quizá no: los caminos de la justicia son inescrutables y aún no está escrita toda la historia. El caso es que su evaporación atrajo el interés mediático que no habría despertado la de un cocinador sin corona, indujo a legiones de periodistas a sacar una y otra vez alguna de las muchas fotos que se hizo, y en una de ellas lo reconoció, para denunciarlo en seguida a la Policía, la dueña del restaurante en el que se había empleado. Nunca sabes dónde Murphy va a ponerte un buen fisonomista, pero lo que sí puedes intuir es que acabará colocándolo allí donde menos pueda convenirte.

Serrín y estiércol

De un lado del ring, agitando aparatosamente los guantes en el aire, alguien cuyo pensamiento político —y aun podría prescindirse del adjetivo— cabe con holgura en un tuit de los de antes, esto es, los de sólo 140 caracteres. Al otro lado, retado por el manoteo del rival, alguien cuya formación técnica, económica y humanística le permite desarrollar ideas complejas y fundadas en parámetros y conceptos científicos en muy diversos campos, como ya ha demostrado en más de un volumen publicado.

De un lado del ring, alguien cuyo nacionalismo catalán, de recurso permanente al aspaviento y la cuchufleta, hiperventilado y faltón, despide para el observador que no se haya sacudido del todo el escepticismo un aroma de postizo y de oportunista. Del otro, señalado como traidor y mal catalán, alguien que vio la luz en el corazón de Cataluña y aprendió a nombrar las cosas en su lengua y que desde siempre, en la grafía de su nombre de pila, en su acento y en su talante, ha dado prueba y testimonio, con orgullo y naturalidad, de su origen y de la herencia recibida.

De un lado del ring, arrogándose una autoridad moral casi jupiterina, despachando juicios sumarísimos e inapelables con la pretensión de descalificar y hundir en el fango al oponente, un tribuno cuyo currículum previo a la consecución del escaño de parlamentario tiene el grosor de una lámina de grafeno. Al otro, perplejo ante tamaña desfachatez, alguien que acumula méritos académicos y profesionales, incluido el ejercicio de altas y muy exigentes magistraturas nacionales e internacionales.

En resumen, qué puede salir mal. Fiado a las perspectivas halagüeñas que la asimetría descrita le abre, el púgil que arde en deseos de entrar en combate suelta en andanada todos los golpes, bajos y más bajos aún, que almacena en su repertorio. No se priva de deslizar el epíteto *hooligan* ni de usar el comodín supremo: ubicar al rival en la extrema derecha —léase *fatxa*—. El así agredido encaja impertérrito el chaparrón y cuando se le concede la palabra se limita a describir, con términos que sin ser técnicos no pueden ser más precisos, la índole de lo esparcido en el hemiciclo por su atrabiliario atacante: serrín y estiércol.

Lo gráfico, lo descriptivo y lo cabal de ambos sustantivos operan en el matón de tribuna como lo que son: golpes de K.O técnico, al que sólo puede oponer más ruido y gesticulación.

Tras ello, se arma el escándalo, la presidenta de la cámara tiene que intervenir, y el sainete acaba con la expulsión de quien sólo sabe vomitar odio y desprecio al contrincante político y el escupitajo, no probado fehacientemente, que este denunciará haber recibido de uno de sus compañeros. Más el bochorno de la ciudadanía ante el espectáculo, tan grosero e inmaduro.

Pero quizá lo pasmoso de este acontecimiento sea que se permita que la voz de la opción

política a la que representa el así expulsado sea justamente él. Máxime si se tiene en cuenta que el líder de dicha opción, reducido a prisión provisional discutida y discutible, es un hombre de carácter, talante y bagaje muy diferentes, incluso opuestos. Alguien a quien nunca se le ha visto faltar a la consideración a nadie, ni siquiera alzar la voz. Alguien que ha afrontado con coherencia su suerte judicial, con lo que se ha ganado el liderazgo moral del independentismo que en conciencia y legítimamente profesa, pese a las tretas ventajistas del saltimbanqui prófugo —y también tuitero, qué coincidencia— que se lo disputa en competencia tan febril como desleal.

Fascina el silencio desde el que ese líder tolera que la voz de su causa se exprese en el nivel de serrín y estiércol que es el único asequible a su portavoz parlamentario. Intriga lo que hay en esa estrategia. Se hace muy larga ya la espera del día en que sea otra la interlocución, otra la confrontación, otras las razones puestas sobre la mesa, para salir al fin de tan vano y estéril lodazal.

Deseo de ser mártir

La humanidad se divide entre quienes se postulan para mártires y quienes les toca serlo sin haberlo pedido. Así ha sido desde el principio de los tiempos, por razones insondables que tienen que ver con el funcionamiento profundo del cerebro, ese misterio que sólo a medias hemos logrado esclarecer. También es misterioso que los mártires más celebrados y jaleados sean justamente aquellos que buscaron serlo: no acaba de estar del todo claro que tenga más mérito quien pasa una penalidad que hizo por procurarse y que se apresura a vender en el mercado de la compasión y la admiración del público afín, comparado con quien se come un marrón que no quiso ni hizo por merecer, sin ventanas a la calle y sin esperar ni recibir jamás recompensa alguna.

Los periódicos ofrecen cada día un buen muestrario de mártires involuntarios. Mujeres que se ven empujadas a cruzar el desierto a pie, sufriendo violaciones sin cuento por el camino, para acabar explotadas y vendidas como carne fresca y barata en los polígonos a los que se acercan a saciar su insatisfacción los deprimidos y los desairados de la sociedad opulenta. Gente a la que van a desahuciar por no pagar la renta, por segunda o tercera vez, y que no puede aguantar la vergüenza y salta en vuelo libre desde un quinto piso hacia una muerte segura. Niños o madres o ancianos que perecen en una ambulancia o una lista de espera porque alguien ha decidido que es preferible ahorrar en salvar la vida de los que la tienen en peligro —recortando plantillas, eliminando turnos o cerrando hospitales— que hacerlo en fastos, burocracias clientelares, confort y privilegios de los tribunos o epopeyas en marcha de afirmación patriótica.

Cualquiera de estos mártires podría ser con toda justicia beneficiario de los caudales de piedad disponibles, y objeto de la atención de quienes por vocación u oficio se sienten convocados a reducir el sufrimiento humano. Sin embargo, sus martirios caen una y otra vez bajo un manto de silencio y, más allá del breve que si acaso levanta acta de ellos, resbalan en seguida hacia un olvido pétreo e irrevocable. Mientras tanto, los que provocan y publicitan su padecimiento, aun infinitamente menor que el de estos anónimos suplicados, encuentran un eco desmedido y se benefician de recordatorio constante, que en el límite, de eso se trata, puede acabar materializándose en una página en los libros de Historia escritos a la medida de su pulsión y su ideario.

Así es como llega a suceder, por ejemplo, que la noticia de la huelga por desesperación de los médicos de atención primaria de un sistema de salud abandonado desde hace años a su suerte queda sepultada por el anuncio —ni siquiera el hecho, aún— de una huelga de hambre de dos reclusos que hasta anteayer eran parte de la élite dirigente que decidía la asignación de recursos

públicos en detrimento del gasto sanitario. Dos reclusos que no han sido juzgados aún, lo que siempre impone alguna reserva a la privación de libertad, pero que están ahí después de porfiar en llevar a cabo actos de cuya grave ilicitud se les advirtió una y otra vez, y que reciben el trato penitenciario benigno de un país donde no existen las mazmorras inhabitables que son el pan de cada día de la inmensa mayoría de los presos del planeta.

Quizá porque esas condiciones de encierro no son bastantes para convertirlos en los mártires que anhelan ser, quizá porque saben que el resto sabe que cualquier agravio del que puedan ser eventualmente víctimas será en última instancia dilucidado, sentenciado y reparado por un tribunal independiente y humanitario con sede en Estrasburgo —ya quisieran los que se ven en otros sistemas carcelarios contar con semejante garantía—, necesitan darle una vuelta de tuerca a su propia situación. Una vuelta de tuerca que tiene la ventaja de estar en su mano. La suerte que no tienen los mártires que forman la legión de los que no desean serlo.

Un hombre solo

«Un hombre solo, una mujer, así tomados de uno en uno, son como polvo, no son nada.» Lo escribió el poeta y son miles los contextos en que sus palabras —como sucede con la poesía que de veras merece recibir ese nombre— encierran y proclaman una verdad abrumadora. Pero no siempre es el verso la verdad, o la verdad el mismo verso. Hay coyunturas en las que un hombre solo, una mujer —sí, también una mujer, aunque no se crea— se convierte en palanca que actúa y que, lejos de ser nada, lo cambia todo. Que le pregunten a este otro hombre, esta otra mujer que se sentían casi propietarios del despacho que ocupaban y que hoy se ven preguntándose cuántas cajas necesitarán para vaciarlo de sus objetos personales, o borrando archivos comprometedores de los ordenadores, o sacando papeles para quemarlos.

Era la fiesta de la democracia, decían sus líderes, y he aquí que se ha acabado convirtiendo en el funeral de sus expectativas y, según los más pesimistas, en las exequias de la democracia misma. Y todo porque en las nuevas sumas y restas han entrado a jugar quienes no estaban ni se les esperaba, aquellos que con todo desparpajo sostienen que los inmigrantes sobran, aunque haya una pirámide de población que se ensancha por arriba mientras tiende a apoyarse sobre un vértice menguante. Que el feminismo no es más que un comedero para aprovechadas que oprime al varón, aunque cada año mueran cincuenta mujeres que se contabilizan y unas cuantas más que pasan inadvertidas a manos de varones que las desprecian. O que descentralizar el poder no aporta nada a los gobernados y sólo alimenta y da alas a los carroñeros del presupuesto y la unidad patria, aunque con todos sus fallos los servicios públicos sean mucho mejores que los que facilitaba antaño el Estado unitario y dictatorial.

Es incomprensible, intolerable, desolador, proclaman los gurús y analistas de toda especie. Pero es, y lo que es interpela, a quien observa y no ha perdido la costumbre de pensar, con una fuerza que no tiene lo que debería o parece que debería ser. Para este hombre, esta mujer que ahora hacen cajas, borran archivos, queman papeles, de nada van a servir quejidos y aspavientos. Necesitarán entender por qué se ven en la puerta de la calle, en lugar de seguir rebañando el rendimiento del asunto. Y quizá por ahí hay que empezar a desentrañar el cataclismo. Décadas de menosprecio del factor moral, de lo bien hecho y de lo que bien parece, han suministrado a quienes querían derribar el edificio su munición primordial. El hombre solo, la mujer que vieron en su día cómo la crisis los barría mientras otros seguían a salvo en su ventaja, incluso ilegítima, no lo olvidan cuando también solos escogen la papeleta que meterán en el sobre que echarán a la urna.

Como no olvidan las colas en el ambulatorio saturado por falta de inversiones, y en las que sin

cesar escuchan lenguas que no son la suya y no ven nunca a quienes deciden y pontifican sobre tierras de acogida. Como no olvidan, aquellos a los que les tocó, el atropello impune del que fueron objeto, ellos mismos o alguien cercano, por parte de quien supo aprovechar sin estar indefensa las leyes hechas para proteger a quien sí lo está. Como no olvidan, en fin, la desenvoltura con que alguno confundió el autogobierno con la insolidaridad y con el supremacismo, y no dudó en tomar atajos ilegales ni en faltarle gravemente al respeto al hombre, la mujer que votan en un pueblo o en una ciudad del sur.

Había un consenso que lo sostenía todo. Era precario, tenía zurcidos y costurones de imperfecta factura. Con sus defectos, funcionaba. Hubo quien empezó a creerse por encima de él. De sus límites, de la palabra dada. Ahora el pacto ya no tiene el valor que tenía, y menos para quienes menos tienen. Para quienes sienten que no cuentan, que ni siquiera tienen derecho a quejarse. Les han dado una forma de gritar. Y han empezado a utilizarla.

Lo hacen aunque nada arregle, aunque se sume a los esfuerzos que antes hicieron otros para agravar todos los problemas y alejar todas las soluciones. Un hombre solo, una mujer, ante la urna y el voto secreto que le dejan como única forma de protesta, hace lo que le da la gana. Y los despachos cambian de inquilino y el futuro se tiñe, una vez más, del color de la incertidumbre.

Chérif, Jakelin, Mohamed

Podría llamárselos de otra manera: un magrebí, una latina, otro magrebí. Es posible que así queden en la frágil memoria de la gente de su tiempo, de todos modos, aunque durante unos pocos días tengan derecho a ser algo más. Sin embargo, importa aquí que queden sus nombres, que los identifiquen para bien y para mal como individuos únicos: Chérif, Jakelin, Mohamed.

Los tres se convierten en noticia en estas postrimerías de 2018. El primero, Chérif, en calidad de villano, al irrumpir en un mercadillo de Estrasburgo a tiro limpio, llevándose por delante la vida de cuatro personas y dejando a varias más malheridas. La historia de Chérif se parece demasiado a otras muchas: un joven de origen argelino que un mal día se desliza por los vericuetos de la delincuencia, otro día lo detienen y acaba yendo a parar a la cárcel, donde algún barbudo en busca de muyahidines baratos utiliza las largas horas de encierro para inocularle una teoría sencilla acerca del resentimiento que lo invade y la manera de desahogarlo. Chérif la compra, tampoco le han ofrecido material alternativo y, aunque esto no lo justifica ni excusa, confirma con ello las expectativas que hizo concebir a quien lo radicalizó.

La facilidad con que prende la chispa del odio integrista en chavales como Chérif quizá debería invitar a alguien a pensar al respecto; alguien entre quienes gestionan la integración de gente como él en los barrios donde viven, y no por casualidad, sino porque hasta 1962 Argelia fue una provincia de Francia; alguien entre quienes se ocupan de suministrar a quienes van a parar a la cárcel argumentos para pasar los días. Pero se hace lo que se hace y el resultado es un terrorismo acéfalo y aleatorio, que por su propia naturaleza no puede desarticularse, sólo cabe esperar el momento en el que inexorablemente volverá a golpear.

Jakelin tenía siete años, venía de un lugar inhóspito del país más violento del mundo, Guatemala, y junto a sus padres trataba de acceder al mítico paraíso estadounidense. Su familia se vio interceptada en la frontera y ella separada de sus padres. Y mientras estaba en esas, a cargo de personas extrañas —y no muy atentas, por lo que se deduce del desenlace—, el agotamiento y la desnutrición la hicieron enfermar. Cuando a alguien se le ocurrió que necesitaba asistencia médica y la llevó al hospital ya era demasiado tarde. Jakelin perdió sin más la vida en la raya del paraíso, con gran escándalo mediático. La alarma y el aspaviento, como tantas veces sucede, llegaron con retraso, cuando el mal estaba hecho, y no cuando todavía podía evitarse.

Mohamed paseaba por la calle en Zaragoza cuando oyó que una mujer gritaba desde la ventana de un piso de un edificio cercano. Su pareja la estaba agrediendo y la mujer parecía tan desesperada como para arrojar al vacío. Casi sin pensárselo, Mohamed dejó sus pertenencias al pie de la fachada y trepó por ella aprovechando el cableado y el enrejado de las ventanas. Su

intervención contuvo al agresor hasta que llegó la policía y con toda probabilidad salvó la vida de la mujer. Cuando al fin pudo Mohamed bajar a recoger sus cosas, vio que le habían robado la cartera. El arrojo no siempre encuentra premio en esta vida.

Tres inmigrantes, Chérif, Jakelin y Mohamed. Un asesino, una inocente, un héroe injustamente retribuido. Repasar sus historias compone un mosaico significativo y elocuente de una realidad humana compleja, como lo son todas, salvo cuando la mirada que sobre ellas se dirige es la de un fundamentalista al que sólo le han enseñado a salirse por la tangente o buscar atajos. Con esa complejidad nos toca lidiar en el mundo que otros han construido y nosotros hemos heredado, y que a nuestra vez hemos de dejar un día a quienes vienen detrás. La culpa es de la globalización, la desigualdad, la vejez excesiva de unas sociedades o la juventud incontenible de otras. Qué más da, al final. Es lo que hay.

Demasiadas caperucitas

La primera caperucita, y la más notoria a juzgar por el eco de su caso en todos los medios, se llamaba Laura, tenía veintiséis años y daba clases en un instituto de Huelva. Ocupaba una plaza interina, vivía en una casita de alquiler, tenía a su familia y a su pareja lejos. Quiso la mala fortuna que sobre ella posara la vista alguien que andaba por allí y que según parece —hay secreto de sumario aún, y cuanto se escribe son filtraciones indebidas y por tanto dudosas— afirma que «se encaprichó de ella». Bien podía haber desahogado su capricho de otro modo, escribiéndole un poema o algo, pero su inclinación y sus aptitudes lo llevaban por otros derroteros. Al final, y siempre según parece, acabó acorralándola en un callejón, echándola a un coche y llevándosela a su casa, donde tras acciones en las que no es necesario detenerse le quitó la vida para arrojarla más tarde en un paraje de difícil acceso, en el que días después la encontraron. Mientras lo conducían a prisión, de la que había salido poco antes, el presunto asesino pidió perdón y gritó que iba a pagarlo. A pagar qué, con qué.

Las segundas caperucitas, algo menos comentadas, tal vez porque tenían otra nacionalidad y se perdieron en un bosque más lejano en el espacio, se llamaban Louisa y Maren, de veinticuatro y veintiocho años de edad, respectivamente. A esta danesa y esta noruega se les ocurrió subir juntas a lo alto del Tubkal, una cima de más de cuatro mil metros, la más alta de Marruecos y el Atlas y segunda del continente africano. Se trata de una subida asequible, no hace falta ser un experto alpinista. Lo que ninguna imaginaba era que se encontrarían con un grupo de yihadistas sometidos a la inspiración de esa multinacional espectral del espanto llamada Estado Islámico. Lo que les hicieron, de nuevo, no es preciso referirlo en detalle; ya se han ocupado por extenso los adictos a la truculencia, empezando por los propios yihadistas, que al parecer utilizaron el teléfono móvil de las infortunadas para rastrear sus contactos y enviarle imágenes a la madre de una de ellas. Por si a alguien podían quedarle aún dudas de su afición malsana al horror.

De la tercera caperucita, la más lejana en el tiempo, sólo nos han llegado sus iniciales, M.C.F.M. El tiempo, en esta era de urgencia y desmemoria, resulta ser una barrera más insalvable que cualquier otra. A la desventurada M.C., que por aquel entonces tenía veinticinco años, la mataron de un tiro en 1981. Luego la enterraron en un terreno de Sant Salvador de Guardiola, en Barcelona, junto con la criatura en el quinto mes de gestación que llevaba en el vientre. Un adquirente posterior del terreno encontró sus huesos al remover su tierra para plantar un olivo. El hallazgo lo comunicó a la Guardia Civil, que tuvo abierto el caso durante más de treinta años, hasta que en 2017 una mujer acudió a denunciar la desaparición de su hermana décadas atrás, y el ADN de ambas hizo el resto. Gracias a su testimonio se pudo vincular a la difunta con un hombre

mayor que ella, casado, con el que había tenido una relación, y que estaba en la lista de anteriores propietarios del terreno. Treinta y siete años después, a los setenta y tres del individuo en cuestión, la Guardia Civil se personó en su domicilio de Castellón para detenerlo y enfrentarlo a la lejana vileza que se le imputa.

Demasiadas caperucitas, demasiados casos para cargarlos todos a la mala suerte, a su imprudencia —no salgas a correr sola, no subas montañas, no te lées con casados—. Que una y otra vez haya que contar cómo se pierden es cosa de los lobos, pero no del animal de ese nombre —que mata por instinto y por necesidad— ni tampoco del conjunto de los hombres resumidos en él como metáfora. Son los lobo-hombres de cada cuento, con su bagaje mental y su falta de él. Un bagaje de ideas nocivas, groseras o miserables; la carencia de las nociones necesarias para comprender el valor precioso de una vida humana. La mente tullida del lobo-hombre, acaso el agujero más negro de la galaxia.

La caída de Don Teflón

Según su propia decisión y todas las previsiones, en 2019 los británicos abandonarán Europa, donde desde siempre tienen múltiples intereses pero jamás tuvieron el corazón. Sin embargo, habrá uno que se quedará: en una prisión francesa, para ser más exactos, y en principio hasta 2040, salvo que a la pena de veintidós años que le impusieron para terminar el año le resulte aplicable alguna reducción o se revise por vía de recurso. Como todo el mundo, tiene un nombre y un apellido, pero se le conoce por el apodo de *Teflon Don* o Don Teflón, que diríamos aquí, por su carácter esencialmente escurridizo. En el punto de mira de la policía de varios países, incluido el suyo, desde hace ya unos cuantos años, no había manera de vincularlo con los numerosos hechos delictivos tras los que se atisbaba su mano maestra.

También Don Teflón, siempre según los informes policiales, tenía múltiples intereses en Europa pero el corazón lo guardaba a buen recaudo fuera de ella. Los especialistas de la NCA, siglas de National Crime Agency, la institución encargada del crimen organizado en el Reino Unido, lo responsabilizan del tráfico de droga a gran escala en Europa, con una estructura que ofrecía soluciones logísticas de alto nivel para el tránsito de cocaína desde América hasta el Viejo Continente. Sus servicios, según esta agencia de seguridad, respaldada entre otras por las fuerzas policiales de Francia, Holanda o España, los utilizaban por igual los narcotraficantes colombianos, en calidad de productores, y las grandes organizaciones criminales italianas, en su faceta de distribuidores; a ambos ofrecía puntos de descarga seguros en una amplia panoplia de puertos y aeropuertos europeos.

Esta teoría policial, apoyada en indicios variados y de todo tipo, comenzando por el alto nivel de vida del interesado, difícil de explicar por la poca rentabilidad de sus negocios legales, carecía sin embargo de pruebas concluyentes. Entre otras cosas, porque Don Teflón, radicado en la española Costa del Sol, nunca estaba cerca de las operaciones y sólo se comunicaba con su gente y sus presuntos clientes a través de carísimos teléfonos móviles encriptados que no había posibilidad de intervenir.

¿Qué ha sucedido para que el antaño intocable traficante presunto se convierta en condenado bajo las severísimas leyes francesas, que como se ve no se andan con paños calientes con los que las pruebas señalan como dirigentes de una organización criminal? Sucedió que allá por septiembre de 2013, la policía francesa, con información de la NCA, interceptó en el aeropuerto Charles de Gaulle 1.332 kilos de cocaína que llegaron a bordo de un vuelo comercial desde Caracas, despachados por una mafia venezolana con implicación de gerifaltes corruptos del régimen bolivariano y con destino a la N'drangheta. En la operación se detuvo a tres miembros de

la mafia calabresa y a tres presuntos asociados de Don Teflón, pero ninguno lo vinculó con el alijo, oculto en maletas facturadas fraudulentamente en Caracas.

La prueba determinante se obtuvo tiempo después, en un hotel de Madrid. Don Teflón se había citado allí para persuadir a unos clientes colombianos. Hizo ante ellos un despliegue de poder: todos los puertos y aeropuertos europeos por los que podía introducir la mercancía. Salvo París, que se le había quemado el año anterior en una operación frustrada. Lo que no sabía Don Teflón es que todo lo que estaba diciendo, en un ambiente que le daba absoluta confianza, lo estaba escuchando y registrando un equipo de guardias civiles. Los mismos que se presentaron en su casa con una orden judicial el 12 de noviembre de 2015.

Los jueces franceses son los que han acabado con la vida de impunidad de Don Teflón. La fiscalía francesa destaca el valor crucial de la prueba conseguida por los agentes españoles. Aquí, apenas se ha dado la noticia. Preferimos, siempre, flagelarnos.

Deseo de ser Rey Mago

No faltarán quienes desearían ostentar la condición de rey, en su más terrena y convencional acepción. Disponer de servicio para cualquier necesidad, llevar un tren de vida confortable en residencias de lujo y disfrutar de la prerrogativa de marcharse de largas vacaciones a lugares secretos, entre otros privilegios, son alicientes capaces de despertar la envidia y la codicia de quienes cifren su felicidad en recibir mucho de la vida. Hay sin embargo quienes prefieren buscar la gratificación de sus días en todo lo contrario: acertar a darle a la vida tanto como sea posible.

Desear ser rey tiene, en el fondo, algo de vulgar, además de tratarse de una pulsión sujeta a controversia. A no ser que uno aspire a representar el papel de los únicos monarcas que gozan incluso de la simpatía de los republicanos: esos Reyes mágicos a los que los niños piden con la esperanza de que sus peticiones sean atendidas; esos que nunca defraudan y que otorgando lo que otros anhelan dan sentido a la vez al existir y al querer. Quizá no haya, si se piensa, deseo más alto y admirable que el deseo de ser Rey Mago: uno que no busca ni espera ni necesita la pleitesía de nadie y tiene por única misión aventar la tristeza ajena.

Ay de quien nunca haya sentido ese deseo; ay de quien no haya hecho alguna vez lo imposible por realizarlo para alguien. Pero hay un grupo de personas que se han echado a la espalda el deber de ser reyes magos para otras personas a las que apenas les queda tiempo para poder ver cumplido lo que desean. No son tres, como los de la tradición cristiana, sino cuatro. Vienen de Oriente, pero no del que está más allá de Palestina, sino del que ocupa ese extremo, por la parte de abajo, de la península Ibérica. Por la parte de Murcia, para ser más exactos. Se llaman Manuel, Carolina, Laura y José y trabajan como sanitarios. No tienen artes ni poderes mágicos, pero tienen la voluntad, el afán y una hermosa idea: que quienes ya no pueden esperar que la vida les ofrezca mucho más tiempo sí pueden alcanzar lo que más desean, si hay quien se esfuerza en hacerlo suceder.

Ya lo han conseguido con un buen número de personas. A unas las reúnen con alguien con quien no contaban poder ver ya jamás. A otras les permiten tener una experiencia que daban por imposible. Los cuatro reyes magos de Murcia demuestran una y otra vez que los deseos que parecían irrealizables sólo lo eran en tanto que no había intervenido alguien como ellos, con la firme resolución de propiciar su cumplimiento. Así es como lograron, por ejemplo, que Iñaki, aquejado de alzhéimer, cáncer y una grave lesión medular que le impedía moverse, viera cumplida su ilusión de volver a contemplar el Cantábrico desde la playa de Vizcaya a la que solía ir en su infancia. Una excursión sencilla para cualquiera en pleno uso de sus fuerzas, pero que para Iñaki se había convertido ya en una aventura inasequible.

Existe una fotografía del momento. El hombre recostado en una camilla frente al mar de su infancia y, a su lado, una mujer mayor como él, con la que ha compartido su vida, sosteniéndole por las mejillas y dándole un beso. Una imagen rebosante de amor y de belleza: la de dos seres humanos que contra la vejez, la enfermedad y el infortunio alzan aún con vigor el estandarte del sentimiento que los une, bajo un cielo radiante y ante la azul inmensidad del mar que vuelve rotundo y eterno su gesto.

Quien la ve, y no puede sustraerse a su poder, comprende entonces que estos reyes magos no sólo han realizado el deseo de ese hombre. Nos han traído a todos el regalo de probar que nuestra condición no se queda en las mezquindades y querellas, ínfimas y absurdas, que llenan las páginas de los periódicos o la grillera febril de las redes que amenazan con reemplazarlos. Que somos también esto, que es tan limpio, tan grande y, en fin, tan luminoso. Quién supiera ser rey mago como ellos saben.

Cuando un editor se va

Una buena semblanza de lo que es un editor se puede leer en el clásico de L.D. Reynolds y N.G. Wilson, esa joya titulada *Copistas y filólogos*, publicada, como tantos otros libros excelsos, por la editorial Gredos. Se refiere a Ático, el editor de Cicerón, y dice así: «Ático le revisaría cuidadosamente la obra, criticaría cuestiones de estilo o de contenido, discutiría la conveniencia de la publicación o lo aconsejable del título, organizaría lecturas privadas del nuevo libro, enviaría ejemplares de compromiso, organizaría su distribución. Su nivel de ejecución fue el más alto, y su nombre una garantía de calidad». Pulcra y exhaustiva es esta descripción de un oficio tan bello como incomprendido.

Se ha ido un editor. La muerte vino a buscarle un viernes en su pequeño despacho de un edificio de Barcelona. Estaba allí, seguramente, trabajando en la mejor manera de dar a conocer al mundo y a los lectores el trabajo y el talento de otra persona. De un escritor, una escritora, o quizá de varios a la vez. Por su tarea recibía un salario, faltaría más, pero el esfuerzo de poner todo lo que uno tiene dentro para que sea otro el que brille, para que un libro en el que irá un nombre ajeno y no el propio se convierta en un acontecimiento, tiene unas dimensiones que no existen ni se sostienen mediante la mera contraprestación económica.

Es un lugar común criticar a los editores —como colectivo y sin discernir— por su falta de visión, por su oportunismo, por su avaricia, incluso por su rapacidad. Quienes hemos sido alguna vez autores inéditos, más o menos imbuidos de nuestro propio talento —aunque no hay nadie sensato que, mirándose al espejo, no concluya que vale menos de lo que el mundo exterior haya podido llegar a creer—, conocemos esa percepción y hasta ese sentimiento negativo hacia quienes teniendo la posibilidad de decidir publicar nuestro trabajo, deciden en cambio publicar la obra de otros. Y quien lo niegue, lisa y llanamente miente.

Para superar ese burdo espejismo consolatorio, y hacerlo de forma completa y cabal, quizá haga falta algo más que conseguir que te publiquen, esto es, que empezar a tratar con editores que apuestan por tu obra e incluso se juegan todo su crédito y/o su puesto de trabajo por ella. Quienes hemos tenido esa experiencia aprendemos, desde luego, a reconocer lo que ayuda tener un valedor, con coraje, determinación y capacidad, en la siempre penosa y ardua empresa de venderse a uno mismo en la plaza pública; porque los libros son trozos del alma de quienes los escriben, y por muy cínico o esquivo que uno quiera parecer, esto es así y no puede ser de otra manera. Estoy escribiendo estas líneas sabiendo que un periódico las va a publicar porque un editor, una editora se echaron hace años a la espalda la obligación de apostar por un desconocido

que escribía lo que según otros no debía escribirse, o cuando menos publicarse, sin grave riesgo editorial.

Pero quizá no sea todo esto, con ser mucho, suficiente para entender lo que es y hace un editor: uno que lo sea de verdad, uno como el que está un viernes en su despacho cuando viene a buscarle esa que nadie quiere que toque a su puerta. Para entenderlo del todo, hay que tener la experiencia de editar la obra de otros. Hay que sentir lo que se siente cuando un libro en el que has creído cosecha la estima o la pasión de los lectores. O cuando no tiene ni lo uno ni lo otro, y lo ves deslizarse en silencio hacia el olvido, mientras tú sigues sintiendo que merecía mejor suerte. No hay alegría ni tristeza más puras, porque todo editor que de veras lo sea quiere serlo de libros originales y excelentes, y se duele de que los que así son para él no se vean justamente reconocidos.

El editor que se fue el viernes nunca lo fue mío. Apenas lo saludé aquí y allá alguna vez. Pero lo fue de amigos varios, y sé lo que hizo, y cómo, para que se viera y apreciara lo que valen. Algo se muere en el libro, cuando un editor así se va.

Benjamin en Capri

Durante la primavera y el verano de 1924, Walter Benjamin se retiró a la isla italiana de Capri, para trabajar en su estudio sobre los orígenes del *Trauerspiel*, con el que pretendía alcanzar su habilitación como profesor en la Universidad de Frankfurt. Fueron meses interesantes y llenos de acontecimientos. El 1 de abril, sin ir más lejos, Adolf Hitler fue condenado a cinco años de reclusión en el castillo de Landsberg por su golpe en Múnich el año anterior; una condena especialmente benévola de la que sólo iba a cumplir nueve meses, en condiciones tan laxas y ventajosas como para poder escribir *Mein Kampf*, el rotundo bestseller que le haría rico años después. El 3 de junio, en Klosterneuburg, cerca de Viena, moría con tan sólo cuarenta años Franz Kafka, la otra gran mente judía alemana de su tiempo, que junto a Benjamin conformaría en buena medida nuestra perspectiva de la modernidad.

Así lo reconocería el propio Benjamin tan sólo diez años después, en un estudio sobre el escritor de Praga que sigue siendo de lo más lúcido escrito en torno a su obra, a pesar de los miles de títulos que hoy integran la bibliografía kafkiana. Sin embargo, en junio de 1924, mientras Kafka agonizaba en una habitación del sanatorio Kierling, Benjamin apenas había tenido aún oportunidad de leer de su obra lo poco que el autor de *La metamorfosis* había conseguido dar a la imprenta. Tampoco estaba entregado a la redacción de su trabajo académico: según sus cartas, lo que sobre todo le ocupaba era el cortejo de la bella y turbadora dramaturga letona Asja Lacis, con la que mantendría una apasionada relación extraconyugal en los años siguientes.

De la mano de Lacis, ferviente comunista, y de otros de los intelectuales simpatizantes del bolchevismo que se dejaban caer en aquellos días por la fastuosa Capri, Benjamin se acercó a las posiciones políticas que encarnaba la revolución soviética, aunque nunca se dejó abducir por ellas y siempre mantuvo su independencia de pensamiento. Pero quizá lo más interesante de aquella estancia, en términos políticos, fue la visión que tuvo, en primera fila, del fascismo emergente en Europa, gracias a la visita a la isla de Benito Mussolini, en septiembre de ese mismo año. La imagen de aquel hombre causó en Benjamin gran impacto, que describió con estas duras palabras: «No se parece nada a ese seductor que se ve en las postales: corrupto, indolente y tan arrogante como si lo hubieran untado generosamente con aceite rancio. Su cuerpo es rechoncho y fofo como el puño de un tendero gordo».

Poco después, Benjamin escribió en «Panorama imperial», una pieza recogida en el libro *Calle de sentido único*: «Quien no quiera negarse a percibir la decadencia, se apresurará a procurarse una justificación especial para su propia presencia continuada, su actividad y su implicación en este caos. Una ciega resolución de salvar el prestigio de la existencia personal se impone casi por

doquier, en tanto que todos se entregan a las ilusiones ópticas de su aislado punto de vista». El horror absoluto estaba ahí, a la vuelta de la esquina, y apenas encontraba otra respuesta que la aislada resistencia individual a dejarse arrastrar por su dictado.

Lo que vino luego es de sobra conocido. No tanto la peripecia del propio Benjamin. Aunque finalmente consiguió terminar su tesis para la habilitación académica, se encontró con que el profesor que iba a respaldarle en Frankfurt, Franz Schultz, se desentendía de él y le remitía a la Facultad de Filosofía, donde se le sugirió que la retirara para no humillarle rechazándola. Así la Universidad de Frankfurt, como bien señalan los biógrafos de Benjamin, Howard Eiland y Michael W. Jennings (*Walter Benjamin, A Critical Life*, Harvard University Press, 2014), se adjudicó el honor imperecedero de descalificar una tesis que hoy es considerada como una de las obras maestras de la crítica literaria del siglo XX. No sobra anotar que Schultz participaría en la quema de libros realizada en la plaza principal de Frankfurt en 1933, mientras Benjamin, para entonces ya considerado el crítico judío más importante de Alemania, emprendía el camino del exilio que siempre se había negado a tomar, porque se sentía vinculado a la tradición alemana más que a ninguna otra.

Tan sólo siete años más tarde, Benjamin, acosado por la Gestapo, se suicidaba en una habitación de hotel de Portbou, frente al mismo mar que había admirado en Capri y por el que había visto llegar la efigie grotesca del fascismo. Su insumisión intelectual y personal a esa fuerza siniestra no logró detenerla: era demasiado el impulso que traía y fueron demasiados los que se dejaron suggestionar y arrastrar por él. Su mirada y su exhortación a no ser parte del monstruo perviven y nos siguen interpelando.

Un niño, un pozo, unos hombres

Un niño cae en un pozo. Un pozo se traga a un niño. De las dos maneras puede decirse y cualquiera de las dos tiene las más atroces connotaciones. No criamos a nuestros hijos para que se caigan en un pozo, ni pronto ni tarde en el camino de sus vidas. No hacemos pozos, no deberíamos hacerlos, para que se traguen el futuro y la sonrisa y las ilusiones de un niño. Pero sucede y este es el punto de partida de la historia, su fracción inamovible y dolorosamente definitiva que no podemos ya cambiar.

Entonces, en el principio, no lo sabemos, aunque quizá nos habría aliviado dentro de la desgracia haberlo sabido: el niño, tras caer más de setenta metros por un hoyo en el que a duras penas cabe su cuerpo, y quedar enterrado por las piedras que arrastra en su caída y que le producen traumatismos graves, no sobrevive mucho tiempo al accidente. Sin embargo, durante las casi dos semanas que se va a tardar en extraerle de la sima en la que ha quedado atrapado, se especulará, cada vez con menos fe, cada vez de forma más inverosímil, con la posibilidad de sacarlo con vida. Eso es lo que para algunos justifica darle a la montaña la batalla encarnizada que esta les presenta a los hombres que intentan acceder a sus entrañas; o eso es lo que se dice para que se mantenga viva la llama de la esperanza y del espectáculo que en seguida se organiza en torno a la operación de rescate.

Un pozo, un niño. Y a su alrededor, una nube de hombres y de mujeres que tratan de ayudar, que se vuelcan en contarlo, que miran horrorizados, que afrontan o no su responsabilidad. Una nube que de una u otra forma nos incluye a todos, y cada uno, desde su lugar, procura estar a la altura de lo que le toca en la tragedia. Para muchos, la mayoría, ese lugar se reduce a aguantar la respiración, callar y rezar si se tiene la costumbre. No es ningún secreto que cuesta quedarse ahí, y que más de uno y más de una se precipitarán a hablar de más. Para otros, unos pocos, su lugar implica la más incómoda de las preguntas: qué pudieron hacer y no hicieron para que no sucediera lo que ha sucedido. Un pozo sin permisos, un terreno no urbanizable, un muy peligroso agujero que cuando el niño se acercó a él, por lo que fuera, estaba sin sellar. Hay también quien tendrá que mirar y exigir respuestas a esa pregunta con arreglo a la ley, aunque la ley ya vendrá después, con su lentitud pesada e inexorable.

Hay, en cambio, otros hombres y mujeres a los que el niño y el pozo interpelan de manera diferente, los que en nombre de todos, de nuestra especie, de nuestra decencia, de nuestros valores y de la comunidad a la que pertenecemos, se echan a la espalda la obligación de no dejar a la criatura, viva o no, en el vientre oscuro de la montaña y sostener a sus padres mientras tratan de rescatarla. Bomberos, ingenieros, psicólogos, agentes de las fuerzas de seguridad y protección

civil, operarios, vecinos y voluntarios del lugar. Ellos —no quienes los filman, comentan o incluso cuestionan— son quienes construyen la parte del cuento que sí podemos escribir, y por la que se nos juzgará ante la catástrofe que ya no se puede evitar. Ellos, con sus desvelos por encontrar un camino, por conocer la montaña, por atacarla y finalmente doblegarla, son quienes pueden reclamar un papel en esta película de la que nadie con corazón querría ser actor.

Y al final, cuando se da con el camino, cuando sólo faltan unos metros, apenas son un puñado de hombres, agazapados en el exiguo espacio arrancado a la roca, los que llegan al niño. Son mineros asturianos y guardias civiles, y uno teme que en un país de negligente memoria y olvido denodado y selectivo no se capte el valor simbólico de su esfuerzo común para salvar una vida o, más bien, para restituirle en la muerte a esa vida toda su dignidad y todo su valor. No hace ni un siglo que guardias civiles se defendían a tiros en Asturias de los mineros que rodeaban sus casas que a la vez eran cuarteles, y finalmente las asaltaban y acababan con sus vidas; o que otros guardias desataban sobre los mineros y sus familias furibunda represión. Mal que pese a quienes necesitan proclamar otra cosa para favorecer y mejor justificar sus particulares agendas, el sacrificio solidario de estos mineros y estos guardias, para devolverles a sus padres un niño que dejó de vivir, atestigua hasta qué punto el país al que unos y otros ejemplarmente representan no sólo es mejor de lo que se dice, sino mejor de lo que nunca fue antes. Y dentro de la peor de las malas noticias posibles, un niño cae a un pozo, un pozo se traga a un niño, de su entrega brota nuestro consuelo.

Tres errores y un exceso

Una vez más, te toca ir a hacer tu trabajo, al servicio de la ley, a un lugar en el que no eres bienvenido. Las razones por las que tu presencia no es deseada son diversas. De entrada, no es hacer efectiva la ley, con carácter general, algo que despierte muchas simpatías entre aquellos que se oponen a que se cumpla y prefieren contravenirla. Por otra parte, quienes te mandan no siempre han andado espabilados a la hora de decidir cuándo es necesario recurrir al despliegue de fuerza que tu tarea comporta. A eso súmale que quienes te esperan a las puertas de esa prisión llevan décadas recibiendo un bombardeo propagandístico que te convierte en una especie de representante de Belcebú, y que ese bombardeo ha adquirido proporciones apocalípticas a lo largo del último año. Y por si quieres redondear la faena, los presos a los que esta vez te toca conducir lo son preventivos con arreglo a una aplicación de la figura de la prisión provisional que no deja de ser controvertida por su prolongación y por su rigor.

Con todo, tu misión sigue siendo la misma de siempre. La que ya fijaron para estos casos a tus antecesores allá por el año 1845: «Todo preso debe considerarse asegurado suficientemente y que será conducido sin falta alguna al destino que las leyes le hayan dado, así como ellos mismos deberán creerse justamente libres de insultos y de las tropelías que a veces suelen cometerse con ellos». Ni más, ni menos, y a eso te incumbe atenerte.

Sucede, sin embargo, que eres humano, y que mientras vas por una carretera flanqueada por manifestantes que te increpan y ondean banderas en tu contra, buscas una manera de darte ánimos y mantener la moral alta. Es lo que han hecho desde siempre los hombres en instantes de conflicto; lo que hacen los que te abuchean, te injurian y se enardecen con sus cánticos. Eliges poner una canción que alguien compuso contra ti, que se refiere a ti y los de tu condición con una palabra despectiva y se detiene a detallar todas vuestras supuestas vilezas y carencias. La canción tiene gracia por la puerilidad del retrato y la diatriba, porque entre otras cosas reputa iletrados y cazurros a quienes, mal que pese al autor de la letra, lograron gracias a su tenacidad e inteligencia reducir a la nada a los gudarís en cuyas pistolas y bombas algunos, quizá también el letrista, confiaron para imponerles a sus conciudadanos una patria mítica e inapelable. La canta un hombre malcarado cuyo gesto sugiere alguna deuda impagable con la vida. Resulta, en definitiva, inmejorable como ejercicio de catarsis.

Hasta aquí, nada que reprochar. Quien vea mal que alguien convierta con humor los ataques a su persona y su colectivo en munición para su afán de cumplir con la que siente que es su misión, allá él con sus maneras de buscarse la vida y las ganas. El error viene cuando quien está cumpliendo un deber no exento de gravedad decide sacar un teléfono y grabar la escena. Otro

error, ya que hay un teléfono captando el sonido, es dejar que se escapen unas risas, en un acto que al final consiste en llevar a un grupo de personas privadas de libertad. Y otro error, en fin, es que las imágenes grabadas lleguen a las redes sociales.

La respuesta a esos tres errores, a diferencia de la que se da a los errores cometidos por otros, es fulminante: se te suspende de funciones. El agitador en jefe de los que intentaban obstruir tu labor, aposentado en un sillón oficial por cuenta del Estado, para más escarnio, reclama tu inmediata expulsión. Las reglas que establecen garantías para cualquier ciudadano —también para los que llevan uniforme y para los que cometen errores— saltan en tu caso por los aires, mientras hay agentes del orden que graban vídeos a cara descubierta incitando a la comisión de delitos y que siguen en el plácido disfrute de su destino.

No te queda otra que tomarlo con paciencia, la que tantas veces han necesitado y demostrado los tuyos, y confiar en que la justicia lo ponga todo al final en su sitio. Hay deslices que merecen una amonestación y poco más. Mal están, y mucho mejor sería que no sucedieran, pero permitir que blanqueadores de asesinatos y alentadores del secuestro de la voluntad y los derechos de sus conciudadanos se deshagan en aspavientos y exijan y obtengan para ellos un castigo desproporcionado es atropellar la equidad y, lo que es aún peor, cualquier atisbo de sentido común.

Siete jueces

Siete jueces acuden este febrero a su cita con la Historia. Sean o no creyentes, no pueden no conocer la frase evangélica: van a juzgar y por ello serán juzgados. Sus actos se escrutarán al milímetro a través de la retransmisión en directo de la vista; las palabras que den en escribir en su sentencia —y en su caso, en los votos particulares con que puedan acompañarla— serán pesadas y medidas como nunca lo habrán sido las de otros de sus pronunciamientos. Si son justos, y todo juez que se precie procura serlo, no contentarán a nadie y se harán acreedores a la crítica de todos; acaso a la inquina y el odio de algunos.

El papel de periódico lo aguanta casi todo, y más desde que ya casi no es papel y cada vez más es un enlace incrustado en un tuit. Los tuits aguantan todavía más, hasta llegar al delirio, el sofisma o el puro dislate. Y lo que ya aguanta cualquier discurso, por inverosímil, inconsistente o aberrante que sea, es el atril del mitin en el que algunos llevan instalados desde hace años. El papel membretado de la administración de justicia es otra cosa; como también es diferente del debate político acostumbrado la confrontación argumental que se produce en el plenario de un juicio. Olvídense las cómodas mistificaciones para uso de los adeptos más crédulos, los malabarismos con los conceptos más abstractos y las lecturas a medida de ese magma siempre vivo e incierto que es la memoria histórica. En un juicio penal lo que se ventila es la aplicación de unos tipos delictivos, con arreglo a la ley y su interpretación jurisprudencial razonada y consolidada, a partir de los hechos concretos que resulten acreditados por los medios que la propia ley fija como válidos y aceptables.

En resumen: un territorio de lo más ingrato para quienes viven de torcer las palabras, y más ingrato aún para los que buscan sistemáticamente la manera de eludir las realidades que representan y no llamar a las cosas por su nombre. Un campo de maniobra limitado para aquellos que deciden, para estos siete jueces, seis hombres y una mujer, que tienen la responsabilidad de calificar unas conductas y aplicarles los efectos legales que procedan, pero no pueden —ni deben— resolver el inmenso problema de fondo, el desajuste excepcional que llevó a quienes ostentaban la representación del Estado a conjurarse, según unos indicios que se confirmarán o no en el juicio, para minarlo y disolverlo.

Comenzará con mucha emoción, por la gravedad de lo que se despacha, pero terminará siendo muy aburrido. Las partes se aplicarán a lo que a cada una le corresponde: las acusaciones a buscar en el sumario, y confirmar en la vista, hechos y pruebas que sustenten sus peticiones de pena; las defensas, a tratar de desmontar esos hechos y pruebas y alegar circunstancias que excluyan la responsabilidad criminal. De vez en cuando saldrán detalles llamativos, que quizá

pongan en un apuro a quienes se vean interpelados por ellos; alguno podrá responder a lo que se le pregunte de forma airada o pintoresca, también cabe que a alguno de los profesionales que tomen la palabra le dé por tratar de aprovechar su minuto de gloria. Todo ello quedará reducido a anécdota una vez que cristalice en la sentencia ya dictada.

Saben, estos siete jueces, que no la escribirán sólo para sus destinatarios, sólo para la ciudadanía del país sacudido por los sucesos que se juzgan. Saben que la escriben para el mundo y para la posteridad, y en última instancia para su control por un tribunal internacional cuya jurisprudencia, por la cuenta que les trae, conocen y se esmerarán en tener presente. Saben que su papel, y la manera en que serán recordados, que es algo que a los efímeros seres humanos importa por razones misteriosas, no dependerá del júbilo o la rabia que provoquen en aquellos a quienes más directamente afecte su pronunciamiento, sino de si su decisión pasa esa prueba última e ineludible. Situado en esos términos, a partir de un ordenamiento jurídico imperfecto, como todos, pero bastante más sólido y sofisticado de lo que quieren sus refutadores de ocasión, el cometido de sus señorías queda saludablemente confinado en un espacio de razón y equidad. Eso que tanto les ha faltado a los redentores vocingleros, a los conspiradores sibilinos o a los feroces guardianes de las esencias que hasta aquí han monopolizado el escenario. Los mismos que volverán a ocuparlo, si nada lo remedia, después de dictarse una sentencia que sólo decide lo que decide: sobre un trozo triste y desmañado del pasado, que nunca debería haber ocurrido.

Delincuencia menor

Es una de esas noticias que dicen poco al lector, una de esas que se parapetan tras una estadística, que viene a ser la más eficaz manera de enmascarar y descafeinar la realidad: en Cataluña, los delitos han aumentado el año pasado el once por ciento. Es, dicho sea de paso, la comunidad que ostenta el récord de subida de la delincuencia en el conjunto de España, y la magnitud del repunte —dos dígitos—, lo bastante significativa como para que en cualquier lugar del mundo desarrollado saltaran todas las alarmas y hasta rodara alguna cabeza. Sin embargo, y como es sabido, en Cataluña y en España estamos a otras cosas.

Y ese estamos, de una u otra forma, nos incluye a todos. Si has de serte sincero, también a ti la noticia te habría pasado más bien inadvertida, en circunstancias normales. Sobre todo, porque viene acompañada de una explicación apaciguadora: los delitos graves, homicidios y similares, siguen siendo en tierras catalanas tan escasos como en el resto del territorio nacional. El aumento que señalan las estadísticas se registra sobre todo en el ámbito de la llamada delincuencia menor: robos y hurtos.

La razón por la que se convierte para ti en la noticia de la semana (de una semana en la que el medio gobierno autonómico que no tomó las de Villadiego en 2017 se sienta en el banquillo del Tribunal Supremo, el Congreso tumba el proyecto de Ley de Presupuestos y el presidente del gobierno anuncia elecciones) es a la vez desdichada e insoslayable. Tienes vínculos familiares con Cataluña, y a causa de ellos, entre otras cosas, la bisabuela de tu hija vive allí, en una ciudad de la periferia barcelonesa. Es una mujer de noventa y dos años, que sacó adelante a ocho hijos y que se ha pasado toda la vida trabajando. Que de hecho sigue activa, y que hace unos días iba con su carro al supermercado a hacer la compra, como tantas otras veces, cuando un desalmado se le acercó por detrás, le dio un empujón por la espalda y la arrojó al suelo para quitarle el bolso y poder robarle los treinta o cuarenta euros que llevaba. Una vez que tuvo su botín, la dejó allí tirada y subió a un coche que lo esperaba para darse a la fuga.

Un delito menor, tipificado como robo con violencia. Si no fuera porque, de resultas de la caída, la bisabuela se hizo una brecha en la cabeza que ha necesitado quince puntos de sutura y lleva ya más de una semana en el hospital. Sólo la fortaleza de su naturaleza curtida en el esfuerzo y la adversidad le permitió sobrevivir a lo que a una mujer de su edad le habría costado normalmente la vida. Y lo peor es cuando preguntas, y te dicen que desde hace muchos meses esa clase de robos son el pan de cada día en el barrio. Que los que los ejecutan se ceban con los ancianos, cuanto más ancianos mejor; para quien no lo sepa, abundan en nuestro tiempo seres sin conciencia ni escrúpulos, que no vacilan en ponérselo fácil a sí mismos cuando de dañar al

prójimo se trata. Y la indignación te sube por el cuerpo cuando te dicen, además, que por el barrio nunca se ve un policía, y que nadie hace nada por impedir que siga sucediendo lo que sucede.

No puedes evitar, y el que quiera que te llame demagogo, pensar en el propagandista que firma sus cartas como *El 131è President de la Generalitat de Catalunya*, último responsable de la seguridad en sus calles —también, por si se le ha olvidado, de las ciudades periféricas—. El hombre que, rodeado de escoltas, por descontado, se ha pasado toda la semana y todos los meses que lleva en el cargo dando mítines para vender la única idea que le mueve, la de una nación legendaria que no está ni se la defiende, salta a la vista, en las calles del barrio de la bisabuela. Y te dices que en toda circunstancia, bajo cualquier bandera y sea cual sea la retórica que exhiba, quien tiene el poder no se aplica a otra cosa que a defraudar, día por día, a la gente común que lo sostiene con su sudor y vive su vida a la intemperie.

El hazmerreír

Lleva una semana siendo el hazmerreír de sus enemigos. En el origen, un libro. En el origen del origen, una mala cita de memoria, que atribuye de manera inexacta unas palabras a quien no las pronunció: en vez de fray Luis de León, se coló san Juan de la Cruz, que nada tenía que ver con la ironía de marras, a propósito de recuperar el tiempo perdido. A partir de ahí, se afilaron los lápices rojos y se empezó a rastrear sin descanso entre las páginas el pasaje que más pudiera desacreditar a quien firmaba el volumen: anécdotas banales, observaciones someras, ideas débiles, desfallecimientos de vanidad. No hay libro que esté exento de descender alguna vez a esas torpezas, y quien busca con ganas y con motivación siempre acaba encontrando.

Sobre esa base, batallones de zapadores del prestigio ajeno se ponen a hacer su trabajo. Los humoristas idean chistes —la anécdota del colchón que se convierte en la primera decisión de gobierno es para ellos un yacimiento petrolífero—, los tuiteros elaboran memes, los columnistas lanzan andanadas de epítetos corrosivos, los adversarios políticos trufan de deslices del libro, probados o supuestos, las interpelaciones parlamentarias y sus comparecencias públicas. En tiempo de precampaña electoral, y con arreglo a la costumbre establecida en la democracia digital del siglo XXI, que vive día a día y ya prescinde de exigir alguna propuesta a medio o largo plazo, nada resulta más apetecible que tener un arsenal de argumentos que permitan ridiculizar, desprestigiar o reducir a la total ignominia al contrincante.

Lo de menos es si el libro merece la pena o no, cuestión siempre subjetiva y expuesta en último término al azaroso oficio de la crítica literaria, nunca bien retribuido y nunca libre de las filias y fobias del criticador de turno. Tampoco importa mucho en este caso que la pluma que ha compuesto las páginas no sea la del líder que las firma ni que la verdadera escritora, quien se aplicó a darle forma al texto y convertirlo en un archivo editable, aunque lo hiciera a partir de las palabras e ideas del firmante, sea otra persona con nombre y apellido. Es loable la transparencia con que este hecho se hace constar desde el primer momento de la campaña promocional del libro, pero sin duda habría sido mucho más elegante dejar que su nombre fuera en la cubierta, o que se la invitara a estar en la mesa de las presentaciones, en lugar de relegarla al patio de butacas. Nadie presta, sin embargo, atención a este detalle, tan sensible para quienes escriben.

La cuestión es derribar a quien se ha ofrecido como blanco en forma de libro, mientras ocupa la presidencia del gobierno y en vísperas de una oleada de citas electorales. El argumento, una vez más, y ya van unas cuantas, vuelve a ser menospreciar del modo más feroz posible al hombre que tiene la flaqueza de poner su rostro y su testimonio en ese volumen encuadernado. Ya se hizo

antes, y como en esas otras ocasiones, las carencias, los errores y los tropiezos del interesado están a la vista, pero también lo están las de aquellos que aspiran a desplazarle.

Salió airoso antes, cuando todos lo daban por desahuciado, cuando los editoriales de los periódicos de referencia lo tildaban de aficionado, de inconsistente, de peligro público. Ahí está, sin embargo, y la tentación de imputar a la suerte su supervivencia es tan poderosa como poco sería. Algo hace o algo tiene que lo mantiene a flote; o algo hacen o algo tienen los demás, esa es la otra posibilidad, que le permite prevalecer sobre ellos. En estos días vertiginosos y confusos, hay quien pelea por no hundirse bajo el peso de sus desatinos pasados y quien va con el cuchillo entre los dientes haciendo alarde de ser más español —o menos español— que nadie. En el espacio intermedio, templando y sin conceder que un país capaz de incluir a todos carezca de valor, sólo le dejan a él. Al hazmerreír, que igual acaba riendo.

El tiempo de los himnos

Es una de las secuencias más sobrecogedoras de *Frantz*, la película de François Ozon que muestra de manera emocionante el vacío y el dolor que dejan tras de sí las guerras. Un grupo de parroquianos canta en un café *La Marsellesa*, ante la joven viuda alemana que protagoniza la historia. La mujer percibe, y con ella el espectador, el odio visceral y virulento hacia los suyos que se enreda, como una sustancia viscosa, en el cantar de los hombres y mujeres que llenan el local. Junto a ella vivimos el horror, el pavor, la desolación de sentir a la criatura humana como lo que también sabe ser: una máquina de aborrecer al semejante.

No todos los himnos están escritos desde el odio ni le sirven de vehículo, pero son muchos los que transportan esa mercancía en sus estrofas y se dispensan, antes o después, con el afán de señalar, repudiar y preparar el castigo o la represalia contra el otro. Frente a esa eventualidad, casi cabe felicitar de que haya himnos, como el español, a los que se tuvo la sana precaución de no ponerles jamás letra. Es *La Marsellesa* —«que una sangre impura empape nuestros surcos»— un ejemplo insigne de himno inspirado por y para la confrontación con el otro, pero no es el único, ni el único que espanta escuchar cuando uno siente que es ese «otro» al que está destinada su feroz advertencia.

Vuelve a ser tiempo de himnos, cantados cada vez con más ardor, cada vez con más frecuencia, en contextos cada vez más impropios para exhibir el sentimiento que contienen cuando lo que exaltan, como suelen, es el impulso de atacar al prójimo arma en mano. El penúltimo episodio es el de decenas de profesionales sanitarios, enfundados en sus batas blancas, cantando en estado de trance —así lo registraron las cámaras de los teléfonos móviles siempre dispuestas ya en estas ocasiones— en el salón de actos de un gran hospital barcelonés —de la sanidad pública, la de todos, para mayor escarnio— ese himno tan inspirado por el amor y la piedad que tiene como estrofa la invocación al golpe de hoz para defender la tierra. Para defender la tierra de lo único de lo que la tierra puede defenderse, que es de otros seres humanos: en este caso, y entre otros, de cientos de miles que han nacido en ella, la habitan y acuden a diario a tratarse en ese mismo hospital.

Lo de la tierra como sujeto mítico cuya defensa y homenaje exige el sacrificio humano —si no de vidas, a lo que por fortuna parece haberse renunciado, aunque alguno de quienes agitan la ola en primera línea lo probó en otro tiempo, sí de los derechos de quienes no comulgan con la causa— es una argumentación tan primitiva que eriza la piel verla sostenida por ciudadanos del siglo XXI que han podido acceder a una formación científica. Lo que cabe preguntarse es si alguno de ellos se pregunta alguna vez cómo se sienten quienes están llamados a recibir el golpe de hoz —

ahora metafórico, pero igualmente lesivo para ellos en el orden moral— y pagan sus sueldos con sus impuestos.

Es un ejemplo de cómo el auge de himnos tales, canciones que la Historia produjo en tiempos oscuros, perturba y enturbia unos días en los que parecíamos haber encontrado el cauce para civilizar las discrepancias y, sobre todo, para no señalar al que difiere de nosotros como enemigo a abatir. Y lo peor es que al odio que diseminan lo que le responde es más odio, envasado en himnos de signo opuesto. Como el canto del *Cara al sol* evoca circunstancias demasiado ominosas, ahora algunos recurren a *El novio de la muerte*, vieja canción para enardecer a las tropas de choque en una lejana guerra colonial, y que acaso tenga sentido para los soldados que lo conservan como patrimonio histórico de su unidad y todavía hoy van a guerras, pero que horroriza oír a ciudadanos que no hicieron ni harán la mili para desafiar a sus adversarios políticos, que son al cabo sus compatriotas.

El tiempo de los himnos, el sueño de la razón.

Microfeminismos

Advierte Robert Musil contra el peligro de las grandes cosas, las grandes causas, la grandilocuencia en general. A menudo, viene a decir, sirven de cobertura a las mezquindades usuales de los humanos, cuando no a algo peor. Eso previene a no pocos frente a las grandes manifestaciones, prevención tanto más comprensible cuando se plantean como casi preceptivas y en ellas participa el poder, léase gente con sillón ministerial —o de una *conselleria*, o de un consejo de administración—. Hay, sin embargo, causas que son demasiado justas y necesarias como para jugar a su descrédito general, incluso si en su defensa se mezclaran intereses turbios. Hacerlo en víspera de elecciones equivale, muy posiblemente, a pegarse un tiro en cada pie.

Con el eco de una gran manifestación feminista resonando aún, ante el rictus crispado de quienes de forma suicida tratan de restarle valor, quizá sea el momento de recordar que de lo que se trata es de procurar la igualdad entre hombres y mujeres que todavía nos falta, y quizá esa necesidad se perciba mejor en las muchas pequeñas historias que así lo atestiguan. Vayan tres como muestra que puede aportar este testigo entre tantos.

La última vez fue en Guadarrama, Madrid, una de las mañanas soleadas que nos trajo el último febrero. Pero hubo muchas antes, en otros muchos lugares de España: en Lleida, en Almería, en Zaragoza. Conversación con un centenar de alumnos de secundaria sobre literatura. Al final del acto, se acerca un grupo de alumnas de origen marroquí. Algunas con pañuelo a la cabeza, otras sin él. Todas inteligentes, todas buenas lectoras, claramente por encima del promedio de su grupo. Se diría que saben valorar la oportunidad que representa el acceso a una educación pública de calidad mejor que sus compañeros. Saben que esa es su oportunidad de ser más, de crecer como personas y ciudadanas. Y ahora viene el jarro de agua fría: la mayoría de ellas no irá a la universidad, algunas ni harán el bachillerato. Su situación económica y familiar no lo favorece y no hay políticas públicas que propicien que estas mujeres que tanto podrían aportar a la sociedad española, entre otras cosas como puente natural con la comunidad de la que proceden, desarrollen todo su potencial. Así es como un país dilapida sus recursos.

Segunda historia: conversación con una mujer dedicada a la investigación criminal dentro de un cuerpo de seguridad. No tarda mucho en salir la cuestión. Si ella puede seguir aún ahí es porque no tiene hijos, porque tiene a mano a la suegra, porque su marido, excepcionalmente, trabaja en casa. Lo normal es que las investigadoras, al ser madres, abandonen las unidades de más cualificación —léase policía judicial, o antiterroristas—. Lo que quiere decir que lo dejan cuando más valiosas son, frustración a la que no están expuestos sus compañeros varones. De nuevo, nadie ha considerado necesario pensar algo para impedir esta pérdida de capital humano al

servicio de la justicia. Es más, muchas de estas mujeres se encuentran con que ya durante el embarazo, en el que son perfectamente válidas para procesar la información, aunque no deban reducir a un detenido violento o manejar reactivos tóxicos, pierden el plus de productividad.

Tercera y última. Permisos de paternidad. Alguien tiene que decirlo: que un padre se tome unas semanas para estar con su hijo recién nacido no sólo es bueno para la integración laboral de la mujer, sino para el niño o niña y para el mismísimo padre. Quien lo probó lo sabe: una excedencia de paternidad permitió a quien esto cuenta repensar y reorientar su vida y produjo efectos benéficos que aún duran en la relación con su hijo. No todo el mundo puede permitírselo, pero quien pueda y se atreva debería hacerse ese regalo. Lo que no hace falta es anunciar el regreso de uno al tajo como una epifanía. Esa ya es otra historia, que tiene que ver con lo de la grandilocuencia que decía Musil.

Nadie, la película

El hombre que se levanta esta mañana de marzo en su casa de Christchurch, Nueva Zelanda, no ha logrado en sus varias décadas de vida ser nadie. Cuando se acueste por la noche, en un calabozo, seguirá siendo nadie, pero por el camino le habrá quitado la vida a medio centenar de personas y habrá dejado malheridas a otras tantas, lo que en su mente obtusa equivaldrá a haber alcanzado al fin el estatus de personaje insigne.

Lo peor del asunto es que no será sólo la suya: en miles de mentes obtusas se abrirá paso la idea de que este sujeto, cuyo nombre en este cuento ni importa ni será escrito, es ya todo un referente, alguien que con su acción estúpida y violenta, que ni siquiera exige grandes dotes — disparar de cerca contra una multitud con un fusil AR-15, y filmarlo todo con una GoPro puesta en la cabeza medio hueca—, inicia un camino de gloria por el que seguirán otros, en la confianza de llegar a ser alguien para otros descerebrados que querrán imitarlos a su vez.

El gobierno neozelandés abre a renglón seguido un debate sobre la conveniencia de permitir que a cualquier ciudadano se le expenda un arma de guerra capaz de causar una mortandad en cuestión de minutos. Una reflexión pertinente, aunque tardía ya para las personas que quedaron tendidas e inertes en dos mezquitas de Christchurch, o las que se debaten entre la vida y la muerte en la cama de una unidad de cuidados intensivos. Que a estas alturas de la historia criminal y del desarrollo de las sociedades más avanzadas alguien albergue la más mínima duda sobre la necesidad de circunscribir el uso de tales artefactos a las fuerzas de seguridad y miembros del ejército, en situaciones de extrema amenaza o de guerra, pasma tanto como horroriza y hace dudar de aquella afirmación de Descartes, según la cual, la inteligencia está mejor repartida de lo que solemos pensar.

Hay, sin embargo, un aspecto que apenas se debate, y que se da por poco menos que inevitable. El asesino no sólo grabó la matanza, sino que la retransmitió en directo a través de una red social, además de difundir por ese mismo medio un manifiesto demente en el que su razón demediada trata de suministrar una excusa para el exterminio indiscriminado de hombres, mujeres y niños. Alegan los gestores de estas redes que es imposible evitar que tales cosas sucedan, como tampoco han podido impedir que otros cabezahuecas de signo opuesto, los que alientan la idea de que el islam sólo puede prosperar mediante el asesinato, hallen en ellas el medio óptimo para difundir sus dislates e inocularlos en mentes desavisadas a las que acaban convirtiendo en ariete de su siniestro propósito. Mentes cuyos usuarios también creen ser algo por consagrar sus energías al arte del homicidio.

Y quizá haya llegado el momento de preguntarse si se puede aceptar sin más esa excusa de

imposibilidad de compañías cuya capitalización se mide en centenares de miles de millones, y cuyos beneficios, en buena medida opacos, son lisa y llanamente incalculables. ¿Aceptaríamos que una compañía eléctrica nos pidiera que conviviéramos con la eventualidad permanente de sufrir descargas que achicharraran a decenas de transeúntes? ¿De verdad no tienen ninguna responsabilidad sobre ese riesgo que extienden, si es que no contribuyen de manera principal a generarlo, ofreciendo una visibilidad funesta a quienes no tienen otra forma de señalarse que atentando contra el prójimo?

Y lo que es más: ¿podemos tragarnos que esos gigantes que ya lo saben todo de todos, que disponen de una tecnología capaz de procesar al instante cantidades ingentes de información, no están en condiciones de desarrollar herramientas para anular e impedir la distribución y el eco de estas películas infames, cuya repercusión es el principal estímulo que lleva a unos tipos que son y serán nadie a producirlas? Una más, para la colección de preguntas incómodas con que toca convivir en nuestro siglo.

Elogio del (y la) cabo

Aquel que no conoce al enemigo ni se conoce a sí mismo es derrotado en todas las ocasiones, nos dice el maestro Sunzi (o Sun Tzu). El hombre que se hace llamar Toni no lo ha leído, o si lo ha leído no le aprovechó, porque decide lo que decide y con ello, como no podía ser de otra manera, se verá expuesto ante un tribunal. El hombre que se hace llamar Toni ocupa un cargo público y desde él, siguiendo instrucciones de la organización a la que pertenece, se dispone a utilizar los recursos del erario para fines ilegales. Como no se conoce a sí mismo, intenta proceder como un avezado delincuente, mediante un teléfono prepago desde el que da las instrucciones. Como no conoce al enemigo, e incluso lo desprecia, deja pistas tales como su DNI o la conexión reiterada a la red de telefonía desde su domicilio. El resultado es el que cabía vaticinar: lo descubren y queda en ridículo.

El enemigo del que debía cuidarse resultó ser un cabo de la Guardia Civil, el que recibió el encargo de averiguar quién era el tal Toni al que se referían algunos testigos. Sus diligencias las cuenta en el juicio en el que muchos meses después se dirimen las responsabilidades derivadas de aquella ilegalidad. Todos los detalles los recuerda con orden y exactitud, y en su relato, a preguntas del fiscal y de los abogados de los imputados, quedan patentes la pulcritud y el pundonor con que hizo su trabajo, frente a la chapuza temeraria de aquellos a quienes debía llevar ante la justicia. Mientras depone, en las redes sociales y en los medios de comunicación afines, sufragados por el contribuyente para mayor ignominia, los partidarios de la organización encausada se mofan de él y de su condición. Guardia civil y cabo, poca cosa para sus estándares y prejuicios clasistas; alguno llega a aventurar, jocosamente, que no habrá leído un libro en su vida.

Quien los oye y no desea que prevalezcan respira aliviado: se empeñan en no hacer caso al maestro Sunzi, en desconocerse y desconocer a su adversario; en salir derrotados siempre.

Ese cabo representa todo lo que los frívolos aventureros que enfrentan ahora el amargo final de su escapada nunca acertaron ni acertarán a ser. El sentido del deber, el sacrificio, el proceder meticuloso que no fía nada a la fortuna y sabe que los logros son fruto del sudor, la rectitud y el compromiso. «Cabo» procede de *caput*, o lo que es lo mismo, cabeza, y una de las claves del éxito de la institución a la que ese humilde servidor público pertenece es haber logrado imbuir, incluso a quienes desempeñan sus más modestos escalones de mando, la responsabilidad y el criterio para ejercerla. Quien cuenta ahora su cuento no puede omitir una historia que le incumbe, dedicada a todos los iluminados obtusos que presumen iletrados a los cabos: fue un cabo de la Guardia Civil quien le recomendó a Jonathan Franzen cuando apenas se lo leía en España, y quien le prestó la primera novela que leyó de Ian Rankin. En inglés, un idioma en el que habría que ver

cuántos de esos que se ríen de las luces de los cabos de la Guardia Civil serían capaces de leerse un libro gordo.

Pero podría alegar muchas más historias. Fue un cabo de la Guardia Civil, por ejemplo, quien se convirtió en la némesis de un comando de ETA que había acudido a Madrid a hacer de las suyas, cuando adivinó que podían haber ido a la plaza Mayor, imprudencia que permitió localizarlos y supuso su perdición. También los miembros de ese comando, y quienes los jaleaban y fiaban a sus pistolas la realización de su ensoñación patriótica, se permitieron el lujo de despreciar a esos hombres y mujeres que sin darse nunca aires de nada trabajaban día y noche para borrarlos de la pizarra. El precio que pagaron lo conocemos: ETA fue a parar al vertedero de la Historia y ya nada pinta hoy.

Que sigan, pues, riéndose de esos cabos. Es el mejor regalo que pueden hacerle a la legalidad democrática española.

Toallitas húmedas

Todo el mundo miente, todo el mundo se relaja y se distrae, todo el mundo deja, conscientemente, de cumplir con su deber. La frase vale para todos, tomados a bulto, aunque haya gente sincera —pero no siempre—, puntillosa —salvo alguna vez— y que siente la necesidad de hacer lo debido —a no ser que se vea en algún trance excepcional—. Siempre lo habíamos sospechado, pero nuestro tiempo nos ofrece pruebas irrefutables. Una de ellas es la que nos proporciona el ingente *big data* que a través de nuestra interacción con las redes —la interacción de cientos o de miles de millones de personas cada día— desmiente una y otra vez lo que respondemos en las encuestas. Todo el mundo quiere pasar por cinéfilo y declara querer ver películas de John Ford; cuando llega la hora de escoger con el mando a distancia en la soledad de casa, lo que prevalecen son las comedias bobas de Julia Roberts o la adrenalina estólida de *Fast & Furious*.

Así lo comprobó la pionera de las plataformas de *streaming*, la norteamericana Netflix, según cuenta en su libro sobre estas mentiras digitalmente desveladas, *Everybody Lies* —que en la lengua de Cervantes se ha titulado *Todo el mundo miente*—, Seth Stephens-Davidowitz. Conviene de nuevo puntualizar: no es que no haya devotos genuinos de John Ford; es que, cuando nos reunimos en proporciones de masa humana, esos devotos que lo son de veras tienden a ser una fracción marginal, mucho más de lo que sería si no mintiéramos, si no nos relajáramos, si no se nos olvidara lo que creemos nuestro deber. Como gran rebaño de mamíferos somos, en definitiva, peores de lo que pretendemos ser como individuos; de lo que a lo mejor hasta nos creemos que somos, de tanto como nos bombardean y nos bombardeamos con lo que está bien y lo que en cambio debería evitarse.

Nuestra interacción en el espacio digital nos desenmascara, pero hete aquí que también lo hace el mundo analógico, con esa contundencia bárbara que lo caracteriza. La última vez ha sido en Valencia, donde los servicios municipales ya han extraído cinco mil toneladas de toallitas húmedas del tapón gigantesco que se había formado en su colector norte, responsable de la evacuación del sesenta por ciento de las aguas residuales de la ciudad. Un tapón de casi dos kilómetros de largo, en un tubo de cinco metros de ancho por dos y medio de alto. Ocho millones de euros ha costado sacar la hedionda acumulación de toallitas que nunca debieron arrojarse al inodoro, y que sólo pueden haber alcanzado esa ciclópea proporción mediante el incumplimiento masivo por parte de los valencianos de sus deberes cívicos.

No se interprete esto en desdoro o menoscabo particular de los valencianos. Antes de Valencia, ya ha sucedido en algunas otras grandes ciudades, y aquellas en las que no ha aflorado el problema puede que sólo se salven porque sus colectores sean más grandes o estén más

distribuidos, y que antes o después se vean en las mismas. Seguro que muchos de quienes lean esto no han arrojado jamás una toallita al inodoro. Tampoco lo ha hecho quien lo escribe, que ve el acto con horror. Pero en alguna parte hay no uno, sino cientos de miles o millones de conciudadanos que sí lo hacen, con profusión inmisericorde. Si no, no saldrían los números. Y seguro que si les pasamos una encuesta nos aparece una cifra irrisoria. Seguro que las toallitas dichas, en principio concebidas para acciones higiénicas puntuales, se ven utilizadas por muchos, si no por todos, para menesteres que van más allá, sólo por desidia, negligencia, comodidad insolidaria en fin.

Mientras nos llenamos la boca de grandes palabras y los mejores propósitos, somos también, en cierto modo, esas miles de toneladas de toallitas húmedas que infartan los colectores de nuestras cloacas. El asunto tiene poca épica, pero ilustra sobre la dualidad eterna y recalcitrante de la humana condición.

La parte del lector

Durante diez años no has dejado de hacerlo ni un solo fin de semana. El sábado por la tarde, o al filo de la medianoche, o el domingo muy temprano. Buscar entre todo lo acontecido en las últimas horas o los últimos días una historia, encontrarle un sentido, tratar de armar un relato de un par de páginas que la contenga y la exponga en sus aspectos esenciales. A veces se da la posibilidad o el acierto de hacer sin más un cuento; otras, lo que narras te pide entreverar los hechos con su interpretación, o cometes, es otra forma de verlo, el error de opinar. En cualquier caso, esperas que cada lector tenga margen para imprimirle a lo leído su personal mirada, que tu esfuerzo y tu texto sirvan más para conducirlo a una pregunta no resuelta que a una respuesta taxativa sobre lo contado. Ni siquiera a la tuya, si es que sobre algo que de veras importe has llegado a alguna certidumbre.

Todo lo anterior, que es mucho para ti, que incluso cabría decir que representa un exceso de ambición —la de encontrar, todas las semanas, un hecho o un personaje o un momento en los que se condense el sentido más amplio de algo, y acertar a darle una forma literaria decente—, bien habría podido a pesar de todo acabar siendo nada. Porque lo que queda dicho es sólo la mitad del todo: la mitad pequeña, si se te permite la licencia aritmética, o la mitad insuficiente, otra forma de decirlo.

Falta la mitad grande, la que hace que lo escrito sea algo más que el alarde vano de quien se pone a soldar palabras. La parte del lector —y en este caso del león— que ponen quienes en algún momento de su día de descanso se conectan al periódico —tus cuentos semanales no aparecen en papel— y se detienen a destinarle cinco minutos a esa historia que buscaste y en la que trataste de hallar un ángulo desde el que avistar el mundo.

Han pasado diez años y estás aquí, dándole forma a esta enésima historia, que va sobre todas las demás, porque sucedió que el lector, los lectores, consintieron una y otra vez en poner su parte, con una generosidad con la que no podías contar; que ningún contador de historias merece de antemano, y que por momentos ha llegado a sorprenderte e incluso a desbordarte. No todas las veces ni todas las semanas, porque no siempre hubo una historia que lo justificara o tú no supiste verla o no supiste contarla o la malograste torpemente. Aunque Baudelaire nos lo impusiera como débito, nadie es sublime sin interrupción. Con todo y con eso, hubo relatos que no sólo te traspasaron a ti mismo, sino que obraron el mismo efecto en otros, que tuvieron el gesto de reconocerlo y agradecerlo como nunca previste.

Te toca a ti agradecer ahora a quienes se emocionaron y te lo hicieron saber con las historias, hermosas o crueles, o crueles y hermosas al mismo tiempo —que las hubo— en las que diste con

la tecla, al menos en su apreciación. A esos que lloraron con la suerte amarga de César, Naiara o cualquier otro de los niños que tropezaron en el bosque con la oscuridad que no debía estar ahí para disponer de ellos. O a los aficionados del Atleti que se acercaron a la Feria del Libro portando impreso en papel-pluma el cuento sobre la lección estoica de Simeone, una aciaga noche de Champions, y te pidieron la firma, conmoviéndote con ello aunque el fútbol ya no te produzca ninguna emoción. O en fin, a todos esos profesores y profesoras que pensaron que uno de tus bocetos narrativos semanales podía ser un buen ejercicio para enseñarles algo a sus alumnos, acaso la más grande y honrosa función que puede acabar cumpliendo una obra humana.

También toca agradecer, por su ayuda para no perder de vista el contexto en el que todos construimos nuestro cuento y le damos un sentido, a quienes mostraron su desagrado pidiendo que el director del periódico te despidiera, acusándote de andar buscando que alguien te nombrase para un cargo público y hasta de ser un plagiarlo. No importa que no estés en plantilla de ningún periódico, que hayas rechazado cargos que te ofrecieron, que en cuarenta años escribiendo y veinticinco publicando sólo una persona osara demandarte por plagio y perdiera el juicio. Es bueno comprobar que lo que uno dice no contenta a todo el mundo, saber que tampoco les vale, o que lo ven tan repudiable como para imputárselo a la pluma de alguien con motivaciones espurias. Es bueno no olvidar que la verdad, como dijo Antonio Machado, no se deja poseer, ni es, como escribió Robert Musil, un abalorio de cristal que uno pueda guardarse en el bolsillo, sino un fluido infinito en el que uno cae. Gracias pues a todos, a quienes lo disfrutaron y a quienes lo aborrecieron, porque con todos ellos se sostuvo el esfuerzo, todos ellos contribuyen a darle su significado, sea este el que sea. Valió la pena hacerlo.

Y ahora, a por los próximos diez años.

Benjamin en Capri
Lorenzo Silva

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta

© Lorenzo Silva, 2019
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2019

ISBN: 978-84-233-5617-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

LORENZO SILVA

Benjamin en Capri
vidas.zip X (2018-2019)



DESTINO